

La Violinista - [Capítulo nuevo cada día]

Quentin Brooke



Image not found.

Capítulo 1

Dedicatoria

A mis padres por su amor y comprensión.

A mi familia por su paciencia, templanza y valentía para volar por sobre el fango y encontrar en lo simple, lo maravilloso.

“En la tragedia y la desesperación, cuando parece que la noche va a ser eterna, podemos hallar esperanza si nos damos cuenta de que el compañero de la noche no es otra noche, de que el compañero de la noche es el día, de que la oscuridad siempre da paso a la luz, y de que la muerte sólo gobierna la mitad de la creación, y la vida, la otra mitad”.

Dean Koontz, Relámpagos.

Capítulo 2

PRIMERA PARTE

La Espada de Damocles

...

El cuerpo que habito

Le faltaba el aire.

Sentía como si un puñal le atravesara el corazón una y otra vez con el sadismo propio de quien odia con locura.

En su carrera le habían enseñado como mantener la serenidad aun en situaciones nefastas como la que estaba a punto de vivir, más sin embargo el vínculo inexorable del infortunio y la confusión, le hicieron lanzarse al elevador ante las primeras palabras del guarda de su edificio: <<algo le ha sucedido>>, que junto con la sentencia <<está en el suelo, como epiléptico>>, le hicieron reaccionar de su estado de inconsciencia.

Mientras presionaba el botón verde que indicaba la entrada principal desde un frío décimo piso, se sumergió en decenas de prolegómenos estúpidos de su mente que le llamaban a mantener una cordura que la había abandonado de forma tan símil como lo había hecho su padre solo 3 años atrás.

Y las cosas no eran tan diferentes en esa ocasión, de hecho alguien también muy familiar le había comunicado la noticia: <<está en el suelo>>, pero esa vez la sentencia fue: <<tiene sangre en la cabeza>>, y a pesar de que era psicóloga, como cualquier mortal podía juntar las piezas: alguien lo ha herido.

Su pie hacía una lúgubre banda sonora al chocar contra la rugosa superficie de la alfombra roja del elevador mientras se preguntaba mil veces que podría estar sucediendo en la entrada. Comenzó a cavilar cientos de posibles escenarios al mejor estilo de la serie que veía su jefe mientras preparaba los casos a resolver la semana siguiente y tras 5 segundos de angustia, ante ella apareció la pintura definitiva de un artista cuyo trabajo ha sido rechazado y ahora se vengaba de la forma más pudorosa.

El guarda fue el primero en notar su presencia y como aliviado caminó hacia ella llevando consigo el paquete incipiente de quien detesta las

malas noticias. Lo entregó en su mirada sin tener la necesidad de pronunciar una sola palabra y esperó, como consciente de su incredulidad, una reacción que no llegó.

Antonia caminó acompasada, parsimoniosa y presa de las aguas apacibles de la lava que trepaba su cuerpo dejando las cenizas indoloras de su ser, un ser que parecía gotear una sustancia bordeada de truculencia cuyo contenido era solo un latrocinio de su mente para escapar de lo que observaba.

De pronto la lava, vanagloriándose, sobrepasó la barahúnda rolliza y galvanizó su espíritu para lentamente apropiarse de una escena en la que ella era la única protagonista y la directora, pero cuyo guion le era completamente ajeno.

Revisó los rostros morbosos de los presentes y quiso contemporizar el suyo mientras se detenía a apreciar el cuerpo de quien parecía ser el centro de tan extraño ritual. Le abrieron paso y no pudo evitar compararlo con el respeto hipócrita de sus subalternos cuando hacía su arribo a la clínica donde hacía mucho se había ganado un ostentoso lugar.

Apreció por unos segundos el cuello del individuo cuya mirada formaba un nombre: Sergio y en cuyo anular se apreciaba un apellido: esposo. Las venas que enmarcaban su frente formaban una terrorífica diástole esparcida más allá de los términos de la normalidad, hasta de la singularidad bajo la vista de los más optimistas.

No podía aún saber si aquel espectáculo de colores en su rostro constituía un efecto visual proporcionado por la sirena ondeante de la patrulla que se aparcaba o por la sangre que intentaba a toda costa escapar de aquel cuerpo.

El aguarda se apresuró a golpearla suavemente en la espalda como si con ello explicará el enigma que había invadido su ser. Pero ¿Qué le sucedía?, no a él sino a ella. Estaba claro que la única persona querida en su vida estaba en el suelo colapsando como una torre de naipes, el único ser que podía comprender la carga de sus demonios, el único que podía gritarle mientras la consolaba y entonces buscó en su mirada aquel hombre que ella apreciaba, aquel cuerpo que ella habitó.

Un hombre trataba de mantenerle la cabeza en alto formando una almohada con las palmas de sus manos, mirando de vez en cuando de forma acusada la entrada como quien espera ser auxiliado.

– Retírese, señora- expresó con acritud.

Antonia se arrodilló frente al cuerpo comenzando a despertar de forma

gutural las palabras acantonadas, listas para decir algo, lo que fuera.

– ¿Qué...?

No pudo hacer más por sí misma, nunca lo había podido hacer.

Quizás por ello estudió psicología. Tal vez en la quimera irrefutable de una mente capaz de controlar otras mentes podía hallar una guarida a los temores que siempre la acaecieron. Pensó en algún momento que tras la separación de sus padres nada nunca más podría humillarla, le juró a la vida que se prepararía para que sus sentidos no la llevaran a intentar segar su respiración. Abjuró su inocencia, y quiso ser más cruel, más despiada si era aquello lo que la mantenía con vida y su entereza la hizo soportar la muerte de su madre, la de su padre, el abandono de su única hermana, pero siempre terminaba por reprimir su dolor con la premisa de que <<su agonía es más fuerte que la mía>>, cada vez que terminaba la consulta con alguna de las decenas de víctimas de la guerra que semanalmente recibía en su consultorio.

Hacía mucho había aceptado que reivindicarse a costa del sufrimiento ajeno la convertía en una mujer mezquina, pero al fin de cuentas ello también la hacía más humana.

Pero no era el caso. Ese dolor se reprimía en la abulia del joven aguileño que la observaba con desdén.

– ¿Qué le ha sucedido?- completó la pregunta que la taciturnidad de sus palabras no le dejaban esperar.

El hombre, no mayor de 20 años, le lanzó una mirada aniquiladora que le hizo comprender que era el dueño de la situación, y furibundo le dijo:

– ¿iQué va a hacer si se lo digo!?- gritó- ¿va a lisonjear con sus amigas la primicia de una noticia que nadie quiere dar?

– ¿Ha llamado a emergencias?- preguntó sin prestar demasiada atención a sus absurdos comentarios- ¿ialguien ha llamado a emergencias!?

– Si, doctora- respondió el guarda quien yacía tras ella- ¿el enfermero lo ha hecho?

– ¿Doctora?- indagó el hombre completamente absorto en las palabras del guarda que se esfumaron con una nueva frase.

– Psicóloga, es usted enfermero, ¿puede decirme que le sucede a mi esposo?

– ¿Su esposo?

Cansada de la retahíla del capullo se puso en pie y revisó a las afueras del cristal si había alguien que la ayudase, encontrándose de frente con alguien conocido que le dedicó media sonrisa de labios secos, mientras se

aproximaba.

– Te juro que he tratado de llevarlo en la patrulla, pero no me lo han permitido.

– ¿Quién no te lo ha permitido?

Envió en una misiva una mirada sobre el hombro de Antonio que estalló rápidamente en la humanidad del intransigente enfermero. Regresó a la recepción del gótico edificio de donde solo salían almas locuaces que se escondían inútilmente dándole la espalda.

– Sigue- le dijo al policía- llama a tus hombres y diles que arriben por él.

– Soy yo quien está a cargo- alegó el enfermero- y no voy a permitir que se lleven al paciente a menos que sea una autoridad médica competente.

– Paciente...- alcanzó a reír mientras los hombres se acercaban a llevar el cuerpo vacilante de Sergio.

El enfermero se puso de pie raudamente y desgreñado, le tomó el brazo a Antonia quien odiaba dicha acción y se lo hizo saber con la expresión de su rostro umbroso, profuso de insultos silenciosos que le vociferaba. La expresión del joven se desmoronó tan irresoluto que muy en el fondo del espíritu confundido de la psicóloga se animó algo de compasión.

– Sé que quiere ayudar- explicó con estoicismo- pero es mi esposo y por sobre usted o de quien sea, lo llevaré conmigo...

– Pero se está muriendo...

Aquellas palabras le hicieron enterarse por fin de que estaba frente a la agonía de una parte de sí. Contempló la escena con el desespero de avivarse de un mal sueño y con la fusta de la poca imaginación con la que contaba, azotó la certidumbre que ya era esclava en un sitio remoto y quiso con el vaho formar una quimera que le permitiera escapar de ello, más como en adsorción, se dio cuenta de que una lágrima se lo había llevado todo mientras se fugaba patinando por su mejilla.

– Antonia- escuchó en un eco.

Regresó su mirada para tratar de distinguir entre las tinieblas la voz que le hablaba.

– Acondionamos una camilla dentro. Dejó de convulsionar pero su pulso es muy tenue, debemos irnos.

Dirigió sus ojos a la babaza blanca que su esposo había dejado en el

suelo...

- Antonia...
- Si...

Las copiosas lluvias de los últimos días sobre la ciudad habían ocasionado el cierre de varias importantes vías debido a las inundaciones, efecto colateral de la contaminación, además de malos materiales para la construcción de alcantarillas, también efecto de otro tipo de contaminación.

Los coches circulaban venados a la tormenta que configuraba la ocasión perfecta para los oferentes de paraguas que en más de una ocasión se acercaban a las paradas de buses recibiendo suntuosas recompensas por hacer de salvadores en tan vasto infierno de agua helada que empobrecía la visibilidad de la noctambula calle que conducía al hospital Saint Clement, sobre todo en el parabrisas de la patrulla que mediante un llanto automático quería hacerles saber a los demás que se trataba de una emergencia. Más sin embargo los displicentes conductores parecían oír sordamente y continuaban el paso de quien se ha resignado a no llegar a tiempo a la cena familiar.

- ¡Oh, Brad!, ¿Qué sucede?
- Es el tráfico- espetó mientras se inclinaba hacia el conductor- toma el carril de autobuses.
- Pero señor...
- Es una orden.

Una pirueta en medio del vaho del asfalto hizo que Antonia perdiera el contacto de su mano con la de su esposo, lo que concentró su angustia en el mismo lugar donde yacía la desesperación. Miró el interior del coche y pudo apreciar que estaba completamente desprovisto de material alguno, solo un par de sillones en metal que se alargaban a lado y lado dejando espacio para que los tradicionales reos que solían trasladar de un sitio a otro o en efecto capturar en las calles, pudieran acomodarse sin tener contacto uno con otro.

- Todo va estar bien.

Fue consciente de que quien le hablaba era un completo conocido del que no sabía nada en absoluto hacía más de 4 años. Pero sí, sabía quién era: Bradley Stevenson, investigador criminal que antes deseaba ser psicólogo como ella, es más, fueron a la misma universidad hasta que sorpresivamente él decidió marcharse sin explicación alguna.

Pero no era el mismo Brad, como solía llamarle. Este era un hombre con los músculos sobresaliendo en su apretado traje y la mirada encorsetada, recalcitrante, que no se dejaba sorprender fácilmente. Frio y compasivo.

Un hombre con media barba de un lado y la porosidad lisa del otro; los ojos negros como la indiferencia de esa noche de noviembre y con la mirada evaluando el pulso de alguien obtuso para él.

– ¿Qué haces aquí?- preguntó cansada.

El hombre se compuso en su asiento y la evaluó. Antonio supuso que era su costumbre hacerlo.

– Hace un mes me trasladaron desde Madrid- explicó-. Además estoy haciendo una especialización. No esperaba encontrarte así.

Asintió.

– Estás diferente- su lánguida voz era evidente- digo, es que...

– Comprendo- afirmó cortante.

La patrulla perpetuo su avance por un sitio más nítido, aproximándose a grandes pasos a la clínica donde hizo sus prácticas en la sección de servicio social. Recordó vagamente que fue también su primer empleo y con el cual pudo abandonar el hogar donde solo quedaba su madre.

– La zona de urgencias ha de estar colapsada- dijo Brad- aparca allí y ve por una camilla.

El subalterno hizo lo ordenado y ambos pudieron ver como corría bajo las líneas interrumpidas de la lluvia que había cesado solo un poco, como si quisiera dar tregua, pero sin descuidar el cuartel.

A los pocos segundos regresó con 3 personas, una de ellas arrastraba la camilla mientras la otra llevaba un paraguas y quedó sorprendida con las posibilidades que proporciona tener un uniforme.

– Abre la puerta trasera, Antonia.

La psicóloga hizo lo debido y de un salto quedó en el asfalto inundado sin sentir el agua que estaba ahogando sus pies. Señaló a los hombres que acababan de llegar al sitio donde se encontraba su marido y observó sus labios.

– Están... morados- susurro en palabras que todos escucharon.

El que parecía ser el doctor le pidió despejar la zona mientras evaluaba la condición del hombre que agónico le enviaba una mirada que Antonia ya había visto, una mirada que no era como cualquier otra que a lo largo de sus casi 5 años de matrimonio le hubiese dirigido.

Sergio, respetado abogado penalista, le enseñaba el horror mediante la fragmentación de sus facciones, como una llamada de auxilio que le suplicaba o la alertaba, que le gritaba en brisas otoñales, pero también en tsunamis de desasosiego y terror. Abrió sus ojos como quien abre la Caja de Pandora y se da cuenta de que hasta la esperanza se ha marchado y la luz, esa la luz de sus ojos era tan penetrante como un rayo láser contra el cáncer de piel y le quemó las entrañas: estaba sufriendo por algo y era demasiado grande para que ella lo comprendiera.

De pronto hubo silencio. Su mano fría fue un todo imperante, sus labios morados se tornaron pálidos, como azulados, pero su mirada permaneció dentro de Antonia como permanece el fuego en pequeñas cantidades tras ser casi extinto. El silencio fue la mejor excusa de la muerte para no jugar baldíamente con las palabras, mientras la desolación victimizó también la garganta de todos allí y entonces comprendieron que un cuerpo al fin era solo eso.

Más sin embargo la única mujer allí, intentó atrapar en el vaho de la calle el espíritu vagabundo de un alma que hacía un tránsito nauseabundo hacia un lugar desconocido. Apeló inconscientemente a una catalepsia de la que solo su mente era propietaria, y contempló un ser que era más que eso y de pronto de la desgracia surgieron las palabras de quien era su compañero hasta ahora como un eco maléfico de un buen momento en las mañanas: <<te habito. Eres el alma que habito todos los días de mi vida>>. Pero ahora solo componía un epitafio perdido en la lluvia pausada, desgarrada, que se ralentizaba en movimientos vulgares mojando su rostro ya perdido en unas cuantas lágrimas al ver la mirada suplicante, que hablaba a gritos diciendo algo enigmático. Algo había en su rostro, algo extraño había en los ojos del cuerpo inmóvil que Antonia habitaba.

Capítulo 3

Anatomía

...

Sergio Andrade había figurado en el mundo político del país al ser una de las piedras angulares de la investigación de varios casos de trata de personas, en su mayoría procedentes de Medio Oriente que arribaban por el Mediterráneo en deleznable barcos que los traficantes conseguían por internet a bajos precios, subían a una multitud desorbitante de migrantes y los ponían en el altamar como quien acomoda unos cuantos niños en una tienda de juguetes.

Y gracias a eso fue que Antonia tuvo su primera gran impresión en la madrugada del día siguiente mientras descansaba en una incómoda cama que le había dejado como saldo un espasmo muscular en la espalda.

Brad le había sugerido pasar la noche en su apartamento, pues los cierres viales le harían gastarse dos horas más de lo normal y tan fatigada para pedir algo diferente, aceptó la propuesta y una hora más tarde tras del fallecimiento de su esposo y la demora en los tramites en la morgue del Saint Clement, se decidió a marcharse con su antiguo amigo, ahora único apoyo, hasta un colorido edificio del centro donde la dejó "descansando" mientras él iba en busca de apresurar la autopsia para determinar la muerte, y mientras pensaba en esta, en la mente de Antonia se acuartelaban las últimas palabras de su marido el día anterior:

- Algo sucedió pero no puedo decírtelo ahora. Algo grave que cambiará nuestras vidas para siempre.
- ¿De qué estás hablando?
- Mañana cuando regresé platicaremos de ello, pero antes debes prometerme que vas a cuidarte. Hay alguien que quiere herirte...
- ¡Vamos, Sergio!, comienzas a asustarme.

Tomó un tabaco de la cajonera de la alacena y lo encendió.

- No debes temer mientras estés contigo- espetó el humo desde su boca que formó círculos deformes en el espacio del comedor-. Hay fuerzas políticas y militares inmersas en el asunto que he estado investigando, de hecho en mi último viaje al Líbano pude comprobar que hay más personas de las que creemos involucradas en todo esto.
- No me está gustando nada de lo que dices.

Sonrió con levedad mientras se acercaba para besar su frente.

– Descuida- sus labios estaban casi tan húmedos como sus manos-, mejor toma el violín y toca para mí.

Dichas palabras no hubiesen tenido tanta concurrencia de no ser porque fue lo último que escuchó de su esposo la noche anterior cuando se encontraban para ir a la cama.

Antonia echó un vistazo afuera contemplando como de a poco el sol se burlaba a rayos vociferados de las cruentas lluvias del día anterior. Barcelona siempre parecía un buen lugar para ambos. Lo fue cuando la hepatitis se llevó a su madre; también lo fue cuando un malhechor segó la vida de su padre para siempre, malhechor que aún era invisible para ella. Y aunque por determinados hechos cualquiera hubiese podido dar un juicio sobre la desgracia de aquella ciudad, ellos podían dar fe de que era el mejor lugar del mundo solo porque estaban juntos para verle.

Riñó un poco con su mente para sobrellevar el peso de que de un momento a otro todo había cambiado y aquella protección perpetua que Sergio le había jurado, también se había esfumado, se había perdido como perdida estaba su mente, se había ahogado como ahogadas estaban sus palabras para tan siquiera expresar un poco de satisfacción a ese paisaje matutino que ella había presenciado gracias al insomnio que la adrenalina y las malas noticias suelen dejar.

Revisó la cama y el cuarto y pudo saber que no era el suyo.

Un estilo Vintage muy poco común en personas como Brad. Una mesa de noche con La Metamorfosis abierto en la página 84 y una lámpara de neón que servía como iluminación para los 7 metros cuadrados de una habitación que incluía un baño con tina y una estantería con sales marinas de aquellas que tanto le gustaban para los días en los que la presión de las historias que debía escuchar la angustiaban tanto.

Cuando se decidió a estudiar psicología no lo hizo porque fuese la carrera que más le llamará la atención; tampoco por lo que sus amigas o maestros del colegio le hubiesen dicho de esta, sino más bien para reprimir un poco el duelo del dejamiento de su familia, de una poderosa familia que al menos cada año era portada de alguna revista y cuyo patriarca, un militar muy cercano al gobierno, era el centro de las miradas de vez en cuando.

Ella no lo supo pues aquello era como un tabú, solo un día se sentaron a la mesa en la noche y tras las cotidianas conversaciones acerca del día de cada uno, su padre dejó caer sus palabras en el ambiente: <<hemos decidido separarnos. Me iré de casa y enviaré dinero cada mes>>. Y luego no surgieron más vocablos, solo una súplica desesperada de ella por conocer los motivos y por tratar de unir un cristal que ya se había desquebrajado y por el cual su hermana se había marchado de casa,

abandonado su carrera en agronomía y se había convertido en una pintora ermitaña que pagaba un cuartito a las afueras de Badajoz.

Desde entonces sabía bien que algo muy dentro se había descompuesto y que jamás nadie podría repararlo hasta que su maestro de derecho médico se había cruzado en su último año para hacerle saber que quizás había un mundo en el que ambos pudieran vivir.

De pronto se puso de pie contemplando la majestuosidad de la mañana y el trinar de los pájaros en el edificio contiguo y quiso recuperar las cenizas que volaban como el polen por todas partes, mientras un viento solano la flagelaba levemente en el rostro y un aroma otoñal le congelaba el alma.

– Has despertado- dijo Brad quien se recostaba en el marco de la puerta de la habitación que toda la noche permaneció abierta.

Caminó lentamente hasta ella quedando justo a su lado. Ahora ambos contemplaban el paisaje.

- ¿Es muy tonto de mi parte si pregunto cómo te sientes?
- No lo sé- respondió de inmediato- aún no sé si debo sentir algo.
- Supongo que un hecho como el ocurrido demanda sentirse.
- Supongo que no saber que se siente, también es sentir algo.

Asintió dándose por vencido.

- ¿Has comido?

Negó con la cabeza.

Brad era una de los únicos hombres que había conocido que sabían cocinar, de hecho en más de una ocasión fue a su casa donde la hacía sentar en la mesa al lado de su madre mientras él cantaba una canción y preparaba paellas o platos con comida de mar que eran su deleite.

- Está deliciosa- dijo probando la carne que asó en solo 5 minutos.
- Lo sé.
- Modestia aparte- sonrió-. ¿Vas a comer?
- No, ya lo hice en el laboratorio.

El rostro de Antonia le hizo saber que no sabía de qué hablaba.

– No te lo dije- aseguró- hemos trasladado a Sergio a la Morgue del Centro Policial, la del Saint Clement estaba imposible. Fue un accidente muy grave y los forenses no terminarían ni en 3 días, además muchos estaban de permiso y a esta hora apenas están llegando...

– Basta- expresó acongojada- por favor basta.

Brad permaneció en silencio mientras bebía un sorbo de jugo de naranja.

– Lo siento- dijo al notar la fuerza de sus palabras.
– Descuida. Comprendo por lo que estás pasando.

Observó la actitud enervada de su compañero y sintió que sin duda no había dormido si quiera una hora.

Echó un vistazo al reloj de la pared y se dio cuenta de que a esa hora ya debía estar recibiendo pacientes, más tarde tendría una reunión con el doctor Eslava para coordinar su viaje hacia la Isla de Lesbos donde participaría en el comité de atención a los refugiados que arribaban por el mediterráneo huyendo de la guerra.

Lo habían planeado desde que estalló la guerra en Siria, pues suponían que tarde o temprano eso iba a suceder. Cuando el doctor llegó con la propuesta, ella fue la primera en consentir la idea y en postularse como voluntaria jefe de la misión, puesto que más tarde le sería concedido. ¿Por qué?, porque tal vez las historias de huérfanos y viudas le habían conmovido, o porque los relatos de su marido, que ya había viajado a realizar sus investigaciones sobre trata y tráfico de migrantes le halaban la piel o porque solo quería hacer algo, algo que nadie nunca hizo con los chiquillos que llegaban temerosos a su consultorio luego de que España se comprometiera a recibir cierta cantidad anual como si de una mercancía con tope se tratara.

– Tienes que descansar- le dijo al fin librándose de los planes de su día- estoy segura de que esta es la primera vez que te sientas a reposar un poco.
No podemos- respondió tajante.

Se puso de pie limpiando sus labios con una servilleta de papel.

– Sé lo que esto significa para ti, pero en menos de una hora tenemos que estar en la morgue. Ningún familiar de Sergio ha llegado y... debes hacer el... reconocimiento.

– ¿Reconocimiento?

– Es algo de rutina- dijo sin darle mayor importancia-. Debes estar preparada.

– Lo sé.

– No de esa forma- tocó su hombro con su fuerte y pesada mano-. Ha pasado algo que se salió de mis manos ayer y debes saberlo, pero ante todo debes confiar en mí.

– ¿Qué se salió de tus manos?

Suspiró mientras bebía nuevamente lo que quedaba en su vaso.

– Los análisis del cuerpo dieron como resultado una muerte por envenenamiento y alguien le dijo a su madre y hermanos esto y vienen para acá dispuestos a todo.

Envenenamiento. La palabra se dibujó en el espacio y permaneció allí hasta que un acíbar en su garganta le hizo comprender lo que quería decir.

– ¿Lo... asesinaron?

No hubo respuesta, pero como el silencio de la noche anterior, ella lo interpretó afirmativamente.

Partieron hasta el sitio acordado por Brad para transportar el cuerpo de su marido, además, al ver la estructura blanquecina, devorada por el moho en ciertos lugares, recordó que era la misma estación policial donde había tenido que ir a reconocer a varios de los presuntos asesinos de su padre, tarea que resultó infructuosa.

Al bajar del coche un hombre esperaba a Brad en la entrada principal y allí permanecieron hablando un tiempo prudente mientras Antonia contemplaba el cielo aborregado que contrastaba con la luminosidad presenciada tan solo una hora antes. Continuaron caminando en medio de oficiales que se dirigían expeditamente hacia oficinas sin ventanales que daban la impresión de ser cuartos de interrogación. Las secretarías trataban de coquetear con los más jóvenes que bien sabían que dichos actos podrían conllevarle una sanción, pero que sin duda poco o nada les importaba.

Por su parte el investigador Bradley, como decía en su uniforme, se paseaba amablemente expidiendo órdenes orales de salutación a todo el que se cruzaba y respondiendo con holgorio comentarios de los que parecían ser sus subalternos y hasta superiores. Anclaron sus pasos en una entrada sin puerta que sin duda conducía a un sótano y que ella sintió como algo lúgubre, algo que no podía ser profanado, no tanto por la tenebrosa oscuridad, sino por lo que allí encontraría una vez observó el anuncio que se perdía en la negrura de la pared y en la nula visibilidad y que decía: "Morgue- solo personal autorizado".

– No puedo entrar- dijo Brad, extrayéndola de su ensimismamiento-. Cuando toques la puerta te preguntarán tu nombre. La persona es de toda mi confianza y te indicará cualquier asunto que desees saber.

– Si- respondió como quien recibe consejos para ir a la guerra.

– Cuando... termines- negó con la cabeza como si hubiese dicho algo

estúpido- pregúntale donde queda mi oficina. Hay un tema que debemos hablar y resolver cuanto antes para evitar que se complique.

Bajó las escalas en una procesión solemne y en la mitad de dicho recorrido giró su cabeza hacia un cielo artificial donde Brad yacía sonriente, como si la confortara o la animara a presenciar de nuevo la muerte hecha cuerpo como muchas veces tuvo que hacerlo.

Continuó su recorrido escuchando la alocución del silencio imperante que parecía haber dividido un sitio de otro y que la obligaba de vez en cuando a amollar de tan quejumbrosa misión y amover sus fuerzas para no tener sobre su espalda una responsabilidad que hasta entonces le parecía tan patética.

Tocó la puerta, escuchó la pregunta y respondió. El hombre la dejó seguir a una cavidad iluminada con una estantería en metal brillante que desde cerca parecía un ardite, y desde lejos un sepulcro. Columbró un escritorio con un computador, una bata blanca, una caja de guantes de látex, y un botiquín que condenó como inútil teniendo en cuenta el espacio en el cual estaban.

- Soy el forense encargado- estiró su mano- Juan Beltrán.
- Y...
- ¡Oh!

Se aproximó con actitud deleznable como si fuese la primera vez que hiciese eso, y bien podría serlo. Era joven, barbián, con la crencha pronunciada en su cabeza, el cabello como lamido por un rumiante y una mirada que elevaba una deprecación al cielo para que ella no se desmoronara cuando, luego de tirar del metal, le enseñará el cuerpo de un ser amado.

Lo vio florecer arrítmico y solo por un segundo creyó verle caminar hacia ella con su firmeza, descalzo en su apartamento, ahorcando un cigarrillo entre sus labios y esa utopía creada por la terrible imagen, se atenuó cuando el forense con una palabra rompió la estática:

- Puedo dejarla sola... si lo desea.

Asintió.

La pequeña urna la sorprendió con una diatriba alcoholizada que le empañó todos los pensamientos. Observó por un momento como el frío parecía evanescente frente al clima tibio del decrepito cuarto y luego reflexionó sobre como su mente jugaba con ella para evitar que observara el rostro exánime de alguien extraño con un nombre conocido.

Comenzó por su cabello, el mismo que había perdido cuando debían eliminar un tumor que no pasó de ser más que un brutal aspaviento que se diluyó de una forma tan hipócrita como la arena en el mar. La misma cabellera en la que ella perdía sus dedos en las noches en las que la extenuación los vencía a ambos frente al noticiero y se quedaban prendidos uno del otro como si aquello significará una cohesión ilimitada de dos cuerpos donde las fronteras eran impalpables.

Siguió con sus labios, aquellos que ella besó de la forma más vulgar cuando él era su maestro y ella una cándida jovencita que no pudo contenerse ante los indudables pensamientos que él le transmitía como en un manantial de aguas apacibles en medio de aquella aridez en la que se sofocaba su vida. Fueron los mismos labios en los que probó el elixir de una felicidad negada, de un cuento de media tarde o de media noche según sus deseos más carnales lo permitieran; de una llamada que convocaba a esa unión tan fraterna que ambos habían constituido sobre la bruma, sobre las rocas escarpadas que no constituían un obstáculo para tanto amor que se gritaron.

Su pecho, allí donde habitaba su corazón como muestra de que alguien había amado a la difícil Antonia Márquez Salvaterra. Que un sentir ejercía una diástole al verla y quizás una sístole al perderla. Pero también se acurrucaban los pulmones que enseñaban los suspiros de Sergio al lidiar con los celos más oscuros de su amada, y esas inspiraciones tan claras, tan honestas e incorruptibles que le habían llevado a ser uno de los más respetados abogados de la ciudad. Y de pronto se sorprendió al ver lo inexpugnable en los deseos de encontrar algún tipo de algarabía en aquel espacio tan profanado y a la vez tan sagrado.

Tomó las manos que la venalidad jamás corrompió. Las mismas que fueron como un albacea de todos los asuntos pecaminosos que la humanidad daba como perdidos y en los que él encontraba hasta el más minúsculo de los granos de esperanza para devolverle a la justicia el valor que día a día sus contrincantes intentaban arrebatarse de las manos, como el méndigo que le quita una golosina a un pequeño inerme. Las mismas manos que ella encontró abiertas prorranteando copiosamente auxilio aun en las temporadas donde Antonia creía que, al igual que las vidas de sus pacientes, la suya, la pena no valía.

Y encontró la esperanza perdida de la Caja de Pandora en los pies que la inspiraron por el camino más duro, aquel en el que lloró, rio, odió y amó. Quiso solo por un segundo, solo por piedad de la muerte, verle despierto y decirle que sus pies lo habían conducido hacia ella y desde entonces eran uno solo camino, una sola alma, una sola vida.

No lloró. Nunca lo hacía, al menos no frente a un cadáver.

Regresó la urna a su sitio no sin antes tratar de ver los ojos que le dirigieron esa mirada tan sugerente, tan horrorosa, como un método para recomponerla y no tener jamás esa última impresión de lo que fue su humanidad.

Y todos creen ver un espacio blanquecino, pálido dirigido a un sitio desconocido, más sin embargo ella desplegó los parpados de su amado y vio los lentes de contacto que usaba desde que creyó que el tumor se lo llevaría y con una paciencia descomedida, se los arrebató a una figura que sin duda el tiempo le arrebataría para siempre.

6748539-10. Un número rodeaba el cristal de los lentes de contacto: 6748539-10.

– ¿ 6748539-10?

Le preguntó a él, a su cuerpo y luego le pareció tonto hacerlo, entonces suspiró y lo dijo al viento invisible aún sin comprenderlo:

– 6748539-10...

Observó como la puerta se abría rápidamente. Era Brad.

– Tenemos que irnos. Todo se ha complicado.

Antonia, ensimismada, tomó los cristales en sus manos y le dedicó una última mirada a aquel ser que componía una anatomía indescifrable en el momento, casi parecía ser una broma y como una última oración encaminada al cielo, le dijo: <<te echaré de menos>>, como solo ella sabía hacerlo: en silencio.

Capítulo 4

Caos

...

El cuerpo de Sergio, la vida misma del abogado, era la prueba irrefutable de que algo extraño había sucedido.

Su madre había viajado la madrugada de aquel día desde una pequeña localidad fronteriza con Francia y ahora, con inquebrantable histrionismo, formaba una batahola encolerizada en la recepción de la estación de policía, mientras unos cuantos agentes intentaban aquietarle un poco y explicarle lo que debía hacer para encontrar el cuerpo de Sergito, como le llamaba. Más sin embargo no era lo único que gritaba.

-¡Fue esa mujer!, ¡esa maldita mujer lo ha matado!

Antonia podía advertir la voz bramada de su suegra aun sin verla.

Por mucho tiempo sobrellevó con entereza los insultos de la octogenaria mujer a causa de la censura no argumentada de su relación, y más aún de su matrimonio legal. Reprochaba cuanto provenía de ella, por más que Antonia quisiera mostrarse comprensiva, amigable y digna de respeto, hasta que un día, luego de una conversación en privado de Sergio y su madre, no volvió a molestarle, pero tampoco supo nunca cuáles fueron las prodigiosas palabras que acallaron sus blasfemias.

- ¿A qué mujer se refiere?- le preguntó a Brad mientras caminaban a prisa con dirección a un pasillo oculto.

-A ti.

No existieron más palabras sino hasta que llegaron a una de las oficinas que ella observó cuando apenas ingresaba. Por dentro parecía completamente contraria a lo ya observado desde fuera: sin boato, insípido, y hasta un tanto inservible. Por dentro, en contra de sus pensamientos, había una habitación presa de la caterva, con documentos, una computadora y sillas asimétricas distribuidas de una forma completamente caótica. Más tarde meditaría lo visto y se daría cuenta de que es su deber encontrar maravillas en medio del caos.

-No estoy entendiendo nada- dijo trémula, tras su rápida evaluación.

-Toma asiento- dijo acomodándose en la silla que estaba detrás del

escritorio.

-¡Dejemos los prólogos, por favor!

Brad permaneció áfono con la misma raigambre en su mirada. Antonia no tuvo otra opción de apaciguarse y tomar asiento frente a él.

-Esto parece una bola de nieve y lo peor es que parece caer por sobre una pendiente sin obstáculos- suspiró girando levemente su silla para tomar una carpeta color crema-. Este es el informe forense de la autopsia a Sergio. Como bien te dije, se llegó a la conclusión que la causa de la muerte es un envenenamiento por la sustancia química que se describe en el inciso 1.

Lanzó la carpeta para que le quedara lo más cerca posible. La tomó en sus manos y ojeó rápidamente lo que allí decía sin comprender del todo algunos de los términos médicos que se habían utilizado como pretexto para no llegar de forma acelerada al punto importante.

-Brad, sigo sin comprenderlo- cerró la carpeta y la dejó de su lado.

El hombre se puso de pie y atisbó con la cabeza afuera, como si quisiera comprobar que nadie los escuchaba.

-No te voy a atormentar con explicaciones que te dejen más dudas- regresó a su puesto-. Lo que quiere decir ese informe es que no se trató del consumo indebido o en exceso de algo, sino de un asesinato. A Sergio lo asesinaron.

-¿Qué estás diciendo?- susurró.

-Y no es lo peor, Antonia- la observó infausto- tu marido era alguien influyente, uno de los abogados más...

-Lo sé, lo sé...

-Una comisión especial de investigadores vino en la madrugada, mientras otros revisaron sus oficinas y hasta tu... casa y encontraron documentos que te hacen ver como la... principal sospechosa.

Tardó unos segundos en digerir mentalmente lo que acababa de decir. Juntó sus manos en la mesa con sus codos como base contorneando un triángulo desperfecto en el cual recostó su cabeza.

-He tratado de buscar recursos para detener el proceso, pero hay grupos de abogados interesados en resolver esto cuanto antes para ganar

prestigio ante los demás...

-Por eso su madre gritaba esas cosas...

- A esta hora eres titular de periódicos y noticieros y no esto se ha vuelto una puja entre los investigadores por encontrar respuestas y los jueces por asumir tu caso.

-¿Mi caso?

Asintió.

-Se ha abierto una investigación y hasta ahora todo juega en tu contra- resopló-. Cuando salgas de esta oficina serás interrogada y después...

-Después...

-No sabemos lo que vaya a suceder. Puede tratarse de una imputación por homicidio agravado.

Se puso de pie presa de la incertidumbre, perpleja por las crudas palabras que estaba escuchando y deseosa de una corriente de aire veraniego que oxigenara sus ideas con tal de responder algo cuerdo que la ayudara a asumir los hechos, más sin embargo solo obtuvo un ligero subterfugio en sus respiraciones pausadas como tratando de recomponerse, de serenar la trapisonda en la que se encontraban todos sus sentidos y vindicar, por medio de algún tipo de gesto, una inocencia que alguien con mucha presteza trataba de arrebatarle.

-No sé qué está pasando- se dejó caer en la silla un poco mareada, un poco confundida, un poco muerta.

Brad salió despavorido por la puerta y al regresar tenía consigo un vaso de agua que ella bebió en sorbos delicados, desganados, casi despreciables.

-Lo siento mucho, Antonia.

Pero más lo sentía ella.

Su propia conciencia la dejaba en una picota abierta donde todos podían verle y juzgarle como si fuera la prole de algún ruiñón sanguinario que disfrutaba con el homicidio de sus corderos.

Mientras caminaba directo a esa prisión sin rejas, sintió la ponzoña resbalar suavemente como en un desfile desalmado que la torturaba, es que la estaban condenando injustamente por escindir la respiración del

ser con el que la compartía. ¿Cómo podían decirlo?, ino!, cualquier persona, pero no ella.

Se acomodó en una silla de metal frío que no se parecía en absoluto a las que veía en las series americanas que de vez en cuando disfrutaba, irónicamente, al lado de Sergio. Esta tenía solo un par de sillas y una mesa en la mitad, sin lámparas ondeantes en el techo, sin formas de cuevas ennegrecidas o fríos de escaramuza que daban la sensación de estar siendo condenado a la pena de muerte.

Estuvo allí escuchando pasar el segundero de un reloj del siglo pasado que le anunciaba que pronto se acercaría alguien que también estaba en su contra.

Pero ella no era tonta. Por algo era psicóloga.

Las investigaciones por la muerte de su esposo habían avanzado de forma presurosa en menos de 24 horas, es más, ya tenían juicios tácitos acerca de una infracción no cometida y hasta de atrevían, como el peor de los bufones, a hablar de un homicidio.

Obviamente algo estaba sucediendo. Las circunstancias la apremiaban a defenderse para que aquellos acontecimientos no fuesen más fuertes que una verdad que ella defendía, pero como decía su padre: uno es inocente hasta que los falsos le ganan el pulso a la justicia, y ella no iba a permitirlo, no en ese momento, no cuando ni siquiera el culpable de la muerte de su padre que era un verdadero homicida estaba libre pregonando una hazaña que le destruyó la vida.

Su teléfono comenzó a sonar rompiendo la tranquilidad de la estancia.

-¿Qué está pasando contigo Antonia?- dijo la voz del doctor Eslava del otro lado-. Eres el tema de conversación en la clínica.

Sabía que sus subordinados esperaban siempre verle caer, encontrar algún defecto, algo. Esperaban siempre como lobos hasta la más pequeña equivocación al hablar para darse el lujo de corregirla y luego criticarle tras bambalinas cuando ella no estuviese presente.

-Lo imagino- dijo- ¿Cómo va todo?

El hombre del otro lado exhaló.

-No, Antonia. Bien sabes que tu psicología no sirve de nada conmigo- asintió sin que él lo supiera- ¿Qué pasó?

Con abulia extrema artículo las palabras para formar frases que pudieran, de algún modo imposible para ella, ser comprensible para su

maestro, para su jefe y amigo, más sin embargo de nuevo le era imposible pronunciar la palabra muerte por más que su mente ya lo hubiera hecho desde el mismo momento en el que el guarda de su edificio le dijo: <<está en el suelo. Como epiléptico>>.

-¿Cómo te sientes?- le preguntó luego de lo dicho.

-Solo siento que no sé qué es lo que pasa y creo que solo se trata de una terrible pesadilla...

-Veo- musitó-. Lo lamento, y también la muerte de Sergio, era un buen hombre.

De pronto sintió la necesidad de que la única persona que la comprendía en ese momento, no dudara.

-Nada de lo que dicen es cierto...

-Lo sé- dijo el doctor en una frase que Antonia no escuchó.

-Dicen que yo lo maté... ¡Santo Dios!... no lo he hecho, lo juro.

-Lo sé- repitió de nuevo- lo sé.

Sintió un poco de paz al afirmar su apoyo y deseó darle un abrazo que le incendiaría los miedos.

-De mi parte y el de la clínica en sí cuentas con todo el apoyo- aseveró-. Hemos contratado un abogado modesto, pero muy exitoso que ha llevado casos de nuestros pacientes.

-Gracias...

-Escúchame- pidió en una voz casi ahogada por la tos- no voy a poder estar contigo, ya que debo ultimar el viaje a Lesbos y hay muchas personas que esperan a los voluntarios, pero voy a estar en comunicación contigo y pendiente de tu proceso. También dejaré un juramento firmado donde hago las veces de testigo indicando tu hoja de vida intachable y las acciones en pro de los refugiados que pueden eximirte de alguna responsabilidad...

Sintió las pisoteadas y el giro del pomo de la puerta. Retiró el teléfono de su oído sin colgar o despedirse, solo como una egida tonta y fútil para no ser descubierta, pero lo fue.

-¿Quién la dejó entrar con el teléfono?- preguntó un hombre con

carpetas bajo su brazo y la mirada encolerizada- responde.

-Nadie me dijo que debía dejarlo.

Resoplo hastiado.

-Entréguemelo, al igual que sus documentos de identificación.

Así lo hizo.

El oficial cerró la puerta y se sentó frente a ella preguntándole o más bien confirmando los datos que aparecían en una hoja de papel blanco donde yacía una foto suya a blanco y negro.

-Muy bien, podemos comenzar- cerró los expedientes y la examinó con la mirada deteniéndose en sus pechos, Antonia se resguardó con la bufanda, lo que alertó al hombre-. ¿Un matrimonio de 5 años?- asintió- ¿son muy pocos?

-Los suficientes para esta época- contestó de inmediato.

-Si... tengo entendido que estaba usted en su piso en el edificio Riveras cuando fue alertada por el celador.

-Así es.

Pudo ver el apellido en su uniforme: Versailles.

-¿Quién prepara la comida en casa?

No comprendía bien a qué se refería.

-Ambos trabajamos... trabajamos y a veces llegábamos a distintas horas, así que quien arribara primero era quien preparaba la comida.

-Según los compañeros de trabajo del señor Sergio él solía llevar los alimentos de casa, lo que consumía en el día.

-Es cierto- dijo ella recordando el desprecio incomprensible con el que trataba la comida del bufete.

-Veo- lo dejó en su libreta y prosiguió-. ¿Me podría decir quien preparó la comida del día de ayer, es decir, la que él llevó a su trabajo?

Antonia se puso de pie iracunda, fastidiada en todo caso por las sandeces del investigador.

-¿A qué viene todo esto?

El hombre apoyo todo su cuerpo en sus manos sobre la mesa y la miró sin ningún tipo de temor.

-Siéntese- ordenó-. Límitese a responder lo que le pregunto.

-La preparé yo, siempre lo hago- dijo sin volver a su puesto-. Él es intolerante a la lactosa y además debe cuidar la cantidad de grasas.

-¿Hace cuánto lo hace?- indagó con su mirada vuelta un escolio para explicar cierta placidez.

-No lo sé... quizás dos años... tres.

-Es persistente...

-Disculpe.

-Vuelva a su puesto, por favor.

Lo hizo mientras él escribía algo en su reporte.

-¿Podría decirme algo?

-Su esposo murió por un envenenamiento que posteriormente le ocasionó un fulminante y otras circunstancias. El tipo de veneno que se encontró durante la autopsia, es idéntico al hallado en los restos de comida que había en un casillero de su oficina.

Cuando notó que Antonia iba a hablar, segó sus palabras poniendo el dedo índice en la mitad de sus labios.

-La única persona que tenía las llaves de dicho casillero, era él, y las llaves fueron encontradas en el bolsillo derecho de un pantalón de paño azul oscuro que vestía en el momento de su fallecimiento. Sus compañeros dicen además, que nadie podía entrar a su despacho pues este cuenta con una clave de seguridad para hacerlo, por lo que suponemos que la comida fue directamente llevada de casa al sitio indicado...

Antonia negó con la cabeza teniendo insertada en su mirada con algo parecido a una actitud sardónica. Encomió a sus palabras, esas que la hacían fuerte ante las demás, cientos de cualidades para que estas estuvieran a su favor.

-Arguyo que...

-Arguye usted bien señora... - revisó el expediente- Antonia. Dígame algo, ¿Cuál fue el motivo definitivo que le llevó a asesinar a su conyugue después de casi 5 años de matrimonio y en sí 6 de relación?

-¡Oh, por Dios!, está usted cometiendo un error.

Versalles abrió una nueva carpeta poniéndose de pie con cierta aquiescencia para respaldar lo dicho, mientras de soslayo apreciaba el contorno desfigurado de su acusada que se debatía entre la alevosía de sus gestos que bien podrían resumirse en una afasia imposible de servir como testigo de inocencia y en el carácter dúctil que a la que se había adherido la firmeza o más bien la cordura con que creía contar.

-Estos documentos- dijo luego de lanzárselos- fueron encontrados en su habitación hace unas horas y son la prueba indiscutible de los nexos del señor Sergio con la mafia de Medio Oriente en cuanto a tráfico de migrantes se refiere.

-¿Tráfico de...?- estaba abatida- ¿de qué está hablando?

-Su marido, y esto solo se lo digo como recordatorio, hacía parte de una red transfronteriza que comenzaba en Turquía y cuyo centro de operaciones permanece en este momento en el Líbano, ¿lo recuerda?

Secó las lágrimas invisibles de su rostro y más tarde limpió la humedad de su boca, también invisible.

-Mi esposo estaba investigando a una red de tráfico de migrantes provenientes de Siria, es más, yo trabajó como psicóloga en una clínica encargada por el gobierno para dar asistencia a las mismas víctimas de...

-Mejor aún, ¿no?- expresó riendo con ironía-. Le voy a explicar lo que sucedió: en el 2013 su esposo recibió el primer caso de tráfico gracias a las personas que llegaban de forma ilegal desde el Mediterráneo, pasando por Grecia y por otras naciones. Su objetivo era desenmascararlos- Antonia asintió cándida-. Pero resulta que le pareció tan atractivo el negocio que prefirió quedarse como la cara política, un respetado abogado que hace las veces de salvador de estas personas, mientras desviaba las investigaciones reales y se quedaba con una buena porción de las millonarias ganancias del maldito negocio.

No quería seguir escuchando tan infame monólogo, pero tampoco hallaba un argumento para contradecirlo, quizás, en parte, por lo apesadumbrada que se encontraba.

-Se lo comentó a usted y entonces usó su pertinente posición como psicóloga clínica para pasar informes amañados al gobierno, mientras más personas seguían llegando gracias a su marido. ¡Un excelente negocio familiar!

-Esto le va a salir muy caro... voy a demandarlo por calumnia y...

El investigador lanzó una risotada que ocasionó que Antonia entrara en un estado de frenesí incontrolable.

-Estas- señaló el hombre un documento- son los títulos que están firmados tanto por usted como por el señor Sergio...

-Esta es una cuenta en común... ¿Qué diablos tiene que ver?

-Gracias por confirmarlo- aplaudió- de esta cuenta salían los recursos para financiar los viajes ilegales, y además allí entraban las ganancias percibidas por ambos.

Recordó con el logo del banco las palabras de Sergio: <<si algún día tenemos un hijo, esto será para que viva plácidamente mientras va a la universidad y consigue un trabajo>>, y entonces pensó que habían profanado una herencia sacra, como si alguien ominoso hubiera lanzado un escupitajo, un denuesto depravado en un camino entramado de inmolaciones personales y triunfos históricos sobre crisis emparentadas. Y entonces fue cuando su alma ardió.

-¡Cállese, Versailles!- gritó- icállese de una maldita vez!

El hombre quedó como suspendido en los gritos de alguien desconocido que le llamaba por el apellido dándole una orden tal y como lo hacían sus superiores. Se dejó caer en su silla con las manos temblorosas, mientras un aura de superioridad le hacía retomar la compostura que por poco y lanza a la basura por completo.

Apreció el rostro de la acusada que tenía el mismo nombre de su madre y le permitió sollozar por algunos minutos. Y entonces ella no tuvo miedo y apoyó la abertura de la represa en la que el líquido se agolpaba suplicando una reivindicación por la denostación recibida, imaginando inapropiadamente que el caos de la oficina de Brad, de su vida en sí, no era muy diferente al que ahora presenciaba y desagravió en un válido intento su ser diciéndose una y otra vez: <<lo siento Sergio, lo siento>>.

Capítulo 5

Alma

Siempre parecía estar embebido en la circunspección imperecedera de los toques de su esposa. Cada mañana, cuando el insomnio terminaba por ganar la batalla, no había mejor remedio para la lasitud que escuchar la melodía parsimoniosa que el arco convidaba en los mansos toques con las cuerdas antes afinadas en las clavijas.

Ella se sentaba en sus piernas, mientras acomodaba ágilmente la almohadilla en su cuello y se disponía a mover de forma oblicua esa vara mágica que tanta pasión le causaba y le causó siempre.

- Deberías hacerlo más a menudo- le decía desde el marco de la puerta cuando solo ella quedaba en el salón de música de la universidad.

-¡Oh, no!- expresó avergonzada- es solo un pasatiempo.

-Yo lo llamaría talismán.

Preguntó confundida con su mirada.

-Lo haces con el alma- se acercó lentamente- y eso redime la vulgaridad de llamarle pasatiempo.

-¿Le gusta?- inquirió con el arrebol en las mejillas, propio de una chiquilla enamorada de su maestro.

Sergio se acomodó de soslayo con las piernas abiertas y la mirada encariñada.

-También el violín tiene alma- dijo- y no es una prosopopeya ni nada por el estilo. Es una espiga que se adecúa entre la tapa y el fondo del violín.

-Si- afirmó conoedora de lo que decía- pero no solo es soporte.

-Exacto- indicó con su meñique y se puso de pie- es tan parecida al alma mortal. No solo sobrelleva, sino que como añadidura recibe las transmisiones para hacerlas más armónicas y precisas. Y al igual que en el violín, un cuerpo sin alma es solo un sonido monótono, una excusa fisiológica para estar.

Y más tarde, cuando sus ojos no soportaban más miradas y por vez primera el flameante maestro corrompía su decreto interno de no mezclarse de forma personal con sus estudiantes, acrisoló sus labios en medio de la crápula humanidad de Antonia y añadió:

–Me gustan, sí, me gustan las cosas con alma- podía sentir la solidez de su aliento- es una suerte que ambos la tengan.

Capítulo 6

Venganza

...

Sus viajes a Líbano habían comenzado solo 3 meses atrás.

Su grupo de peritos había logrado hallar al jefe de las mafias en ese país que respondía al seudónimo de Jean Lucas Pacelli, un hombre cincuentón de ascendencia holandesa que se había transfigurado en la prueba misma de la maldad y la ferocidad de una especie. Un títere del poder y del dinero que acoquina las mentes modernas y las subyuga a un estado de placer solo cuando un haz de billetes se presentaba ante ellas.

Reclutaba familias que, forzadas a huir de una guerra que no pidieron, deseaban hallar cobijo en las manos abiertas de la siempre impetuosa Unión Europea. Pero claro, no podían llegar a un cielo falso sin antes haber cruzado el averno de nuestros días y ser desgarrados por el aliento impío de un malhechor como aquel: mujeres y niñas de un lado, hombres del otro, un vetusto camión con decenas de problemas mecánicos que despegaba desde Turquía con órdenes del Líbano, cruzando paraísos demasiado inalcanzables para ser ciertos: Serbia, Hungría... un continente nuevo que poseía mallas como bienvenida y agentes fronterizos rudos hablando en una lengua desconocida para orientarles, para decirles que el mundo estaba cansado de ellos.

Quizás fue la crueldad lo que hizo volver a Sergio un hombre imparcial, que no le importaba vincular a los gobiernos más prósperos en los actos más sádicos. Fue también aquello lo que convirtió a Antonia en la receptora final de una sinapsis inapropiada traducida como historias de guerra y de dolor.

Pero si algo tenía claro está, es que las travesías de su marido, no tenían en nada que ver con las sandeces de las que las autoridades se jactaban.

–¿Me estás escuchando?– preguntó Brad con tono irritado, mientras su compañera disimulaba la mirada en los documentos de su oficina-. Antonia, esto es muy serio...

–Lo sé... lo lamento... ¿Qué decías?

–Las pesquisas han mostrado que Sergio tenía un viaje planeado para la próxima semana al Líbano y otro a Turquía, ¿lo sabías?

-Si- lo recordó- me dijo que había encontrado el cabecilla de una organización de apellido Pacelli.

-Jean Lucas Pacelli- completó.

Antes del mencionado viaje, su esposo le había hablado de una gran sorpresa para su quinto aniversario: <<van a pasar cosas buenas, te juro que así será>>.

-Pues bien, todo indica que Sergio iría a recibir nuevas indicaciones de este hombre...

-Espera- pidió al notar la insinuación- estás condenando también a Sergio, ¿tú?

Suspiró harto del ambiente y pasó su índice por la frente.

-No se trata de lo que yo piense, querida- alegó con entereza- son las pruebas: hay facturas, firmas, correos, llamadas... viajes; todo juega en su contra, además hay un serial que suelen utilizar los delincuentes en Medio Oriente para identificarse, lo llevan en alguna parte del cuerpo siempre, el de tu marido se componía de ocho números que están tratando de confirmar, y si lo hacen, será la prueba irrefutable de que tenía mucho que ver en esto.

6748539-10. Lo recordó. 6748539-10, ocho dígitos. Un serial.

-¿Lo encontraron?- preguntó angustiada.

-La autopsia no dio resultado, pero hay fuentes que aseguran que él lo tenía.

No, no podía ser. No podía ser aquello una prueba. No.

-Ósea que piensas que soy culpable.

-Por supuesto que no, ¿Cómo se te ocurre decir eso?

-El tipo que me interrogó dijo que las supuestas operaciones de Sergio fueron financiadas con dinero de una cuenta que teníamos en común y yo siempre autoricé todo...

-Conozco ese documento, pero podemos desprestigiarlo alegando un engaño...

-Él no me engañó.

-¡Vamos, Antonia!- exclamó- ¿Qué otra prueba necesitas?, él murió porque muy seguramente uno de sus cómplices lo traicionó...

-Eso no es cierto... y lo peor es que me acusan a mí, piensan que yo deseaba quedarme con un negocio que no existe y que por eso le asesiné.

El hombre respiró hondo con media sonrisa y luego le dirigió una mirada compasiva.

-Me exalté- admitió- lo siento. Solo quiero que comprendas que todo está en tu contra y que mañana mismo pueden enviarte a prisión, debes alegar inconsciencia, fraude, engaño... lo que sea para salvarte de la cruenta condena que piensan poner sobre ti, además de los delitos que han dañado tu buen nombre.

Sollozó un poco a lo que Brad respondió cediéndole una caja de pañuelos de papel que la ayudaran a menguar la zozobra por la que su mente navegaba como barco sin timón. Se recompuso un poco, tras un frío abrazo de su compañero y más tarde observó en él a un ser desierto, con la mirada pérdida en algún lugar remoto, absorto, casi levitando en las profundidades de un pensamiento ambiguo que requiere de inmediata resolución.

Ella mientras tanto pensaba en su padre. Ese que fue su consuelo, él único ser, aparte de Sergio, por el cual hubiese dado la vida. Aún podía verlo descansando en la silla reclinable de su oficina mientras fingía trabajar con libro abierto y un esfero que por la gravedad ya había caído al suelo sin que él lo supiera. Al ver esto ella salía de allí en puntitas y luego de reír un poco tocaba la puerta, solo para que él no sintiera vergüenza y perpetuará, en mancillado secreto, tan cómica acción.

Y así era siempre. Solía divagar en la vida perfecta que en un momento tuvo, justo cuando la suya era decadencia. Solo en esos momentos aseveraba la conjetura de su padre: <<solo se quiere paz cuando se está en guerra>>. Y ya no quiso pensar que su mundo pudiese acabar allí, como una forajida descubierta en lo inhóspito de lo falso.

Brad se acercó a un lugar cercano a la pared de la que prendía una fotografía enmarcada en madera de teca que desde la posición de Antonia era completamente indescifrable el rostro de quien inanimado permanecía allí. Creyó verle llorar, más sin embargo luego retomó el control del trémulo diálogo y se acercó a ella postrándose en una sola rodilla con la frente encaminada al suelo y una estremecedora melancolía en su ser.

-Los odio- dijo casi en un lloriqueo- son una maldita plaga que está

acabando con todo... y no hablo solo de los migrantes...

-¿A qué te refieres?

-Tu esposo te engañó desde siempre y se convirtió en uno de ellos...

-Él...

-Shhh- indicó con la mano abierta- no lo defiendas más, por favor, eso solo me da asco...

Antonia humilló su cabeza.

-Hace mucho tiempo juré atraparlos a todos y refundirlos en prisión para que en medio de esa soledad puedan apreciar un poco de la truculencia que produce el frío cuando la muerte irremediable está tan cerca...

Ella lo examinó por algunos segundos y supo que algo se había roto. Comprendió que el Brad que ella conoció años antes en la universidad, no era el mismo de ahora y entonces aceptó una pérdida que a ella no le correspondía y habló.

-¿Qué pasó... Bradley?

El hombre se puso en pie y caminó hasta detrás de su escritorio, tomó su saco y lo dejó sobre su hombro mientras se dirigía a la puerta y la abría. Antonia por su parte apreciaba el acto como si perteneciera a una escena teatral, impresionada por lo voluble de su conducta y perpleja por la sutil facilidad con la cual cambiaba de estado de vez en cuando.

-¿Vas a quedarte allí mirándome, o vas a acompañarme?

Su coche era un Mercedes Benz Clase C color plateado. Mientras que el día solo era de invierno color gris.

Conducía con extremo cuidado, como si temiera encontrarse de frente con algún bandido a los que solía investigar y tener que usar su entrenamiento especial para efectuar un arresto ciudadano, hasta que sus camaradas de la estación lo respaldaran con la imponente que suministra una patrulla y un pequeño grupo de uniformados.

Antonia ladeó su mirada al cielo Barcelonés que era casi tan parecido a la azotea de su mente: ambos tenían sobre sí un aspecto cadavérico y desenchajado, si por una parte el firmamento era una pintura estropeada, por el otro su mente solo llegaba a ser un mamarracho caprichoso de un

pequeño de nombre Destino.

Siguieron rodando mientras el silencio se presentaba entre ellos como un pasajero más y la brisa intentaba refrescarles la vida a todos. Aunque el mar no estaba cerca, se podía oler un gas marinado y escuchar las pisadas descalzas de los turistas que departían silenciosos contemplando la majestuosidad del sol invisible y conociendo un paraíso de concreto que les brindaba todas las posibilidades y comodidades del caso, mientras disputaban con su mente la lejanía de asuntos laborales que debía ser imperante para el momento.

Y precisamente ella hubiese preferido estar empaquetando sus vestidos en casa, que tener que defender una conciencia hasta entonces libre de culpas. Hubiera deseado ya estar en Lesbos prestando su conocimiento y capacidades que estar a las puertas de una prisión irremediable y sobre todo, ella hubiera querido estar en el coche de Sergio y no en el de Brad.

-¿A dónde vamos?- el semáforo estaba en rojo.

Encendió un cigarrillo y le dirigió una sonrisa sensata.

-No comas ansias, mujer.

La luz verde expió su desazón dando marcha a su respiración de una manera tan dinámica que casi podía acompasarse con los latidos de su corazón. El aire de invierno provenía de bóreas en un acto espeluznante por devolverle la calma que tan solo el día anterior le fue arrebatada. Si, solo había pasado un día y sentía que estaba viviendo más de lo que había vivido jamás y buscó en el fondo de todo una razón para aquello, pero como todo lo que existía en su vida, dicha respuesta no tenía ni cuerpo, ni manos, ni pies, mucho menos una cabeza de la cual una mente diera una explicación reflexiva de lo que pasaba.

Brad retiró la colilla de sus labios y lanzando a la carretera respiró limpiamente como quien se libra del cáncer de pulmón y puede sentir el alivio de la pureza del oxígeno natural.

Se aparcó justo al frente de la portada de un edificio de color ladrillo y techo negro, de cuyos ventanales se sostenía la dignidad de lo antiguo en una sola pieza, y se movía asustadizamente por miedo a ser olvidados para siempre.

-¿Qué es esto?

Cerró la puerta de su lado y pasó por delante del coche para echarle un vistazo rápido al lugar.

-Quiero que veas a alguien.

Dio 3 rudos golpes a la puerta de madera pulida y solo dos segundos después una voz con acento extraño gritó algo incomprensible. Brad miró a Antonia con holgorio, como si esa voz fuera una buena noticia.

-Señor Stevenson- dijo un hombre con cejas pobladas- ¿Qué lo trae por acá?

-Necesito hablar con Abdel, ¿podríamos verlo?

-Por supuesto, está en el taller, pero ya le llamó. Sigán por favor.

A pesar de su acento enigmático que con seguridad lo cobijaba como foráneo, cada palabra que salía de su boca gozaba de una claridad exquisita.

La puerta se cerró tras ellos mientras caminaban por un pasillo limpio con paredes curtidas y llenas de humedad.

-Muchos son rechazados en la capital o en las costas del Mediterráneo o en las fronteras, por eso vienen a este sitio, es como una casa-taller-hotel de migrantes ilegales que están a la espera de algún tipo de resolución estatal sea aquí o en otra nación.

-¿Por qué?

-Pues tiene que vivir de algo...

-No, ¿Por qué me trajiste a este lugar?, ¿Qué pretendes?

Brad analizó su rostro y luego le enseñó de nuevo una risilla burlona, como de triunfo.

-Castellano, inglés, agricultura sostenible, carpintería y hasta un poco de manualidades- señaló una puerta con letras indiscutiblemente árabes-. 5 voluntarios de varias ciudades y dos traductores oficiales.

-¿Cuántas personas?

-31... bueno, eso era hace una semana, todos los días llegan más.

Arribaron a un patio medieval sin demasiados detalles salvo un par de mesillas en el centro de la estancia, y hombres y mujeres platicando, al parecer a gusto, cerca de una fuente sin agua. Se sentaron en uno de los escalones y permanecieron en silencio mientras el hombre de la puerta

traía consigo a un jovencito de piel morena.

-No tengo mucho para ofrecerles, pero hay té- Brad inquirió a Antonia.

-Oh, no, gracias, estoy bien.

-Los dejo entonces- le dio la mano a Brad y se alejó.

Partieron hacia una de las mesas del centro, y como psicóloga respetada de su trabajo, inmediatamente se percató de la excitación del joven, gracias a la conmoción presurosa de sus manos. Tras ellos se escuchaban decenas de voces cuyas palabras eran insondables, a veces una risa, a veces la risa parecía llanto y los llantos palabras de nuevo. Se concentró por segunda vez en el temblor de su acompañante y entonces dirigió su vista al rostro encontrándose con la jovialidad de un alma que solo empieza a vivir, de un cuerpo que no había pasado más de 20 años en la tierra y sobre todo con una amargura que jamás había notado en nadie.

-Él es Abdel y ella es Antonia- dijo observando a cada lado según lo que correspondía.

El joven inclinó la mirada.

-Sé que esto es difícil Abdel, pero podrías platicarme nuevamente lo que me dijiste la última vez.

Negó con la cabeza y más tarde la humilló al suelo.

-Descuida- dijo- ella es de confianza y no dirá nada- levantó su mano- te lo juro.

El chico continuaba sin responder.

-Bien, vamos poco a poco- expresó Brad- ¿Qué papel cumplías en la organización?

Le dirigió una fugaz mirada a Antonia, como de súplica.

-Conseguía los camiones y a veces los barcos...

-Excelente- se interesó más en lo que decía- ¿podrías decirnos cuanto te pagaban?

-No lo hacían...

La mujer se extrañó con la contestación, mientras Brad enarcaba una

ceja.

-¿Por qué?

-Fue el precio por dejar viajar a mi familia sin costo... no teníamos...

-Dinero- completó Brad.

-Dinero para pagar el transporte.

Un aire barrió en los hombros de todos y llevó el cabello de la psicóloga hacia delante, casi hasta su boca por lo que tuvo que apartarlo con ambas manos y formar una improvisada moña detrás de su cabeza.

-¿Qué más tenías que hacer?- indagó de nuevo el investigador- sino quieres responder, no...

-Golpeaba a los que incumplían el pago... y también... yo... asesiné a varias personas...

-¿iQué!?- espetó Antonia casi en un grito furibundo- pero si solo eres un... niño.

-Tengo 21- corrigió como si eso fuera una excusa valida-. Pero os juro: no quise... ellos me obligaban o iban a lanzar al mar a mi familia.

-¿Cómo estás?- preguntó ella siendo presa de su profesión- ¿te han brindado ayuda?

El joven negó con la cabeza, mientras Brad interceptaba la conversación hacia él.

-Aguarda, querida- dijo dejando una mano sobre la suya-. ¿Dónde está tu familia?

-La asesinaron- contestó con agonía-. Cuando se dieron cuenta de que escapé, solo los...

-Tiro de gracia- explicó Brad, a lo que el joven respondió con un gemido.

Antonia se puso de pie y caminó hasta él. Pasó su brazo derecho sobre su hombro y le dio un par de palmaditas en su cabeza atrayendo con ello partículas de aserrín.

-No vamos a atormentarte más- dijo Brad- solo responde una sola

pregunta y te juro que nos iremos para que puedas descansar.

Ella se separó de él a la espera de punto final, expectante.

-¿Cómo se llamaba tu jefe?

Y aunque rogó apresuradamente al cielo, sus lamentos no alcanzaron a llegar antes de que el jovencillo dijera claramente: <<Sergio>>. Tuvo que sostenerse de Abdel para no desplomarse en la mitad del patio de cerámica fragmentada.

-¿Te sientes bien?- preguntó Brad quien con su aniquilador reflejo la controló desde la zona lumbar.

-Es... - veía el paisaje un poco tenue- es... - tomó su teléfono celular y le enseñó una fotografía de su marido- es este...

El chiquillo asintió, al tiempo que del ojo derecho de su ajado rostro salía una lágrima.

-Sácame de aquí- ordenó por medio de un bisbiseo-. Estoy un poco mareada... y... - lloró- sácame, por favor.

El interior del coche permanecía álgido a causa de que la ventana del copiloto, por consideración de las fuerzas externas, había permitido la entrada del aire seco. Brad encendió la calefacción y dio marcha al coche en reversa para luego retomar la misma vía por la cual habían llegado.

El cielo ahora era parduzco, como si después de disputas imperecederas con las nubes de aerosol, estas le hubiesen brindado una aquiescencia para abastecer al mundo de una luz que tanta falta le hacía. El último tercio de la tarde comenzaba a abrir el telón para la función de una luna engañosa, y un poco acoquinada o tal vez cansada y somnolienta como Antonia. Una ciudad que era el mismo ejemplo de la esencia de turno en el cuerpo de la mujer: unas calles largas y húmedas llenas de visitantes indeseados como su corazón; un puñado de edificios que estaban allí y al mismo tiempo no, de forma semejante a como estaba su razonamiento; el cansancio indelicado del césped del parque, símil al de sus ojos... Todo, toda Antonia estaba esparcida por allí, muriendo en cada sitio, esperando que su clamor fuera atendido personalmente por un misericordioso salvador que la despertara de esa pesadilla.

-¿Cómo te sientes?

No quiso mirarlo. Continuó recostada en su asiento haciendo pesquisas inconscientes de la ciudad.

-Oye- Brad la miró y luego regresó sutilmente a la carretera- lamento lo que escuchaste, pero debías convencerte de...

-No más... ya no, Brad.

Continuó el recorrido un tanto inquieto.

-Sé lo que estás sintiendo.

-Oh, no; no lo sabes...

Asintió.

Tomó un cigarrillo de la cajuela e iba a encenderlo.

-No fumes- exigió ella- necesito respirar bien.

El hombre desistió de su cometido y volvió a su habitual tarea en el volante.

Antonia observó su abnegación y sintió el deber de disculparse con un poco de plástica.

-Al final no me dijiste porque los odias tanto, es decir, porque te afecta de una manera tan descomedida.

Brad la miró velozmente y extendió su brazo para abrir la cajuela de nuevo.

-Te pedí que no fumaras...

-En el fondo- señaló apartando su mano del sitio- hay una fotografía.

Antonia inspeccionó lo entrañable de aquel resguardo, topándose con los cuerpos exinanidos de los arrebuajados cigarrillos, más tarde pudo tener en su mano un pedazo de cartón.

Echó un vistazo y pudo apreciarlo: un chiquillo de no más de 6 años con un mohín intransigente en el rostro; los ojos color ébano; el cabello organizado en un círculo de hongo y las manos enseñando una pirámide de tierra escarlata.

-Samuel Stevenson Sotomayor. 4 años y medio. Catalán.

-¿Tu...?

-Mi hijo- dijo envuelto en cólera- asesinado hace 3 meses porque el idiota de su padre investigaba a uno de esos traficantes. Un estúpido que

tuvo ínfulas de héroe en un mundo desalmado.

-¡Oh, Brad!- no dejaba de mirarlo- no lo sabía, cuanto lo siento.

Tomó un cigarro, esta vez sin autorización y lo aprisionó entre sus labios como una forma de no dar tregua a las lágrimas que definitivamente derramaría cuando Antonia no lo estuviera viendo.

-Al final de la historia solo hay dos opciones- dijo cuan dipsómano- la absolución- la miró a los ojos con ese tipo de atisbos que evaporan la sangre- o la venganza.

Capítulo 7

Golondrina

...

La cárcel era un lugar sombrío, no por su ausencia de luz, ni por las paredes llenas de una herrumbre fétida, sino más bien por la soledad que se aspiraba en vez del oxígeno. Le dieron una celda de dos por dos en la comandancia central, en la que solo había un camarote de concreto donde su única compañera era una golondrina, que de vez en cuando producía algún tipo de sonido para aniquilar de esta manera el estado absorto de la prisionera.

Habían llegado por ella en la mañana al apartamento de Brad cuando ambos ya esperaban los 3 golpes afanosos en la puerta. Por su parte el tiempo transcurría en un desmedro violento, mientras las agencias de noticias televisivas se encargaban, con gran placidez, de hacer magno el escándalo en el que ella yacía como protagonista.

No es que fuese algo que la inquietara, de hecho por muchos años cuando la mesa estaba servida y su marido en casa, encendían el único y viejo televisor que prendía de un marco poco convincente y analizaban uno a uno los titulares de los hechos más sustanciales del día, hasta que llegó un momento en que la guerra de Siria ya le era completamente fastidiosa: todos hablaban de ella como se habla del méndigo de la calle que los vecinos no desean que los turistas vean; un poco de tramoyistas lamentaciones, y una porción de silencio ante la corrupción.

Sabían soberbiamente que algo estaba pasando y que ello no estaba del todo bien. Tenían conocimientos de que altos entes gubernamentales estaban inmiscuidos en muchos de los problemas de los refugiados de la guerra, pero entonces todos miraban hacia un horizonte invisible que les cobijaba el espíritu caliginoso, acompañado de una catilinaria absurda en contra de las circunstancias que a todos nos corresponde padecer, y de pronto estábamos en un mundo perfecto en el que no había asunto ambiguo que no se pudiera explicar con un: <<dejemos que el gobierno se encargue de esto y tratemos de vivir en paz>>.

La actitud porfiada de una humanidad colmada de sandeces y unas fronteras más apremiadas que nunca, hicieron reflexionar a Sergio.

— Alguien tiene que hacer algo.

Y entonces Antonia no comprendió porque ese alguien debía ser él. No lograba dilucidar quien había sido el malandrín que había puesto en las manos de su marido tan azarosa tarea que ahora se lo robaba tal y como

el viento lo hace con las hojas adustas y enfermizas del otoño: rauda y brutalmente.

Se entregó a las lágrimas y al consuelo desmedido e hipócrita que le brindaba el buen mundo donde solía vivir y anheló por vez primera nunca haberlo conocido. Antonia que lo tuvo todo a su lado, se dio cuenta de que también todo él se lo había llevado.

De vez en cuando una guardia distinta pasaba por los tácitos calabozos en busca de un hecho infrecuente con el cual poder obsequiar un castigo a una presa, la que fuera con tal de hacer algo más que contar los barrotes de cada celda. A veces se miraban entre ellas como cuchicheando un plan maquiavélico, conspirando palabras deshonorosas que rebajasen más a las almas putrefactas que en camas de concreto reposaban.

Y entonces sobrevenía la golondrina con su presencia señorial, y un jolgorio vociferado que casi podía decirle a los conserjes: <<les he ganado, de aquí no me voy>>. Se posaba en la ventana atestada de pequeños agujeros por los que se tamizaba una luz sucia en medio de la cual levitaban diminutas, pero perceptibles partículas de polvo y un poco también de vaho. Dejaba el ave una sombra en el suelo arreciado por un terremoto unificado que de vez en cuando levantaba un par de trozos de aquella habitación, como si bajo la celda permaneciera el linaje de alguna mujer que en otros tiempo hubiese sido condenada a una cadena perpetua en la cual parió un par de capullos hijos también de la soledad y el desespero.

Le aterraba, por supuesto que sí. Muchas veces atendió en su consultorio a niños y adultos con claustrofobia que le pedían con un poco de temor que dejara la puerta abierta, y era justo cuando debía inventarse algún tipo de juego para hacerles comprender que en realidad no era tan maldito el rechinar de las bisagras oxidadas de esa o cualquier otra cerradura. A veces lo lograba y otras no, pero al menos se sentía conforme al haber explicado lo que para ella era tan estúpido. Pero ahora podía comprender que esa mezcla irritante de negrura y silencio, a veces dejaban en el ambiente una farfulla semejante a la salmodia lejana de una iglesia medieval.

— Márquez Salvaterra- la guarda golpeaba con el bolillo las vigas de hierro, mientras la luz opaca de la ventana acrisolaba el metal- su abogado la espera.

Adormecida por las noches sin pernoctar un solo segundo, se levantó como un tallo fuerte en medio de la herbosa de un bosque consumido por la maleza. La esposaron y la condujeron del brazo hasta una estancia oscura donde dos hombres platicaban casi en bisbiseos y al verle a ella

traspasar el portón, se detuvieron y le lanzaron una sonrisa.

Se quedó asombrada al contemplar la sutil belleza del acompañante de Brad: un joven amateur de lo metrosexual que le dirigía una mirada lacónica, primero a sus ojos y más tarde a sus manos.

— Aguarde- le gritó con voz cordial a la guarda que se alejaba- ¿podría retirarle las esposas?- la mujer le miró prevenida y luego de evaluar lo que sucedía lo hizo con antipatía.

El hombre la miró de nuevo con una sonrisa y las manos formando una pirámide sobre la mesa.

— ¿Se va a quedar allí, señora Márquez?

Antonia tomó asiento al lado de Brad, quien a su vez sujetó su mano izquierda a modo de saludo.

— Él es Iván Bautista, abogado penalista.

— El doctor Eslava me dijo que él enviaría uno, ¿tiene algo que ver?

— No- respondió el hombre- soy... amigo de Bradley, se quedó conmigo en Madrid mientras culminaba sus estudios en investigación criminal.

— Si, fue y sigue siendo un gran apoyo para mí- se puso de pie-. Pero ese no es el tema.

Caminó hasta la puerta y al abrirla se encontró con la presencia de la guarda, le dijo algunas palabras tiempo tras el cual se marchó y al regresar inspeccionó las luces, debajo de la mesa y en las esquinas de las paredes.

— ¿Sucede algo?- preguntó Antonia irresoluta.

— Solo rutina... no sabes lo que hacen en este tipo de casos para conseguir algún tipo de prueba.

Ella comprendió.

Revisaron alguna información que al parecer habían obtenido del interrogador y del fiscal del caso. Indagaron un poco sobre su vida conyugal, lo que la mujer asumió con ahínco y respondió servilmente; notó también el uso constante de eufemismos con el único fin de no incomodar su jadeante mente, lo que a veces parecía una crápula

indolente de alguna vida desconocida para ella.

— Antonia- comenzó Iván con vehemencia, casi sin pestañear- después de legalizada tu captura, se ha pedido iniciar el juicio en tu contra con todos los elementos probatorios del caso, específicamente van a imputarte homicidio, complicidad en tráfico y trata de personas, falsificación de documentos, enriquecimiento ilícito y tráfico de influencias.

Antonia suspiró.

— Hay algo más, Antonia- dijo Brad- en las pesquisas en tu apartamento encontraron el veneno con el que...

— El fiscal está solicitando la pena de 38 años de prisión- dijo Iván de forma abrupta, Brad le dirigió una mirada sancionatoria-. Tenemos dos opciones ahora mismo; la primera de ella es que te declares culpable, colabores con la investigación y pidamos la reducción de la pena a la mitad...

Allí mismo ella se sintió mancillada por los vocablos infames de quienes parecían, también condenarla. Los observó por algunos segundos con los parpados casi como el telón en una obra turbia que muchos esperan que termine pronto. Dejó a algunas lágrimas invisibles desplomarse en el mar de mentiras, también invisible y más tarde cuando regresó en sí, tomó un aire intoxicado y quiso con este recuperar la compostura, pero sabía qué hacía ya varias decenas de horas, que dicha tarea, era imposible de culminar.

— Dijiste dos opciones...

Aquellas frases en sus labios eran como el oasis en el desierto: pertinente y sanador. Brad e Iván encontraron sus ojos tras una sonrisa y uno de ellos asintió frente al otro, como si le autorizara algún tipo de permiso.

— La otra opción es... escaparte.

La palabra levitó en el espacio del cuartito libremente, sin acéfalo que pudiese detener ese viaje tan condescendiente en el cual estaba sumergida hasta que de sopetón se estrelló contra la mente de Antonia y le hizo comprender que debía reaccionar pronto, muy pronto, pues lo que decían los joviales hombres, no era una broma.

— ¿Qué?

— Suena confuso- explicó Brad en medio de susurros- lo sabemos... pero es lo único que podemos ofrecerte. Tienes que entender que son varios de los delitos más graves de nuestra sociedad y que el castigo debe

ser proporcional a los mismos. No va a existir algún tipo de amnistía, o un perdón...

— ¿No se dan cuenta?- Iván le pidió bajar la voz-irme sería tanto como aceptar lo que he hecho.

— ¿Y si te quedas?, ¿crees que va a ser mejor?- Brad parecía hastiado- La madre de Sergio y sus parientes están dispuestas a declarar en tu contra cualquier tipo de asunto; sus compañeros de bufete dicen que te han visto pelear con él...

— Pero eso no es cierto...

— ¡Oh!, pues déjame anunciarte querida, que así es este puto mundo... todos se venden por 3 euros...

En sus palabras la cólera parecía una persona transfigurada en su perfil. Iván y ella se le quedaron viendo, mientras dos golpes fuertes irrumpían en la estancia. La guarda avisó que solo quedaban dos minutos.

— Tienes menos de un minuto para decidir y nosotros también medio para hablarte de lo que pensamos hacer.

La mujer negó con la cabeza, presa de una sensación atosigante, abrumadora, como si estuviese caminando en círculos en un valle noctambulo donde la escabrosidad es la constante.

— Solo sé que no quiero ir a prisión.

Ambos sonrieron y la felicitaron por su decisión, mientras poco a poco le explicaban el plan que llevarían a cabo, más sin embargo hasta entonces desconocía que todo comenzaría de inmediato y víctima de tal embrollo pareció intrincada cuando Iván formó un escándalo que alertó a las guardas de la penitenciaría de algo singular estaba sucediendo ahí dentro. Las mujeres entraron armadas, nerviosas, con las manos electrocutadas, pues en el fondo sabían que no estaban preparadas para ningún tipo de emergencia.

Brad explicó rápidamente que Antonia sufría de una condición cardíaca y que ellos en su candidez le habían comunicado la noticia de una posible condena más extensa que los años que actualmente poseía, y que desde entonces había entrado en shock.

Ella por su parte permanecía en el suelo tratando de crear una baba similar a la que su marido espetó la noche en que murió, pero le pareció tal acto tan espeluznante, que más bien decidió adormecer sus ojos y tratar de respirar lo menos posible con el fin de que su rostro tomará algún tipo de color suplicante que hiciera movilizar al personal médico

para efectuar el plan.

Iván sujetó sus hombros, mientras que Brad sus pies y fue trasladada a una enfermería que más bien parecía una fonda texana con botellas arcaicas de esas que debieron ser usadas en la Segunda Guerra Mundial. Acondicionaron una camilla desde la cual una enfermera con ínfulas de médico cirujano evaluaba el abdomen como si existiera algún tipo de masa irregular dentro, más tarde con su fonendoscopio comprobó el estado de los latidos de un corazón abollado y exhausto.

La enfermera tomó su teléfono y al cabo de 3 segundos, habló:

— Doctor, paciente de 29 años con 130 pulsaciones por minuto; enrojecimiento superficial de rostro y...

No tenía que hacer tanto esfuerzo para respirar como lo hacía: estaba más nerviosa que en cualquier otra situación de su vida y sentía que si aquel acto dramático no culminaba pronto, tendría que abrir sus ojos para recoger su corazón que sin lugar a dudas, saldría despedido de su garganta con una fuerza reciproca a aquella que le hacía odiar la situación.

— Morales, pida una ambulancia de inmediato- ordenó la enfermera tras colgar el teléfono- se dirigió a los hombres- ¿Quiénes son ustedes?

— Amigo- dijo Brad, luego señaló a Iván- y él es su abogado. Señorita, yo soy investigador privado y laboré para la comandancia... el caso es que tengo una patrulla y de casualidad contamos con una camilla dentro. Yo no sé usted, pero la veo muy mal y ya sabemos lo que puede tardar una ambulancia...

— No puedo hacer eso señor, se trata de una prisionera.

— Usted puede venir con nosotros, al igual que cuantas guardas quiera, esto es de vida o muerte, y no quisiera advertirle esto justo en el momento, pero si no lo hace podríamos vincularla con una investigación en caso de que a esta mujer le suceda algo.

La enfermera pareció quedarse pasmada con tal amenaza y luego de analizar la situación dejando de nuevo en el pecho tan gracioso aparato, volvió hacia ellos y sentenció en su defensa:

— Está bien, pero si le pasa algo a ella, tengo testigos de sus presiones.

— Asumiré cualquier imprevisto- aseguró Brad.

— Deberá firmarme un acta...

— Le firmaré lo que sea, pero vámonos ya.

Las guardas tomaron el teatral cuerpo de Antonia, y lo subieron a la camilla, luego de Iván, con un factótum concedido por Brad, les ordenara a sus agentes que hiciesen llegar lo más pronto posible el tabladillo. Se trataba de la misma en la que muy posiblemente estuvo tendido su esposo hasta abdicar mediante un mortal último suspiro, pero Antonia no lo recordó quizás como medio para no enmarañarse más en la penosa situación.

Iván subió a la camilla, mientras los guardas esperaban fuera del vehículo a que llegara la enfermera y el firmante quienes se aproximaban a grandes pasos.

— Lo estás haciendo muy bien, preciosa- dijo él acercándose al oído de la mujer-. No dejes de hacerlo hasta que llegemos a la clínica.

Mantecía los ojos cerrados por temor de que alguien sospechara lo que allí acontecía. Cuando Brad y la enfermera estuvieron dentro de la patrulla, las guardas subieron también como albaceas de lo que sucedía y entonces él indicó a donde debían ir:

— Saint Clement.

La mujer tomó las manos de Antonia haciendo débiles conteos con los labios, asentando la palma de su mano derecha en la frente y hasta probando la temperatura de su cuello. Las calles a esa hora siempre estaban muy reducidas en tráfico, lo que posibilitó que la patrulla anduviera a toda velocidad con el ruidillo molesto de la sirena encendida que hacía movilizar a unos cuantos a lado y lado de las vías por las que cruzaban.

Al poco tiempo ya estaban en el ala este de la clínica, la misma que en la última ocasión no quisieron utilizar por cuenta del accidente que ocupaba la atención del personal de tan prestigioso establecimiento. Fueron recibidos por una comitiva encabezada por el mismo médico y el mismo enfermero de la última vez, lo que no dejó de ser extraño para Antonia, quien de inmediato reconoció las voces.

A la cuenta de 3 la pasaron de la tibia camilla de plástico, hasta una con un colchón íngrimo, desprovisto de cualquier otro tipo de utensilio y en la cual al fin pudo tomar un aire nuevo. Corrieron con ella por paisajes indescifrables que su mente solo describía como "una vuelta a la derecha y dos a la izquierda" y no pudo evitar en más de una ocasión, sujetarse

con su mano por un infecundo temor a caer.

La enfermera le explicó de nuevo la situación, y hasta habló de cierta mejoría en el estado de la <<paciente>> mientras llegaban a la clínica, el médico recibió todas sus indicaciones al tiempo que revisaba su frecuencia cardiaca y le ordenaba a alguien brindar un medicamento de nombre obtuso.

— A observación- dijo luego del pinchazo con la afilada aguja que tenía en sus manos una temblorosa auxiliar.

En sus ojos entrecerrados se dibujaba la silueta borrosa de una habitación blanquecina con luces endebles que a veces parecían titilar. Con la ayuda de las guardas que permanecieron vigilándola, la movieron de la camilla en la que la habían recibido, para dejarla en una que tenía sobre sí un par de frazadas frías con olor alcoholizado, demasiado aséptico para su gusto.

— Soy su abogado- dijo Iván mientras discutía con las custodias- y tengo todo el derecho de hablar con mi clienta para certificar su estado de salud e incluirlo en el expediente.

Las mujeres continuaban negándose a dejarlo pasar argumentando un tipo de permiso con el que debería contar. Más sin embargo cuando de nuevo mencionó los temibles asuntos legales, se desplegaron una de cada lado de la puerta y lo dejaron pasar sin retirarle la mirada un solo segundo hasta que se posó en una silla a tan solo medio metro de distancia de la cabecera.

— Despierte, señora Márquez- fingió- ¿Cómo se encuentra?

Antonia, actriz de la situación, se movió sencillamente como si se desperezara y luego dio un salto que previno a las guardas quienes se encaminaron hacia ellos.

— Está bien- dijo él- yo me encargo, no pasa nada, solo está conmocionada. Por favor, cierren la puerta, no iremos a ningún lado- echó un vistazo al cuarto sin ventanales- se los aseguro.

Las mujeres asintieron y se retiraron, tratando de causar la menor cantidad de ruido al cerrar la puerta.

Ella se retiró las sábanas de su cuerpo y en un impulso se lanzó sobre el desconocido.

— Tranquila- expresó con voz adormecida- lo has hecho muy bien.

En un diminuto espacio de tiempo, creyó sentir el mismo aroma de su marido en el saco de Iván y aquello le produjo tanto terror que se apartó con hosquedad de su cuerpo dejándolo extrañado y aunque supo que lo hecho pudo ser insoslayable, no quería permitirse derrumbarse nuevamente ante la fragilidad de un alma que aún erraba en cada rincón.

— Lo lamento- dijo él- no quería lastimarte.

— No- negó sin más.

El hombre regresó a su sitio observándola, como si de nuevo quisiera hacer una pesquisa interior para rescatar un poco de la esencia de la mujer que fue antes.

— Creí que la enfermera desconfiaría de la situación cuando mencionaron la patrulla- dijo.

— Era un riesgo que debíamos correr- afirmó- si te llevaban a otro centro médico no podríamos hacer la siguiente parte del plan.

— ¿De qué se trata?- preguntó resignada, como aceptando estar a merced de ambos.

Iván le explicó lo que debían hacer, casi ilustrando con formas invisibles hechas por sus manos, las situaciones que enfrentaría y cómo debería hacerlo. Antonia prestaba atención, como si se tratara de la lectura de condena a muerte de alguien cercano.

— Brad en este momento envió a uno de sus agentes de confianza a tu apartamento por un poco de ropa para ti, no es mucho lo que puede traer, pero será suficiente...

— En mi... apartamento- susurró.

— Si, bueno, ya sabes que hace parte de la investigación y desde que pasó todo esto está en poder de las autoridades, pero Brad cuenta con muchos tentáculos en casi cualquier lugar...

Aquella aseveración le pareció imprecisa y llegó a sentir un viento helado cuyo remitente era desconocido, pues como bien sabían, allí no había ventanas y la puerta cerrada estaba muy alejada de cualquier sitio con entradas de aire.

— Tengo que irme para declinar ante el juzgado mi defensa hacia ti.

— ¿Qué?, ¿Por qué?

— Hace parte del plan, ya lo entenderás.

Con un atrevimiento que no le fue nunca concedido, Iván besó la frente de Antonia y se dirigió a la puerta y antes de darle vuelta al pomo la mujer lánguida tras él pronunció su nombre por vez primera y él, un tanto lábil, gira su cabeza en un acto sonriente, como si le causara placer.

— ¿Por qué hacen esto por mí?

No respondió nada, solo enterneció su cabeza y sonrió, enseñándole sus blancos y lustrosos dientes.

— Aguarda- dijo ella de nuevo vivificada por la actitud del foráneo- ¿podrías pedirle a Brad que tome también mi violín?

La posada en la que descansaba parecía un depósito de cadáveres. Solo tenía un par de camillas vacías adicionales que evocaban la muerte en su estado más vandálico, como si a su lado reposara el cuerpo moribundo de un anciano cuya muerte no se había conformado con oxidarle hasta la medula, sino que además demandaba la podredumbre de su cuerpo mediante algún cáncer de esos que no esperan a que la descendencia llegase para despedirle en el más despreciable y trágico de los rituales.

Las paredes en una cerámica bien cuidada en cuyas rendijas no podría alojarse siquiera la más jovial de las hormigas, pues cada día, según notaba en un calendario de actividades, un trabajador distinto pasaba por allí en la mañana y en la tarde con un poco de todo lo que estas criaturas detestan. Esa misma cerámica reflejaba las luces blancas del techo y luego de un tiempo de contemplación como por el que transcurría Antonia, terminaba por fastidiar los ojos y ya no había más remedio que cerrarlos.

Obvió la televisión para no encontrarse con la empalagosa y bárbara charla de periodistas que sin fuentes comprobadas se atrevían a llamarle facinerosa y hasta en la más compasiva de las palabras, inescrupulosa.

Se dio cuenta de que el mundo se estaba cayendo a su lado, o más bien que todo se estaba enterrando en el mismo sitio donde muy seguramente a esa hora la tierra asfixiaba para siempre un alma ya perdida. Y entonces guardó silencio para escuchar los campanazos de una iglesia lejana que le avisaban que se reunirían alrededor de un cuerpo para recordar una vida que, según muchos, ella había cegado. Antonia guardó silencio presumiendo de un luto que solo podía llevar en su alma hecha pedazos. No dijo, ni hizo nada, solo empuñó en sus manos las palabras de Sergio que parecían ser lo único real dentro de todo: <<Alguien debe hacer algo>>, y si, ella quería que alguien también hiciera algo por ella, y comprendía también que ese alguien gozaba de nombre y apellido propio, pero también de una carencia de habilidades para darle el indulto que

algún había creado junto con la culpa.

Ella no dudaba de él. De cualquiera, pero no de él.

Sabía que lo que sucedía en absoluto debía recriminárselo a cualquier circunstancia, pero no a él. Él que le dio todo, él que la hizo toda.

Quiso distraerse un poco jugando con las manecillas del reloj que prendía de la pared, justo sobre la puerta, recordando las palabras de Iván que explicaban el plan: <<cuando ese reloj marque la una de la tarde, hazlo>>. Más sin embargo el minuterero se situaba en el 8, avisándole que solo quedaban 20 minutos para finiquitar lo planeado.

Y entonces, de un momento a otro, una quimera la adormeció y le hizo cerrar los ojos hasta quedar desprendida de lo terrenal, mientras una fuerza sobrehumana le hacía presenciar un espectáculo difuso en el que era casi imposible poder hallar una explicación, después comprendió que así eran la mayoría de los sueños. Pero este era particular: un escenario con cientos de instrumentos diferentes dispersos justo al lado de músicos que preparaban una melodía de Beethoven, mientras de soslayo un público elegante codiciaba las notas musicales como alimento para sus oídos y le enseñaban un rostro afanoso, dispuesto a deleitarse con el placer que proporciona el presumido encanto de una banda sinfónica.

Ella caminaba descalza con un vestido negro, los labios rojos y una moña tras su cabeza y sabía bien adonde se dirigía: el violín.

Lo puso en su cuello sin amortiguar la incomodidad febril a la que ya se había acostumbrado y cuyo dolor es de aquel tipo que ocasiona placer. Tomó el arco, no sin antes apreciar su belleza y lo puso sobre las cuerdas que dejaron salir un lamento bien formado con el cual los demás músicos dieron vida a un toque excepcional.

Más sin embargo no hubo cuerdas, más tarde el arco desapareció y el violín en sí terminó por evaporarse junto con los demás músicos, mientras el público aún expectante se desvanecía en medio de una bruma y solo quedaba un espectador: Sergio. Se aproximó hacia ella quien no podía detenerse tocando un violín invisible sobre su cuello que el palpo dándole un contorno aún imposible.

La miró sereno, como quien acaba de ser perdonado y le dijo:

— Sigue tocando, querida.

Y ya no lo soportó. Una solitaria lágrima fría cruzó su mejilla, como si fuera un beso de su amado y luego sintió, de forma más real, el toque

incesante de algo en la habitación.

Abrió sus ojos y supo que no provenía de la puerta, sino más bien de la pared que había detrás de su humanidad y un poco confundida y somnolienta, pudo atisbar que el reloj ya daba la una cero cinco de la tarde.

Se puso en pie dispuesta a realizar su cometido, e introdujo dos de sus más largos dedos dentro de su boca, campaneando la úvula que de inmediato reaccionó en una arcada infructífera para lo que Antonia solicitaba. Entonces regresó en su tarea y esta vez sintió el líquido amargo en su boca, pero bien sabía que debía guardarlo allí hasta llegar a la puerta.

Corrió y le dio vuelta al pomo frío, observando como las guardas tomaban posición dispuestas a cualquier cosa con tal de evitar una huida, entonces Antonia dejó caer lo nauseabundo en el suelo y gritó ante el asco de las mujeres:

— ¡Necesito un baño!

Estas le indicaron el más próximo que solo estaba a un par de habitaciones de distancia y la custodiaron hasta llegar a él, entraron a su lado y entonces Antonia volvió a hacer lo mismo un par de veces más en periodos de tiempo prolongados para que se acostumbraran a dicho sonido. De nuevo las palabras de Iván en su mente le explicaron delicadamente lo hecho: <<la ventana tiene una rejilla que puedes retirar subiéndote al escusado, solo ejerce un poco de presión y el vidrio caerá>>.

— ¿Está bien?- preguntó una de las mujeres- ¿llamamos a un médico?

— Si, por favor.

Una de ellas partió, estremeciendo el suelo con sus botas soporíferas, mientras que la otra estaba del otro lado de la puerta, como escuchando lo que sucedía, por lo cual, y sin más remedio, decidió tocarse nuevamente la úvula y lanzarle el contenido lo más cerca posible de su bota.

— ¿Qué has hecho Márquez?

Con la mujer distraída tratando de limpiar su bota, supo que era el momento de hacer lo debido. Subió al retrete y desde allí empujó la rejilla que se deslizó hacia el exterior, sin provocar ningún tipo de sonido. Con dificultad escaló la pared lastimándose el pulgar con una astilla del marco. Atisbó al suelo sabiendo que no había más de 2 metros de altura y un

bote de basura gigantesco en el que solo permanecían bolsas negras.

Vomitó de nuevo antes de lanzarse para que la mujer permaneciera sosegada mientras hacía lo debido y sin un solo acto más, salió despedida por la ventana, cayendo de forma brusca sobre la mugre.

Emitió un gemido que después evaluó como algo que nunca debió hacer y segundos después apareció frente a ella Brad, ayudándole a salir de allí.

— ¿Te lastimaste?

— No sé- respondió, sintiendo como un frío se movilizaba por su espalda.

La ayudó a bajar del contenedor, apoyando sobre su hombro la carga de su peso y momento después la ayudó a subir al coche de puertas abiertas que para nada se asemejaba al Mercedes que ella conocía.

El motor se revolucionó, no más que su respiración y en la parte trasera tuvo que refugiarse en el suelo alfombrado, mientras pasaban por un sitio poblado de médicos y enfermeras que, aunque desconocían la fuga, podían alertar de los comportamientos infrecuentes fruto del nerviosismo del conductor.

— Ya- dijo Brad- puedes sentarte.

— ¡Santo cielo!- gritó al enderezar su columna.

— No me digas que tienes una fractura, pues tendremos que regresar.

A pesar de la situación, notó que se trataba de una broma.

Brad tenía enormes gafas negras con un gorro de los que ella solía utilizar para el frío y guantes.

— Colócate esto- le lanzó una frazada que ella adecuó en su cabeza como el más modesto de los hiyab- tenemos que cambiar de coche.

Se trataba de un paraje desierto a solo dos cuadras de la entrada principal de la clínica. El frío del invierno le heló las piernas, mientras que un par de hojas que habían sobrevivido a la matanza del gobierno de transición de otoño por invierno, caían sobre su cabeza cubierta, formando solo un ornamento más.

Tomaron un nuevo auto que yacía aparcado del otro lado de la calle, pero tampoco era el suyo. Lo abordaron tan prontamente como pudieron, pero esta vez la mujer se dejó caer en el asiento de copiloto, dejando un

leve espacio en su ventana para respirar un aire fetén, un oxígeno que le evacuara los paralogismos de su cuerpo como el más poderoso efecto placebo.

— Nadie nos sigue- dijo luego de inspeccionar los espejos retrovisores- en la parte de atrás hay un cambio de ropa.

Observó lo dicho: una bolsa descolorida con relieve.

— ¿Quieres que me cambie aquí?

—Podemos parar en algún centro comercial para que vayas al baño...

Al notar la cruda ironía que sus labios dejaron salir, se encontró de frente con la mirada indeleble de un hombre que parecía lejano.

Se desdibujó en la zona trasera, y luego de advertirle sobre cualquier tipo de mirada, se despojó de sus prendas vueltas légamo y vislumbró decenas de cardenales esparcidos en su silueta como barcos decorando una bahía.

Cuando estuvo lista se recostó en su ventana sin hacer ningún gesto, solo dejando que los sollozos afónicos se resbalaran de forma gutural por su garganta como un líquido ponzoñoso, ardiente, quemante. Las lágrimas enjugaron su rostro y sintió pena de la situación, de la humillación, de ella misma vuelta mártir en una sociedad impura y déspota. Era injusto, era tan odioso con la respetada psicóloga Márquez, que terminó por aceptar su destino, mientras el hombre que piloteaba el coche le dedicaba una furtiva mirada en la que todo era enigmático.

— ¿A qué lugar vamos?- preguntó.

— A Sants.

Las calles le parecían un trono, una tarima donde el sol se posaba.

Recordó que cuando estaba pequeña pensaba que sol nacía en Barcelona y desde allí su luz recalcitrante se propagaba al resto de los mortales. Siempre encontró en aquel paraíso catalán el refugio a todo lo que era, y fue entonces cuando liberó su mano por una pequeña rendija de la ventana y condensó el aire varado, pues sabía que todos sus nirvanas, terminaban por eclipsarse de forma salvaje y era aquello una manera de despedirse.

La estación estaba saciada de almas peregrinas provenientes de algún lugar del planeta que, con entereza y diligencia, trataban de adquirir un pase para visitar un poblado cercano, una ciudad destino o en efecto,

volver a casa.

<<¿Habr  un tren que me lleve a ti?>>, se preguntó la psicóloga internamente, mientras contemplaba bajo su sencillo disfraz como las personas sonreían, se abrazaban y hasta lloraban en la cárcel de la una felicidad sufrida.

—  Tienes hambre?

El puesto de comidas solo tenía una familia proveniente de Francia, lo supo de inmediato por su forma de hablar; y un hombre que le a el periódico. Brad apareció minutos después con un jugo natural en una fruta que bien podría ser mandarina, tanto como fresa o cicutu, ella solo lo bebió para aliviar el espesor amargo que las arcadas le habían dejado, luego devor  la copiosa carne ahumada y la masa de maíz aliñado.

— S  que tenías hambre...

— La depresión siempre me da hambre...

Diez minutos más tarde arribó Iván un poco agitado, tanto que tenía en su cuello algunas gotas de salino sudor que retiró una vez se sent  con ellos.

— Lo siento- excus  su tardanza- tuve que esperar un poco para desistir de mi abogacía hacia ti.

— Aún no comprendo con qué objeto se hizo.

Los hombres cruzaron miradas.

— Dije que desist  porque me enter  de que te fugaste y que soy un abogado respetable y no debo representar a alguien que huye de la justicia y un centenar de sandeces más para justificarlo- explicó- lo hice una vez la clínica reportó tu fuga.

— Veo.

A veces le sorprendía hasta donde podía llegar una mente amiga.

—  Y ahora?,  Qu  sigue?,  A dónde van a enviarme?

Brad encendió un cigarrillo haciendo caso omiso de la advertencia del mostrador que prohibía dicha acción.

— Vamos a Málaga- dijo Iván.

— ¿A Málaga?... y... ¿vamos?

Iván acercó su silla para menguar la distancia entre ambos y allí le tomó las manos, acto que fue imperceptible por Brad.

— Vas a quedarte conmigo mientras recolectamos elementos probatorios para demostrar tu inocencia.

— Contigo...

— Bueno, sé que no soy la mejor compañía y que apenas me conoces y hay un mundo en tu contra como para confiar en un extraño, pero, y esto sonará cruel, es lo único que tienes.

— Lo sé- negó con la cabeza- lo sé.

El tren partía a las 3 de la tarde, con un par de boletos a nombre de Iván que marcaba asientos contiguos. La zona de espera que marcaba una frontera entre un mundo y otro, estaba silenciosa con personas que parecían esperar para huir, para conocer, para soñar, para sentir, para vivir y para morir.

— Brad, ¿Cómo pagaré lo que has hecho por mí?

Él la abrazó y susurró en su oído:

— Descuida... ya el destino se encargará de ello.

— No hubiera sobrevivido sin ti y lo sabes, y solo quiero que sepas...

— Basta- pidió- si sigues en esta tónica, terminaremos llorando los dos.

Asintió.

Tomaron sus asientos mientras él acomodaba en la parte superior las maletas con la ropa rescatada y una mochila más.

— Quisiera llevar el violín conmigo.

El hombre se lo dio en la mano y en la distancia pudo contemplar el rostro de Brad perdido en las nublosas prendas de todos los que pasaban a su lado, pero con una aceptable vista gracias a su tamaño. Ambos menearon los brazos en señal de despido y más tarde ella sonrió.

— ¿Estás cómoda?

Duplicó la sonrisa antes dada y se la enseñó con el fin de evitar una plática fastidiosa.

Mientras el tren avanzaba por las líneas férreas, el sol comenzaba a caer en un horizonte muy remoto para ser alcanzado. La herbosa se teñía de un color parecido al del rostro de su madre cuando murió de hepatitis, al tiempo que un adarme de cielo parecía el interior de un volcán en erupción al cual científicos inexpertos retrababan mediante fotografías insolentes.

Ciñó el violín contra su pecho en un fausto intento por absorber la consonancia de las notas y suspiró aliviada al ver de nuevo la golondrina que custodiaba su celda, que la avivó en el hospital, cabalgando suspendida en el aire al lado del tren.

Le agradó ese vuelo pausado porque supo que Sergio estaba allí.

Capítulo 8

La caída del cielo

...

Las autoridades habían hallado una caja fuerte en el despacho de Sergio y con una orden judicial, pudieron ver su contenido.

Ciertamente el abogado anduvo realizando pesquisas en las cumbres escarpadas de organizaciones gubernamentales tanto de la nación, como de la Unión Europea y la documentación recolectada tras las pesquisas, había ocasionado todo un revuelo político que demandaba la perdida de investidura de varios servidores próximos a prestigiosas entidades. Muchos desatendieron sus funciones para dar explicaciones ininteligibles, mientras que los demás, en un intento más aprensivo, recurrían a las redes sociales para atribuirlo todo a ilusorias campañas de desprestigio al 'buen nombre' de cada uno.

Iván le había mencionado a Antonia que dichos hallazgos solo componían un elemento superficial en la investigación que se llevaba a cabo, pues nadie desconocía que en principio su marido había dado marcha a indagaciones acerca del tráfico de migrantes desde el Medio Oriente y hasta Europa e incluso algunos países de América, más luego aconteció la seducción tan maléfica que el dinero supedita y fue allí donde se produjo el quiebre principal, justo el momento en el que la comisura de honestidad y rectitud, se había roto.

Por otra parte Brad, mediante una arisca llamada telefónica, le había anunciado una búsqueda inmarcesible de las autoridades policiales que se extendían a lo largo y ancho del país como sangre por las venas y cuyas arterias yacían en Barcelona y Madrid, mientras que las venas se formaban por poblados catalanes en donde decenas de personas habían creído verla.

Mientras eso sucedía en el mundo de fuera, ella subsistía en un cuartito amplio, con una cama de colchón profuso y frazadas con olor a pinos; una mesa de noche con una pequeña lámpara de luces led en cuyas cajoneras no había rastro alguno de vida anterior. El piso era un completo juego de ajedrez que en las tardes parecía ser completamente negro a causa del reflejo de un sol absurdo que se colaba por la única ventana y que iluminaba el terreno de la misma manera en la que la luna lo hacía cuando estaba llena.

La vivienda gozaba de 2 niveles bien contruidos con un amplio porche veraniego, una silla que no dejaba de ser el chantaje de una mecedora y

algunas plantas víctimas de la senectud: marchitas y deshojadas.

El primer par de días fue tan engorroso, como la misma llegada. Para ella era imposible invadir mundos tan lejanos como la cocina o el baño, pues de inmediato sentía que se estaba valiendo de su condición para obtener beneficios que no deseaba. No le gustaba ser la víctima, nunca había deseado que nadie sintiera pena en su nombre, ni siquiera una molécula de furtiva misericordia que le hiciera restaurarse, y ahora la bienquista psicóloga debía existir con las migajas que un anónimo barbián podía brindarle.

— No sientas vergüenza- le dijo.

Ella asintió como el que acepta que ya no hay más remedio, que no existe una cura en ningún lugar del mundo y que la situación presente, aunque peyorativa, es también la más cuerda.

No sabía cocinar, más sin embargo el servicio de internet le fue muy útil para buscar agradables recetas donde los ingredientes de la alacena fueran suficientes para crear un banquete de dioses del que ella no solía probar nada en absoluto hasta que él volvía de su trabajo, enervado, con los ojos perdidos más allá de la realidad que tenía en casa.

—¿Sucede algo?- preguntó ella al verle absorto.

—No- respondió. Su rostro estaba anémico y sus labios adustos-. Tengo un par de problemas en la inmobiliaria.

Antonia enarcó una ceja.

—No me habías dicho que trabajabas en una inmobiliaria.

El hombre pareció volver en sí mediante un pequeño saltillo sobre su silla que le hizo retomar la compostura y también el color en sus mejillas.

—Lo siento- dijo-. Hace un par de años tengo una inmobiliaria en la zona céntrica de la ciudad.

—¿De tu propiedad?- asintió- ¿y el derecho?

—Nunca lo ejercí. Es decir, fuiste mi primer y también único caso, bueno, al menos dentro de los términos que me convocaron.

La mujer evaluó su rostro aún muy distante de la mesa. Tomaba trozos de salmón y lo bañaba en la salsa de piña y en un gesto indolente lo conducía hasta su boca para digerirlo sin prisa.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras, Antonia.

Apartó el tenedor, dejándolo laxo sobre el plato esférico.

—No logro comprender el motivo por el cual me están protegiendo, en especial tú, es decir, no llevamos más de una semana de conocernos y ya estoy preparándote la cena y viviendo en tu... es extraño.

—Lo es- respondió secamente-. El tema, Antonia, es que somos humanos y antes de nacer ya estamos predispuestos a la tragedia como móvil de lo que debemos vivir. Nos entregamos al dolor, al horror y debemos salir de este para no desfallecer en sus entrañas.

Lo vislumbró abatido, con una congoja ingente y una sonrisa fútil. Feneciendo en una turbación lábil, andrajosa y palmaria que descubrió una sensibilidad no antes en vista en otro cuerpo, no presenciada en ninguna alma, ni siquiera en la de su marido.

—¿Cómo se han conocido?- el hombre inclinó su cabeza con la duda en el rostro- Bradley y tú.

—Oh, si- echó un vistazo a la puerta- en un instituto aquí en Málaga...

—Nunca me lo dijo.

—Es un hombre muy reservado...

—Te equivocas- corrigió ella- cuando estábamos en la universidad era el más simpático de los chicos, amable, divertido, pero ahora es como si hubiese estado bajo un régimen castrista y esto lo convirtió en un ser frío.

—Sucedió desde que asesinaron a su padre.

Aquellas últimas palabras resultaban más singulares que ninguna otra. Sabía en parte lo que había sucedido, pero no de una forma tan tacita.

—Asesinado... ¿a su padre lo asesinaron?

El hombre se asombró con la pregunta.

—¿No lo sabías?

—Si, bueno, él me dijo que había muerto, pero no de qué forma.

—Sucedió cuando tenía 11 años- explicó sin mirarla a los ojos- alguien le propinó 3 disparos certeros en la cabeza y todo en él se esfumó...

—Pero tú lo has dicho, eso ocurrió cuando aún era un niño.

Se puso de pie mientras llevaba un vaso aún medio lleno a la mesilla de la cocina.

—Supongo que lo superó, digo, al menos pudo, no sé, recomponerse... hasta que asesinaron a su hijo.

—Todo ha sido tan injusto con él...

—Muy...- regresó a la mesa- ¿ahora comprendes por qué se comporta así?

Asintió.

—No somos tan diferentes- expresó ella.

Iván advirtió el matiz de su rostro y por primera vez en aquella gélida noche, centralizó sus cristalinos ojos en los de Antonia y de alguna manera los traspasó a un lugar inhóspito donde trataba de hallar una explicación.

—Perdí a mi padre...

—¿Cómo?- los únicos sonidos eran los de sus gráciles voces.

—No sé si sea una ironía, pero también murió asesinado.

Su expresión fue una afasia total que fue desdibujando una sonrisa de comprensión, hasta convertir sus labios en una línea nivelada. Sus ojos permanecieron enajenados ante la confesión frívola y desdichada de su protegida.

—Luego mi madre por una hepatitis... y desde que está pereció no sé dónde está mi hermana... y después Sergio...

Extendió su cuerpo para tomar su mano.

—No lo sabía- expresó con franqueza- cuanto lo siento.

—Está bien- dijo- supongo que debo hacer lo mismo que Brad...

Negó con la cabeza.

—Pero queda alguien, ¿Dónde está ella?

—¿Mi hermana?- suspiró- no lo sé. El día siguiente a cuando mis padres decidieron separarse, ella solo tomó un poco de ropa, abandonó su carrera y se fue... supe por una de sus amigas que se convirtió en pintora. Lo más tonto de todo es que cuando supo que mamá estaba muriendo, agonizando a mi lado ella quiso ir a casa, pero mamá se lo prohibió, no la dejó y no me preguntes porque, pues no lo sé.

Iván resopló.

—Pensaba que...

—Que...

—Creí que tenías una buena vida...

Sonrió, observando un lugar lejano en la ventana.

—Tuve una buena vida... todo sucedió así porque debía encontrarlo a él, a Sergio, es la explicación que más me gusta...

Asintió.

En los días siguientes las pláticas fueron más aquiescentes.

Podían reír y hasta derramar una lágrima de vez en cuando. Iván comenzó a mirarle de forma más real, como si una fuerza hubiese levantado de sus hombros el peso de un demonio que lo atormentaba en las noches y que, como a ella, no lo dejaba conciliar el sueño.

Antonia se dio cuenta de que el hombrecillo sonriente, que se paseaba descalzo dejando ver los vellos diminutos de sus piernas que al sol parecían dorados, y los músculos que en su pecho formaban figuras talladas por un viento jovial, digno de los actores de las series que de vez en cuando veía, era también el mismo hombre sensible que podía comprenderla cuando los noticieros actuaban con maldad y la dejaban en una posición de bochorno y humillación.

En las noches cuando sabían de antemano que ningún vecino husmeaba en esa relación tan fraterna, podían desplegar sus palabras en el porche, el mismo que sirvió de testigo el día en que sin premeditación, cuando ambos se enjugaban en lágrimas por las pérdidas de sus vidas, terminaron por juntar sus labios húmedos y rozar un sentimiento pecaminoso que creó una colosal culpa en ambos. Primero se apartaron, más tarde cuando la pena les jugaba una mala pasada, se absolvieron el uno al otro y juraron, como en un evento santificado, nunca más volver a hacerlo, más sin embargo sentían que eran las únicas personas en el

mundo que podían comprenderse justo en esos momentos, que solo había dos seres en el universo para cuyas penas un beso era la sanación finita.

Se refugiaron el uno en el otro como si el cuerpo de uno fuera la extensión del otro y después ella lloraba en su habitación, suplicándole de rodillas a Sergio, en una tumba quimérica que la perdonara, pero bien sabía que la absolución que tanto necesitaba para estar en paz, no llegaría jamás, y tampoco era necesaria

Iván se volvió su hogar, como el templo de un católico o la meca de un árabe. Quizás eran esos sus ojos tan profundos y patéticamente enternecidos que le brindaban una dosis de salud a su alma ajada. Tal vez no se había enamorado, sino que había encontrado un cuerpo para habitar, una seguridad, una fianza para la prisión de dolores en la que se encontraba. Posiblemente el vuelo de la golondrina de Barcelona, era tan similar a la levitación del espíritu de Iván que con unas palabras lograba consolarla:

—Todo va a estar bien.

Pero como siempre en su vida, de la misma manera en que las buenas cosas llegaban, así también se perdían como partículas de polen en un tornado.

Sintió débilmente el pulso del corazón de Iván en el espacio, como si algo muy salvaje y desgarrador, hubiese punzado su cuerpo en busca de su alma, y al encontrarla, la acribilló con ímpetu, con unas palabras facticias escuchadas por un teléfono de las que Antonia solo pudo percibir la porción final.

—No puedo hacer eso... porque... porque...

Y allí culminaba todo. Lo vio suspirar y luego patear una maceta que desangró una tierra negra y viscosa, de la cual aún estaba adherida una raíz de margaritas recién nacidas que expiraba en el suelo, como un pez fuera del agua.

Los días dejaron de ser sosegados para convertirse en un subterfugio del infierno que se avecinaba. Él comenzó a alejarse, llegando a casa solo cuando el reloj de la cocina marcaba las 2 de las plumizas madrugadas, y era cuando Antonia, en más de una ocasión, quería demoler la puerta inmóvil con sus manos y salir corriendo en una búsqueda que sabía era peligrosa, pero que poco o nada le interesaba. Entonces arribaba él como la muerte frente a un pequeño huérfano y continuaba una marcha lóbrega reposando sus labios de diamante oscuro en la pesarosa frente de ella y le decía.

—Tenía que resolver algunos asuntos.

Y después enfilaba a las escalas que sin duda lo llevarían a una habitación triste y vacía en la cual se quedaba tumbado en la cama contando las estrellas inexistentes del techo, hasta que la luz de un sol acongojado lo alertaba de una nueva huida de ese su hogar.

—¿Qué sucede?

Y un millón más de preguntas sumergieron la mente de Antonia como un tsunami en una pequeña isla, asfixiando su vida e incrementando su temor. Poco a poco se dio cuenta de que por enésima vez había perdido la templanza y que también, por enésima vez, estaba subyugada a los mandatos frívolos de una angustia que actuaba con reconcomio.

Se vio obligada a abandonar sus tareas habituales, con el fin de pensar desde su ventana, cientos de razonamientos que pudiesen de alguna forma revelar ese pábulo que mantenía viva la indiferencia en Iván. Ella no anhelaba imponer el pasado inmediato en el presente desesperanzador, tan solo quería unas cuantas palabras de aliento que le dijeran nuevamente que todo iba a estar bien, pero no llegaron.

De pronto la búsqueda implacable de su humanidad, comenzó a rondar terrenos inhóspitos, los mismos que ella habitaba y fue cuando él le expresó al fin lo que sucedía.

—Quieren hacerte daño...

Y las palabras al fin pudieron escapar del agua y ahora sobrevivían sobre el flotador de una mirada caterva y unos ojos con una carpanta incesante de respuesta.

—Tienes que irte...- dijo en grito perdido en el tiempo- ahora mismo tienes que irte.

Por primera vez no había seguridad en lo que decía, y todo él, sereno y simpático, se desmoronó en la condensación de una lágrima que patinó por su mejilla derecha y un abrazo que hizo titilar a los cuerpos de dos personas desconocidas que se congregaban en la incredulidad de los acontecimientos, en la extrañeza de los hechos que llegaban como una plaga de langostas sobre el maíz: llevándose todo.

Fueron pocas las prendas que ella pudo poner en la maleta, no por espacio, sino por el estado inservible de su mente que no le permitía ser consciente de que de nuevo estaba huyendo sin saber a dónde o cómo o con quién se encontraría. Iván por su parte, había salido cuando el alba cobijaba a Málaga en busca de alguien de confianza que pudiese ayudarlos, auxiliarlos en ese trajín descomedido en el que de nuevo

estaban envueltos.

Y en la puerta lo esperó... allí, de pie, enmudecida y tenebrosa; revisando el pomo como si en él viviera una cultura ancestral, una población aborigen que la rescatara de esa vida y por medio de plantas y pócimas dejarla en un éxtasis copioso en anestesia.

—Ella es Aura- expuso una vez abrió la puerta- le he explicado todo y va a ayudarnos.

Caminaron de nuevo hasta el interior del recibidor en el cual la mujer, un lustro mayor que ella, aligeró su carga y comenzó a evaluar su rostro como un cirujano plástico. Más tarde la arropó con un cobertor impermeable y la puso de frente a un espejo en el cual Antonia apreció a una mujer muy lejana, como si de pronto estuviese examinando la pintura de una Mona Lisa española en cuyos labios levemente arqueados hacia abajo, no había una sonrisa, sino sorpresa.

Cortó su cabello, aquel que era un amasijo de negro y café claro que un día Sergio comparó con el color de su violín. Hubo silencio mientras los mechones desprendidos caían en pequeños grupos que se resistían a la bestial separación y al estrellarse contra el suelo, se creaban leves terremotos acompañados de una simple lágrima tibia, solitaria y seca.

Más tarde un poco de tintura para dejar una negrura similar a la de su corazón, luego maquillaje para sus ojos y unas gafas negras que el cambiaban el aspecto para siempre, y entonces supo que Antonia Márquez Salvaterra había muerto allí mismo.

Se fueron en el coche de Iván cruzando las silenciosas calles de una silenciosa ciudad. Se adentraron en un paisaje rural bello para entonces, pero indiferente para Antonia. Solo se mantenía de pie porque tenía el violín como siempre adherido a su pecho, como si este fuera el cimiento de un alma destrozada, un cimiento que permanecía intacto.

Estacionó el coche frente a una casa campesina donde los claveles y las rosas formaban un jardín excepcional, donde el sol golpeaba con rayos de oropel que solo servían para dar color a lo que ya lo había perdido y para iluminar los puntos donde la oscuridad había perpetrado actos macabros en el crepúsculo y más tarde en la noche.

—¿A dónde iré?- preguntó ella con apatía, observando como el viento violentaba los pinos aledaños.

Él se acercó y luego de abrazarla sin recibir replicas, la miró.

—No lo sé.

—Puedes irte entonces- dijo despectivamente.

Iván negó con la cabeza preso de un sentimiento enigmático.

—Esto no lo hago porque quiera... porque se me da la gana...

—¿No?

—No, Antonia- respondió incrédulo de la mujer que lo veía-. Tienes que irte antes de que alguien te dañe... no me perdonaría jamás si alguien...

—Alguien, ¿Quién?

—No puedo decírtelo- explicó quitando el nudo de su corbata-. Las fuerzas armadas de este país están pidiendo tu cabeza, todos quieren verte presa y una vez allí no van a descansar hasta que mueras...

—¿Quién es la persona que quiere hacerme daño?, tú lo has dicho.

El hombre suspiró, además, con un vaho que salía como albacea.

—Confórmate con...

—¡No me pidas que me conforme con silencios inadmisibles!- se dejó caer en el césped- creí que eras diferente.

—Yo solo quiero ayudarte- dobló sus rodillas para gestionarla a levantarse.

Antonia sintió como el sol se desvanecía acobardado tras las nubes grisáceas que anunciaban una tormenta. Levantó su rostro al cielo con los labios separados y suplicó al cielo un poco de piedad, más como pretexto para evadir la contestación, el infinito envió una gota de agua acida y cristalina que se detuvo cerca de su ojo izquierdo y que la hizo volver en sí.

—Quiero ver a Brad- dijo- él sabrá qué hacer... él siempre sabe qué hacer.

—No, eso no va a pasar...

—¿¡Qué te estás creyendo!?! yo puedo estar en esta puta situación, pero puedo decidir por mí, así que dame su número, él si podrá ayudarme.

El cielo se torció en un gesto sádico y ya sin poder sobrellevar la presión, se desplomó sin previo aviso sobre ambos, quienes sin brindarle mayor consideración, continuaron una plática mojada y más frígida que el mismo rebosamiento del firmamento.

—Siento mucho tener que hablarte así, pero es que no has comprendido nada.

Abrazó con más fuerza su violín, sabía que en eso tenía toda la razón.

—Te lo pido... déjame hablar con él...

Iván, hastiado de la situación, la tomó con ambas manos y la sujetó.

—Cualquiera menos él...

La llevó como una niña pequeña hasta un lugar seco donde trató de evaporar con palabras dóciles, todo el sereno de su cuerpo, todas las lágrimas de sus ojos. Se sentaron a ver caer la lluvia, en silencio, y cuando esta cesó, él se aventuró a retomar la conversación, arriesgándose a perderlo todo o a ganar un poco.

—Esto no se trata de ti- sus pestañas guardaban con recelo microscópicas gotitas de agua que a veces brillaban por la luz natural-. Es por Brad.

Intuyó que el tema era la circunspección que demanda una mala noticia.

Subsistió con sigilo sentada en frente de un espectro sombrío, que le relataba léxicos demoniacos que sus oídos se negaban a atender a causa de la hipocresía de la mente de todos, cuando es tiranizada por una autenticidad demasiado recóndita como para ser asumida.

—Él solo ha estado planeando su venganza contra ti. Todos estos años estudió día y noche tus movimientos en cada lugar, bueno, también los de Sergio y sintió que ya estaba preparado para regresar y efectuar este castigo...

—¿Por qué?- dijo aún sin creerlo.

—No lo sé.

—Iván...

—Juro que no lo sé- negó con la cabeza.

Reflexionó en lo que decía y de nuevo preguntó.

—¿Por qué?

Y ya no hubo más respuestas, aun cuando todos afloraban en su mente.

—Eso quiere decir que Sergio es inocente...

—No dije eso- aseveró- de hecho hay pruebas que son difíciles de rebatir, sobre todo el hecho del número que lo identifica como traficante, como uno de los jefes en Medio Oriente que figura en varios documentos.

6748539-10. No lo había olvidado, de hecho siempre llevaba consigo el par de lentes que de sus ojos había arrebatado.

—Pero pudo haber sido producto de su represión...

El hombre encogió sus hombros.

—Lo único que puedo decirte es que Sergio si fue asesinado...

—Brad... - pronunció como el sonido espetado por una cabra.

—No creo que haya sido él, pero al menos, y si Sergio es culpable, pudo haber incitado a algunos de sus cómplices para que efectuaran el hecho. Estas mafias no conocen los límites.

—¿Crees que Brad esté inmiscuido en el tráfico?

—No, eso puedo declararlo ante Dios mismo- sus palabras no dejaban lugar a la duda- al menos no de la forma en la que piensas, es decir, cuando asesinaron a su hijo por investigar un caso de estos, se juró encontrar al culpable y hacerlos podrir en prisión, así que en efecto puede o no tener relación con los traficantes, pero sí la tiene, es solo en son de desafío.

Antonia dirigió su mirada al suelo con labios y ojos muy bien abiertos, como si en el suelo adoquinado pudiese hallar las respuestas que necesitaba.

—Sigo sin comprender muchas cosas- no prescindí de su vista a la superficie- como el porqué de esta venganza contra mí, es decir, no le hice nada, nunca, no lo recuerdo, es decir, no sé qué pude haberle hecho. Además, supongo que él es quien me está culpando de todo...

—Creo que supones bien- dijo luego de asentir con un ademan

pronunciado.

—¿Y entonces por qué librarme de la cárcel?

Fue justo con esa pregunta, que Iván, sereno hasta ahora, comenzó a sufrir de un nerviosismo infundado. La lluvia fue una banda sonora sobre el tejado del sitio donde reposaban, el cielo se estaba manifestando nuevamente con un látigo rígido que arrojaba sobre la belleza malagueña, un crudo liquido impuro y descomedido.

—Iván, ¿Qué pasa?

Ella lo sabía. Ella comprendía ese silencio lúgubre, pero como siempre, no quiso atender a su cerebro que le decía a gritos la respuesta que tanto esperó y mejor quiso absolverlo mediante la oportunidad de una sutil confesión.

—Quería ajusticiarte él mismo... quería tenerte en sus manos y que le suplicas un poco de piedad... por eso permitió que salieras de prisión...

Nuevamente su rostro se desfiguró en una profusión de hábitos inaccesibles que le hacían razonar mediante una psicología barata, lo que esa revelación significaba. Arguyó entonces que al lado no tenía un hombre, sino una aberración más de ese su mundo tan singular. Se apartó de él no queriendo asumir las consecuencias de tan locuaz silencio y lo miró con desprecio y cólera.

—Te prestaste para su juego- sentenció.

Las explicaciones del hombre no bastaron para extinguir el voraz incendio que se había desatado en el interior del cuerpo de Antonia, quien dolía se negaba a escuchar la apelación de su salvador: <<al principio iba a ayudarle, pero luego comencé a apreciarte más de lo que pensé y supe que no podía hacerte daño>>.

Antonia tomó su violín y su maleta, como ajena a lo que sucedía y dejando atrás al hombre caminó despacio hasta tomar la vía principal.

—Revisa tu maleta, allí hay dinero, documentos de identificación falsos y una carta- le gritó él a la distancia.

La mujer se detuvo como burlándose de él, de la lluvia y del mundo de lava fría por el que caminaba. Giró su cabeza hacia atrás y avistó la abdicación de un hombre de rodillas que en un movimiento trivial y taciturno de sus labios, le pedía perdón.

Comprendió que había algo más allá de lo que podía entender. Sintió pena, pero no reculó su objetivo y en los ojos distantes de Iván, en esa

última mirada que le dedicó, observó con claridad como la Espada de Damocles al fin había caído creando un estruendo mudo, como ahogado en el espacio: <<hay alguien que quiere herirte>> y entonces habló:

—¿A dónde iré, Sergio?- le cuestionó al viento observando una línea recta de asfalto inundado.

Y sin más explicaciones, se dio cuenta de que no solo la Espada había caído, también el cielo lo hizo.

Capítulo 9

SEGUNDA PARTE

Atlantic

...

Fernweh

La marcha del tren, acompasada y meliflua, le pareció empalagosa.

El lado contrapuesto a la lumbrera de la máquina, podía gozar de la prerrogativa de un oreo tropical o álgido en la misma medida, puesto que mientras un solano tibio arribaba como fiduciario del sol, los bóreas asaltaban de forma salvaje los árboles más próximos en los que pequeñas y grandes aves intentaban refugiarse.

A esa hora siempre era dable viajar sin demasiadas perturbaciones, a causa de la mínima cantidad de pasajeros que se aventuraban a salir en días en que la copiosidad del frío podía coagular la sangre y las articulaciones en un solo aliento ataráxico. Tuvo tiempo también de justipreciar a sus foráneos compañeros de viaje, quienes no la determinaban ni siquiera a modo de insinuación, y es que si lo pensaba bien, su semblante agreste producto de la humedad que se seca por evaporación en el cuerpo y el nuevo corte de cabello que no lograba asimilar del todo, podían dejarla como una andrajosa que viste harapos mal cortados.

Cuando compró el tiquete, no tuvo ningún problema. Los documentos conseguidos por Iván la ponían en ventaja frente a las autoridades y su aspecto voluble le daba las armas necesarias para perderse con relativa destreza entre la maraña de personas que, pacientes, aguardaban por la locomotora con variados destinos. Fue allí donde compró una bebida energizante que ingirió casi en un sorbo y que probablemente era lo que la mantenía despierta, y un café que no había tocado en el trayecto. Se había concentrado más bien en revisar su nueva identidad con el fin de que su mente no le jugara malas pasadas cuando tuviera que hacer uso de ella.

No le sorprendía, tampoco le afligía, Emiliana Gallardo era una combinación sobria de monotonía y buen gusto. La fotografía era una copia idéntica de su nuevo aspecto que quizás Iván y su ayudante habían conseguido valiéndose de algunos programas de edición, mientras que las descripciones de edad y talla variaban sutilmente sin que ello tomara

relevancia para Antonia.

Por otra parte la carta constituía una isagoge sempiterna para expresar en letras, lo que ya con palabras había dicho. Se trataba de una afectiva misiva en la que le expresaba su afecto entrañable y el pedido de una amnistía que quizás jamás recibiría y como añadidura una dirección postal. Ella podía sentirlo allí, a su lado, como una figura fantasmagórica que esbozaba una sonrisa extraviada en el espacio, como si de pronto el aire de afuera contara con una fuerza sobrehumana con el poder de colarse en el interior del vagón y purificar su vida nuevamente.

Volvió a recostarse en el espaldar de su asiento, al tiempo que una mujer obesa y morena la imitaba y reclinaba el respaldo para esparcir su corpulencia con comodidad. Al notar que la veía, Antonia le enviaba una sonrisa indefectible que la cándida mujer respondió con un pestañeo lento.

Nunca se hubiese imaginado regresar a Barcelona de una forma tan presurosa, de no haber sido por la epifanía que tuvo mientras caminaba parsimoniosa por la carretera húmeda. Se trató de una serendipia, pues ella solo anhelaba rebuscar el petricor propio los lugares secos que se vieron sorprendidos por el diluvio malagueño que se desplomó sobre ella. Estaba mojada por dentro y por fuera, pero aun así su mente se mantenía completamente repelente a la lluvia, como si un camelote cubriera su cerebro con el fin de poder percibir de una forma más nítida lo que sucedía.

Entonces contempló un camino dédalo, inefable y extranjero, un terreno baldío por el que ella no había cruzado y al cual temía de una forma inconmensurable. Se detuvo unos cuantos minutos mientras los el aleteo de los pájaros y su trinar bullicioso que celebraba el fin de la lluvia, la volvía más cuerda y sucedió que pudo contemplar un nimbo en su razonar, un momento de lucidez en el cual supo que era lo que debía hacer, y allí se dirigía.

No le importaba lo que su camino indescifrable pudiese depararle, ella ya no tenía más que perder.

La estación, al contrario de días pasados, parecía haber sufrido un exterminio, un genocidio de turistas que habían huido a otros lugares para no presenciar un pequeño fin del mundo. Al bajar respiró profundo, dejó las gafas en sus ojos y adecuó una bufanda que le cubría los labios; evadió un puesto de control de las autoridades y enfiló a las escaleras que la ponían de nuevo en el mundo exterior.

— Emiliana Gallardo- se dijo en silencio mientras detenía un taxi-

Emiliana.

Con voz ronca, le indico al hombre del taxi el sitio al cual deseaba ir y este sin ningún ademan, emprendió la marcha silenciosa por las calles de una soleada y jovial ciudad que se extendía a sus anchas, atrayendo lo etéreo de la brisa de un mar distante que renovaba el oxígeno de sus pulmones con un holgorio propio de las golondrinas que nuevamente comenzaban a volar por el cielo.

Antes de bajar del taxi, se aseguró de que nadie conocido allí en la clínica pudiera verla, y más aún, reconocerla. Con el terreno preparado para su arriesgada misión, puso sus pies en el asfalto, cerró la puerta y elevó la vista para ver un lugar conocido que le agradaba.

— ¿Qué tal?- saludó al guarda de seguridad quien le pidió ver lo que llevaba en su maleta y evaluar el violín que se había convertido en un buen compañero.

La dejó seguir al echar un vago vistazo a su documento de identidad. Tomó el ascensor con destino al cuarto piso y una vez la puerta se abrió la secretaria general la observó y se dirigió a ella.

— ¿Puedo ayudarla?

— Tengo que hablar con el doctor Eslava.

Por unos cuantos segundos, Emiliana pensó que la mujer había logrado identificar su voz y ahora se disponía nerviosa a efectuar cualquier acto.

— Lo siento mucho, pero el doctor ya no tiene citas programadas para hoy y en este momento está muy ocupado.

Emiliana atisbó un esfero y un grupo de notas que había sobre el escritorio.

— ¿Puedo dejarle una nota al menos?- la secretaria asintió.

La mujer escribió rápidamente el llamado de auxilio y sin premeditación, avanzó rápidamente hasta la puerta clausurada del consultorio de su jefe, al tiempo que la mujer desfilaba tras ella haciéndole saber que no podía hacer eso y que, incluso, llamaría a seguridad.

Una vez dentro, observó al psiquiatra empaquetando en algunas cajas documentos y antes de que este reaccionara, ella dejó en sus manos la nota: <<Soy Antonia Márquez Salvaterra y solo quiero 5 minutos>>. El hombre leyó consternado lo que decía, evaluó su aspecto y hasta dudó. La

secretaria se excusaba por la intromisión de la foránea.

— Yo me encargo.

La fémina partió abatida, como quien pierde una importante disputa. El doctor Eslava cerró la puerta con seguro y, absorto, se dirigió a ella.

— ¿Qué está pasando, Antonia?- sus manos estaban cruzadas en su regazo- todo el país te está buscando.

Retiró las gafas de sus ojos y la bufanda de su boca, y se abalanzó sobre él en un gemido aterrador que conmovió al especialista.

— Solo me quedas tú- explicó...

Se sentaron en dos sillas perpendiculares que permitían a cada uno ver el rostro del otro en una vista envidiable.

— ¡Oh, Antonia!- exclamó al verla llorar de nuevo- lamento mucho lo que te ha pasado, aún no logro comprender como es que a una mujer como tú le pueden suceder este tipo de cosas...

— Ni yo- sus facciones eran las de una niña pequeña- Te juro que no estaría aquí poniéndote en peligro, de no ser por la desesperación en la que me encuentro...

El hombre asintió.

— Todo es un complot, a mi marido lo asesinaron de una forma tan vil, y luego yo soy una malvada y desalmada, cuando lo único que hacía era brindar esperanza donde ya no había.

— Doy fe de ello- aseguró.

La presencia del doctor le era tan tranquilizadora como los días que pasaba con su padre.

— Ya no hay más... hasta la misma justicia que debía estar de mi lado, quiere condenarme...

— Es que es un asunto muy grave, criatura- dijo- importantes personalidades del país se han visto inmersos en el escándalo de tráfico de migrantes y entonces todos piden tu cabeza para que des explicaciones, que sé que no tienes.

Quizás Sergio... quizás él podía tenerlas.

— Solo quiero ya dejarlo todo y no sé si entregarme sea la mejor decisión.

El hombre negó con la cabeza.

— Apoyo los procesos legales y los hechos lícitos, pero puedo jurarte que entregarte sería la peor decisión que puedas tomar- sus palabras la sorprendieron-. Mira, Antonia, talvez no has dimensionado completamente la gravedad de las acusaciones en tu contra, pero esto tiene que ver con los gobiernos de varias naciones: Francia, Inglaterra, Italia y hasta Estados Unidos y Rusia, los documentos comprometen claramente autoridades corruptas y lo hallado por tu esposo, al menos durante su investigación, deja en la picota publica a mandatarios y organizaciones que no han actuado de forma correcta.

Ella suspiró.

— Sergio llegó donde nadie más había llegado- continuó- y aunque debemos admitir que no todos los hallazgos son de su autoría, puesto que más investigadores y abogados han aportado elementos probatorios inspirados por tu marido, puedo decirte que él fue quien tocó las fibras más sensibles de esta maraña de corrupción que fue patrocinada por el segmento más prestigioso del mundo político de Europa.

El doctor se puso de pie y regresó con dos vasos de agua tibia que fueron como un oasis en la garganta desértica de Antonia.

— ¿Recuerdas los abusos sexuales cometidos por los Cascos Azules en el norte de África?, ¿la mal llamada practica del sexo por comida?- Antonia asintió con hastío-. Esa fue la prueba de que aun en organismos humanitarios como el dispuesto por las Naciones Unidas, tiene manzanas podridas- bebió un sorbo de su agua-. Bajo ninguna circunstancia estoy juzgando a toda la comitiva, de hecho nadie puede obviar el abnegado trabajo de ellos y muchos otros en esos territorios, lo que quiero decirte es que hay una putrefacción que corrompe cualquier esfera de la sociedad, siempre habrá alguien que quiera herir, y ello sucede en España por más que deseen cubrirlo con un gobierno democrático y abierto, no condeno a estancias que han hecho un buen papel, tanto de la administración, como de la oposición, pero así a aquellos que aprovechándose de su situación han dañado... y como te dije, esto está en el pentágono, el kremlin, los congresos que han permitido que la guerra en Medio Oriente y la corrupción de África los seduzca de una forma inimaginable y lo peor de todo, y es lo que ambos sabemos, es que...

— Guardan silencio- ultimó Antonia.

— Exacto- indicó con su índice-. Y eso es simple y llanamente lo que está sucediendo, querida. Sergio se sumergió en la caterva en la que se escondían esos corruptos y como un espectro invisible recolectó esa información, y si hay algo que moleste a alguien que actúa con delicuescencia, es que un entrometido trate de acabar con su negocio.

Antonia respiró aliviada y sonrió.

— Eso quiere decir que crees en Sergio.

El doctor Eslava se acercó a la ventana y dejó sus manos tras la espalda, mirando a un lugar lejano.

— No puedo afirmar que sea inocente- volvió a su vista a ella- ni tú, ni nadie. Lo que puedo decirte es que con la información que tenía, muchos querían acabar con él. Decenas de veces he tratado casos de buenas personas que huyen angustiadas de los cazadores, que no dejan de ser más que magnates y políticos que intentan desacreditar las pruebas y dejar un mal nombre...

Retiró las lágrimas de sus ojos.

— ¿Entonces qué hago?

— Tú sabes bien que hacer- expresó con firmeza- ¿Has comido algo?

Luego de ordenarle a su secretaria llevarle a la oficina un plato de comida desde la cafetería, le sugirió a Antonia disfrazarse de nuevo, con el fin de evitar un problema mayor. Así lo hizo y luego de que la mujer tocara la puerta y él doctor saliera en busca del pedido, ella retomó su posición y dejó de un lado la fastidiosa vestimenta.

— Por cierto- dijo antes de empezar a comer- ya no me llamo Antonia.

El hombre no comprendía.

— Ahora soy Emiliana Gallardo- sonrió- ¿no habrás pensado que he estado en las calles con mis documentos reales?, y eso también explica mi aspecto.

— Sabía que eras inteligente y no solo una marisabidilla.

Rieron.

El lugar gozaba de una temperatura perfecta gracias a la calefacción. Observó las paredes sin las populares pinturas simbólicas que ocasionaban confusión y a la vez placidez y tras indagar sobre ello, supo que el psiquiatra había dilatado el tiempo que permanecería en Lesbos, a causa

de la gran cantidad de personas que había llegado y que sin duda seguiría llegando aun cuando se arriesgaran a ser repatriados o al menos devueltos al último lugar de procedencia antes de pisar suelo europeo, en lo que Turquía jugaba un papel determinante, puesto que de ese país provenían la mayor cantidad de migrantes que zarpaban de forma ilegal, y esta, con el compromiso de agilizar sus trámites para el ingreso a la UE y un sinfín de condiciones más, había aceptado esa devolución, en un juego cruel de los países miembros por no aceptar una mercancía que había sobrepasado los límites de su humanidad.

— ¿Cuándo te vas?- indagó ella, mientras su cerebro llamaba gloria a lo que acaba de comer.

— En la madrugada.

El tiempo comenzaba a jugar de nuevo en su contra. Evaluó el reloj que daba las 10 de la mañana y sus manos comenzaron a temblar.

— ¿Qué harás tú, Emiliana?- el nombre le pareció tan lejano, que tardó en comprenderlo- ¿Qué voy a hacer contigo?

Ambos lo sabían. Los dos eran conscientes de que solo había una solución y que esta permanecía frente a ellos.

Primero lo negaron, hablaron de las probabilidades de que la policía la encontrara y de cómo esto podía afectar a la comitiva humanitaria; luego cavilaron algunas opciones cuando creyeron que lo anterior era inadmisibles y posteriormente, aun contra sus deseos más ocultos, terminaron por hallar en ese viaje, la prueba de que siempre hay un camino por más incierto que este parezca.

— No es una buena idea- dijo caminando con las manos en su ijada.

Con el berretín que provocan las circunstancias hostiles, Emiliana se vio obligada a casi suplicar de rodillas, la ayuda que tanto demandaba, mientras el rostro embrollado de su maestro y amigo, permanecía inexorable, preso de una congoja, de un dilema que le taladraba el cerebro como carámbano que choca contra una embarcación pequeña.

Luego se dibujó en él, un horizonte obscuro donde la fosca era el imperante, más luego con la bonhomía de un hombre justo, le dedicó una mirada con intrínquilis que la rescató del temor de que la única persona en el mundo que pudiese darle auxilio, también se marchara.

— Está bien.

Las indicaciones del doctor Eslava, fueron muy precisas: tomaría el tren Costa Brava que partía a las 21:15, con el fin de que fuera más fácil

perderse entre las personas que lo abordaban a esa hora, pues justo en esos momentos, la guardia civil estaba muy distraída en repeticiones de partidos de fútbol y en hechos anormales, como para ocuparse de una mujer con una maleta y un violín que va con la excusa de presentarse en una universidad madrileña.

En la capital, por su parte, el doctor haría hasta lo imposible por retrasar la salida del vuelo privado cedido por el gobierno central para el transporte de misiones humanitarias hacia países receptores de migrantes. La partida estaba programada justo para las 4 de la mañana, y los pasajeros se podían resumir en 15 voluntarios entre los cuales se encontraban 5 psicólogos que estaban, al menos antes de que sucediera todo, a cargo de Emiliana; 3 trabajadores sociales; 2 psiquiatras entre los que se incluía el doctor Eslava y que estaban a cargo del grupo, y 5 personas más que se habían inscrito como ayudantes de la misión.

Mientras tanto la llegada de Antonia estaba programada para las 7 de la mañana, si era que la encella en la que habían forjado los tiempos, permanecía invariable. Los controles habituales en las zonas de abordaje, últimamente le parecían familiares, y se había acostumbrado a actuar con normalidad frente a los demás, como una pasajera símil a los que se acomodaban en los asientos, y no como una prófuga socarrona de una justicia que hasta entonces jugaba en su contra.

La noche estaba estrellada y la luna, visible por primera vez tras un lapso de tiempo amplio sin florecer en el cielo catalán, seguía al tren por medio de una luminiscencia reparadora que dejaba ver paisajes melancólicos y misántropos, que desde la visión de estos, configuraban a Emiliana como una austera nefelibata, que no comprendía que solo eran herbosa inmóvil en medio de parajes admirados y también vejados.

Ella solo concentraba sus esfuerzos en mantener la resiliencia que parecía ser lo único que le permitía seguir en pie. Cerró sus ojos como una mariposa lo hace con sus alas cuando la extenuación de un día arduo lo exige, y aferrada a su violín, pensó en su hermana.

No es que le angustiara su paradero, de alguna manera sabía que Isabel había demostrado ser más fuerte que ella; llevaba consigo una templanza que siempre fue esquiva para la menor y sobre todo sabía afrontar las dificultades como ningún otro ser en el universo. Se fue de la casa cuando tenía 21 y Emiliana solo 11, gozaba entonces de una decena más de años encima como para saber en el fondo que algo se había roto en la familia y que su presencia allí lo único que ocasionaría sería más heridas con las astillas de lo desquebrajado.

Entonces huyó como el cadejo en el viento, desafiando un cielo henchido de odio y desprecio y con los labios colmados de palabras de desagravio hacia su familia, como si un huracán de verdades la hubiese

empujado a abandonar el noray en el que el buque de su vida estuvo adherido por solo unos cuantos años, el mismo noray en el que Emiliana sufrió la pérdida de su padre, de su madre, de esa buena vida que un destino fraudulento le había enseñado.

— Volveré, pequeña- le dijo al partir, cuando su madre la esperaba con la puerta abierta, creando un sonido titilante que la hostigaba a abandonar prontamente el hogar- contarás conmigo siempre.

Cuando tenía 15 pudo hallar a una de sus viejas amigas de agronomía que le explicó que solo sabía que estaba en otro estado, siendo exitosa con su galería, viviendo como una ermitaña guajira, en pocas palabras, una vida que nadie imaginó para la gran Isabel.

Pero no volvió a saber de ella desde entonces, y aunque después quiso contactarle para que asistiera a la agonía de la mujer que les había dado la vida, ella no se presentó, extrañamente, por pedido de su propia madre quien aseguró que si ella arribaba a su lecho de muerte, no se lo perdonaría jamás. Así que entonces el último suspiró de la cincuentona dama, fue propinado como un golpe mondo, seco y mortífero que le anunciaba que solo le quedaba su padre, sin pensar un solo segundo que la piedad había sido desterrada de su lugar para ser ocupado por la ferocidad de la tragedia que solo 4 años atrás se lo había arrebatado también.

Nada hubiese sido tan devastador, de no ser por el ensueño de sus días pasados: excursiones dominicales por una playa saturada de turistas que ignoraban que esa familia que caminaba descalza y elevaba cometas al cielo, era también el ejemplo irrefutable de una perfección fundada en un amor blindado contra todo.

Y de pronto ese destino acendrado, se convirtió en un vehículo sin control que se regodeaba con la anatema que había irrumpido en sus vidas, como una visita molesta que nunca se esperó. Y fue tal ese disfrute, que terminó por imprecarse de forma constante, como pequeños y comunes oasis en el desierto, pero completamente envenenados y sanguinarios.

Abrió sus ojos y se dio cuenta de que la luz se había presentado en un escenario nebuloso, pero el tren seguía en marcha.

— Disculpe- preguntó a un hombre que bebía café- ¿Cuánto falta para llegar a Madrid?

— 15 minutos- dijo tras observar su reloj.

Dejó su violín en el asiento contiguo para organizar su cabello y harapos, y observó en la otra cara del cristal de su ventana, la iridiscencia

en gotas de rocío que se resistían a desaparecer con el calor de un veraniego día madrileño.

Cuando estaba ya en el aeropuerto, atisbando la cantidad de personal de seguridad que había y de qué forma podía cruzar las barreras que se interponían entre ella y el interior, observó el número de teléfono que el doctor le había entregado y le llamó.

Se encontraron en un local de venta de jugos naturales y allí le explicó que había conseguido incluirla en las listas oficiales de voluntarios internacionales, pero no como psicóloga, sino como ayudante técnica, pues si decía que era una profesional, debía enseñar el registro que la certificaba como tal. Luego le entregó un documento que tenía la misma fotografía de su identificación personal y que la acreditaba como parte de la fundación Sonrisas Mentales.

— Es Grecia, así que solo necesitas tu documento para ingresar y como se trata de un tema humanitario, no verás mayores dificultades.

Emiliana asintió.

— Paulina es una reportera gráfica- dijo sorprendentemente mientras se desplazaban a la zona de controles- es de toda mi confianza y sabe quién eres en realidad, pero no te angusties, está con nosotros. Ella va a ayudarte con todo lo que necesites y va a dejarte en el sitio que le indique.

Cuando estaba preparada para indagar por las confinadas palabras del doctor, un agente de migraciones le pidió dejar sus maletas en una bandeja metálica deslucida que se deslizó suavemente hasta llegar a un detector de objetos no deseados. Al solicitarle los documentos solo enseñó su carnet, mientras el psiquiatra argumentaba que pertenecía a la misión que estaba a punto de partir.

Llegaron hasta el avión donde ella pudo ver rostros conocidos que la analizaban, pero que de seguro no se habían percatado de que era en realidad Antonia Salvaterra, la mujer que se escondía tras los lentes negros y el paño que ahorcaba su cuello.

— ¡Emiliana!- gritó con holgorio una voz dadivosa e inofensiva que, sin embargo, la hizo entrar en alerta- siéntate a mi lado.

Se trataba de Paulina, una mujer de no más de 25 años, con rostro blanco y terso, ojos marrones y espíritu entusiasta, quien le comentó al oído unas palabras que la hicieron tranquilizarse.

Diez minutos después de estar allí, silenciosa, observando por la ventana, se anunció el despegue de la pequeña aeronave. Emiliana le

tomó las manos a la desconocida quien, sorprendida al principio, le dirigió una sonrisa cuitada que hizo las veces de compasión.

De pronto en su alma surgió un vagido fruto del cisma ocasionado por las llantas de aterrizaje que tras impulsarse en el asfalto chispeante de la pista, se encorvaron hacia atrás como las de una garza que deja su nido para ir al norte en busca de comida para los polluelos. Y allí arriba, cuando la tierra era un lugar extraño para los cielos que alcanzaba a surcar el aparato, sintió como el acmé de esos días de desasosiego la martirizaban como un trémolo musical que sentenciaba una nota imperecedera en el tiempo, y que más tarde, cuando Madrid y en sí España eran foráneos, se convirtió en algo insoportable.

Las nubes formaban una abuhada mezcla de contornos, de figuras: codornices que titeaban cerca de un nido evanescente; osos y hasta lagartos, todos ellos en un cielo descompuesto y víctima de una carencia de sol. De vez en cuando los nubarrones hacían una calle de honor a la nitidez de un mundo profundo, de un infierno azul y verde, rollizo y marrón y de pronto estaba de vuelta en la de la aeronave, en el cielo.

— ¿Mejor?- preguntó la mujer.

Emiliana respondió asintiendo con los labios adyacentes.

— Oye, lamento mucho lo que pasó...

— Está bien- negó con la cabeza.

La nebulosa deleznable del exterior, le recordó la aerofobia que padecía su esposo. No es que fuese un gran problema que lo incapacitara a abordar cualquier tipo de vuelo, de hecho ella en su papel de profesional en salud mental, diagnosticó un cuadro levísimo que pudo tratar con unas cuantas terapias que al final desecharon por cuenta de un temor que se acrecienta, como si de pronto, tras un terremoto que devastó, y luego calló, se esperara el ataque bárbaro de una réplica.

— Siempre quiero regresar- le decía- quizás sea eso lo que me impulsa a tomar un avión: siempre quiero volver a ti.

Ella contemplaba como forzaba las palabras para no acoquinarse en medio del terreno ya ganado. Le sonrió al tiempo que una forma circular de humo de tabaco salía de su boca.

— Hay una palabra alemana- se acercó a ella mientras hacían el último llamado para abordar el avión que lo llevaría a Ankara- fernweh.

— ¿Fernweh?

Asintió.

— Habla de la nostalgia que se siente por un lugar al que nunca se ha ido.

Se puso de pie intrincada y pasó ambas manos tras su cuello.

— ¿Qué significa?

La observó en silencio 3 segundos y luego enarcó una ceja.

— Que en ocasiones la curiosidad es más razonable que el miedo y que siempre quiero regresar para descubrir un nuevo secreto en ti. Eso me ha mantenido con vida.

El capitán de la aeronave anunciaba el aterrizaje en el Aeropuerto Internacional Eleftherios Venizelos, luego de casi 3 horas de trayecto libre de turbulencia, aquella que tanto le fastidiaba a Emiliana, puesto que solía compararla con el movimiento frágil de sus manos cuando algo la azoraba.

El sol atrabiliario de la mañana ateniense, los dejó asténicos una vez se dejaron pillar por la fuerza de un mundo nuevo que se posaba frente a los voluntarios. El cielo permanecía completamente despejado, como si una corte celestial hubiera tomado un día de descanso en los grisáceos paisajes griegos y le hubiera solicitado al creador un poco de aquiescencia para dejar allí el azul profundo.

Más todo ese espectáculo ameno, fue interrumpido por las palabras del doctor Eslava quien de nuevo hacía las veces de bienhechor o infame:

— Tenemos que hablar.

Se dirigieron al interior de las modernas estructuras, solicitándole a Paulina también acompañarlos. La miró de frente y lentamente, como si se tratara de una pequeña niña, le explicó que la Interpol había expedido una orden de captura internacional, que tenía especial relevancia en los países miembros de la Unión Europea, donde por supuesto, Grecia estaba incluida.

Las cosas en España cada vez tomaban un color más oscuro. El Ministerio de Justicia había enviado una comisión tripartita conformada por delegados de la fiscalía, investigadores de la oposición y agentes gubernamentales para hacer las pesquisas necesarias en los casos que hasta la fecha estaban abiertos en el asunto de tráfico de migrantes. Todos ellos creían que en la humanidad de Antonia Salvaterra, viuda del

abogado Sergio, reposaban las respuestas para esclarecer con verdadera nitidez las vinculaciones de los sospechosos, más como lo decía el doctor Eslava, regresar sería tanto como condenarse a sí misma a una irreversible pena de muerte, puesto que las fuerzas afines al proceso legal, harían hasta lo imposible por sesgar sus palabras para siempre.

Si bien podía acogerse a un programa de protección y llegar a sustanciales acuerdos con la justicia española, Antonia, ahora Emiliana, sabía que aunque quisiera, no tenía conocimiento al menos del ápice de las indagaciones de su marido, así que lo que dijera, se convertiría de inmediato en una vil mentira que solo conllevaría más angustias, más conflictos con las partes concernientes que se defenderían a capa y espada, aun cuando ello significara mentir de nuevo y volverlo todo una bola de nieve rodando sin control por un terreno escarpado.

— De ninguna manera puedes quedarte en Grecia- concluyó luego de un par de segundos de silencio, a la espera de que Emiliana dijese algo.

La barahúnda del aeropuerto, parecía ser insoportable justo en esos momentos.

Suavizó su rostro con ambas manos y luego en decadencia les dirigió una mirada de piedad a las dos personas que frente a ella estaban, como si rebuscara en los mórbidos rostros una contestación que la salvara de nuevo de un destino que por reiterada vez actuaba con cinismo y crueldad.

— Ya lo sabías, ¿verdad?- le preguntó al doctor, quien de inmediato asintió- ¿Por qué no me dijiste nada?

El hombre suspiró y tras acercarse a ella le pidió que lo viera de frente.

— Porque sabía que si te lo decía en España, jamás hubieras aceptado la propuesta que te tengo.

— ¿De qué estás hablando?

Como un orate charlatán, el psiquiatra comenzó a relatar léxicos que debían ser atendidos por una mujer poseída por un espíritu irracional e inverosímil. Enjalbegó cada palabra cuan vate, en un experimento desquiciado cuyo único fin era el de brindarle beneficios de una idea absurda, completamente exasperada que no tenía pies ni cabeza.

Emiliana guardó silencio, no porque le pareciera interesante lo dicho, sino porque su mente solo repetía una y otra vez la primera frase dicha por él: <<solo nos queda que partas ahora mismo con Paulina hacia el

Líbano>>.

No quería aceptarlo. No podía hacerlo por más que lo intentó una y otra vez. Las palabras no salieron de su garganta por el solo terror que la firmeza de su protector le inspiraba. Comenzó a sentirse mal y hasta una arcada expiró de su ser fruto del pavor infernal que le producía lo dicho y tras varios minutos de descontrol, solo pudo espetar un monosílabo que en definitiva era todo lo que quería decir:

— No.

Más sin embargo por primera vez el rostro del doctor no se descompuso por una pintura sensitiva y con los brazos cruzados en su regazo, repitió nuevamente la sentencia cruda y bestial:

— Líbano es todo lo que te queda.

Capítulo 10

Restos

...

La Estación de autobuses y taxis Charles Helou de Beirut, parecía más bien una base militar.

Las fuerzas del gobierno custodiaban la admisión y partida de pasajeros, debido a una amenaza de bomba del día anterior. Más sin embargo, y según Paulina, dicha terminal solía permanecer en completa calma, salvo durante ciertos episodios como aquel, en los cuales la gobernanza central de la ciudad recibía información por parte de Hezbolá de incursiones armadas provenientes de Siria y que estaban fuertemente relacionadas con el Estado Islámico o sus afiliados.

Pero los rigurosos controles no habían surgido de la nada y más bien se podían deber a los atentados de noviembre del 2.015 en los cuales poco más de 40 personas perdieron la vida y más de 200 resultaron heridas en un barrio del sur de la ciudad, hechos que se extraviaron en la memoria del mundo y pasaron a ser plato de segunda mesa, por causa de la dolorosa matanza de París justo el día siguiente.

En teoría era un sitio exótico, alejado de la modernidad y de la limpieza, pero con un nimbo palmario muy particular que inspiraba y hasta atraía.

Los vendedores ambulantes no malgastaban su tiempo realizando siestas o juegos en las aceras y por más que su idioma fuese el más inconcebible para un occidental, se veían encantados en convidar sus productos a cualquier tipo de transeúnte que se paseaba por la estación, mientras que los auxiliares de abordaje de los vetustos autobuses que se aparcaban de forma diagonal, anunciaban próximas salidas, o en su caso, se enfadaban por una maleta descomunal o en nombre de alguien que se entrometía sin haber cancelado las miles de libras necesarias para viajar.

— Es sugestivo este sitio- mencionó la lozana mujer quien se acercaba con los boletos en la mano-. Me gusta.

— ¿Te gusta?

La mujer observó en rededor.

— Hay algo en el ambiente, no sé, es algo especial.

Los ojos de Emiliana estaban abuhados de tantas lágrimas que vertió mientras emprendía el camino hacia la aeronave con ruta Atenas- Beirut.

El doctor Eslava nuevamente había conseguido sortear la seguridad de los puestos de control, con un certificado expedido por la Misión Humanitaria Internacional que la relevaba de solicitar los tediosos permisos exigidos por el régimen de Michael Aoun.

La condujo casi a rastras, como quien moviliza a un reo hasta la celda de punición, y antes de ingresar a la aeronave, sintió que todo era como un palimpsesto amorfo y degradante que la doblegaba en repetidas ocasiones, que la ultrajaba de una forma tan vil como una bofetada del ser amado. Entregó en sus manos una tarjeta con los datos del médico en Lesbos y unos cuantos billetes europeos.

Ella por su parte dio vuelta atrás en un acto de consuelo y secó las lágrimas de sus ojos, jurándose nunca más volver a llorar aun cuando el sufrimiento colosal la embargara como un visitante homicida. Tomó el aire más incorruptible de lo insondable de su alma, y sin más palabras se precipitó como un pequeño ante lo nuevo, al tiempo que su corazón estremecido le vociferaba en sollozos inanes que no lo hiciera. Pero no, ya no había vuelta atrás.

Los taxis de la capital libanesa tenían la particularidad de ser empleados por varias personas al tiempo, quienes parecían querer asfixiarse unos con otros en una travesía que a veces duraba hasta 3 veces más de lo previsto, debido a los indecorosos asuntos de seguridad que día tras día se presenciaban en las autopistas del país

Los autobuses, la mayoría transfronterizos, tenían que sortear las difíciles condiciones que se presenciaban una vez se cruzaba la línea que marcaba el inicio de una guerra civil. Las autoridades en Siria no habían logrado detener la acción militar insurgente que se extendía a sus anchas como el sol en el desierto, y a pesar de que el avance de las tropas oficiales plenipotenciarias de Bashar al-Asad restituían la calma como una dosis de morfina, los terrenos ocupados por los opositores al jerarca cada día se hacían mayores y el control estatal se empobrecía con los desertores quienes, al igual que el mundo, no hallaban una razón para proteger a un líder sanguinario.

Eso no conjeturaba de alguna manera necia, que las cosas en Líbano fuesen diferentes. El pequeño país del tamaño de Asturias apenas se recuperaba de un conflicto armado, o más bien de otra de las tantas guerras civiles que ya había enfrentado, y ello, suponía Emiliana, era la razón para que en las calles de la ajada nación de los cedros, no circularan más visitantes que un puñado osado de franceses.

El viaje comenzó media hora más tarde de lo vaticinado, debido a que el veterano Mazda había exteriorizado las imperfecciones que, como un prólogo, ya había enseñado una vez se atendió el estridente sonido de un

motor de contrabando, que más bien parecía una guitarra discordante.

Y si aquello sucedía en tierra, las cosas no estaban mejor en el cielo. Los nubarrones de polvo al avanzar el coche, se confundían con una pusilánime sombra de velos del cielo que amenazaban con desparramar un líquido tibio producto de un calor fastidioso de invierno que les hacía a los herméticos tripulantes, exudar cada gota de oxígeno que podían secuestrar en el pesado ambiente.

No le gustaba, de eso no había duda. Hubiese preferido mil veces la cárcel donde al menos la golondrina con su fandango la mantenía cuerda, que aquel paisaje estéril y remoto que solo le producía unas inmensas ganas de descuartizar su juramento y echarse a llorar sobre el hombro de Paulina, pero sabía que la solemnidad del acto, le brindaba el carácter de conspicuo allí, en Barcelona o en cualquier lugar del mundo, así que tomó un aire contaminado y cerró sus ojos anhelando que la realidad, no fuese más que un espejismo fruto de su hambre de verdad y justicia.

— No es tan malo- dijo Paulina al contemplarla absorta, descorazonada.

Pudo haber debatido esa frase con miles de argumentos, pero el medio día atosigante e impío, le reprimía hasta las palabras, que un sonido gutural parecido a la tos, intentaban escapar. En cambio le dedicó una sonrisa hobachona que la mujer en contraparte asumió con encanto y dulzura, como si aquello fuese tanto para dejar saldada una cuenta que más nunca nadie podría pagar.

El recorrido era lento y la mirada del chofer rauda. Había encargado a su copiloto vigilar cualquier movimiento extraño una vez ingresaron a un terreno solitario donde ni las tormentas llegaban. Un sitio molesto, donde el ambiente era aún más crudo por la putrefacción de pensamientos que se debían aspirar y la tensión creciente que ocasionó que las pulsaciones de la psicóloga se hicieran cada vez más fuertes, mientras ella se acogía al valor moral que le brindaba su instrumento musical.

Tiempo después, cuando Paulina estuvo en sus cabales para explicarle lo que sucedía, le comentó que había sido una región de constantes enfrentamientos años atrás, y que a pesar de que ahora era solo un sitio de turistas empedernidos, los lugareños no olvidaban los recuerdos de los actos escabrosos que por allí se perpetraban.

La confundió el hecho de que no hubiese árboles, ni siquiera muestras de algún tipo de vida por más extraterrestre que esta fuera. Kilómetros y kilómetros de desamparo, de desasosiego y congoja. Con la mente perdida en un limbo espectral que osaba jugar con los sentidos de todos y que en un momento ella alcanzó a declarar como algo irreal. Atisbó a la derecha, más tarde a la izquierda y cuando un pavor frío se apoderó de

ella, miró también al cielo en busca de un subterfugio divino para aquella acuarela tan lejana para su humanidad de óleos de concreto, pero tan común para el resto del mundo.

Entonces solo cerró sus ojos cuidando de no quedarse dormida por el bochorno y a la vez tratando de imaginar algo diferente, algo más allá de esa vida tan singular que estaba viviendo porque ya no la soportaba. Ella, Antonia. Ella, Emiliana. Ella que lo tenía todo ahora divagaba como un alma en un infierno que no merecía. Ella que solo anhelaba volver a casa y reposar en los brazos flacuchos de su marido y llorar o reír o gritar o ser feliz o desdichada, pero allí, en los brazos de Sergio.

El poco aire que lograba colarse al interior del vehículo, no era igual al de su casa, al de su cama, al de su mesa o al de su consultorio. Este era un aire agrio y malicioso muy alejado de los confines de su amada Barcelona, pero al fin de cuentas supo que era ese un mismo cielo.

Abrió la puerta de su lado lentamente mientras Paulina le daba en una cortesía de despedida a los presentes, en un inservible árabe que los hombres recibieron con afabilidad inclinando la cabeza en señal de respeto o de mofa.

Observó el paisaje agreste y el infinito encapotado con algo parecido al plomo, y contuvo los sobrehumanos ánimos de entregarse al absurdo asiento en el que minutos antes reposaba y pedirle de cualquier forma al conductor que la llevase de vuelta a Beirut, para así, nadando por el Mediterráneo, conseguir suelo español y adjudicarse a cualquier tipo de pena aun cuando está fuese de muerte.

— No es tan malo- dijo la mujer de nuevo-. Estarás mejor aquí.

¿Cómo podía decir aquello?, ¿Cómo se atrevía dejar sus insolentes labios pronunciar semejante bajeza justo en esos momentos cuando sentía morir?

— ¿Qué hacemos aquí?

Paulina contempló con gracia lo que frente a sus ojos se esbozaba con trazos asimétricos.

— Este- suspiró sin verla- este es tu nuevo hogar.

La psicóloga dejó rodar al suelo su violín por primera vez y como una afrenta le lanzó una mirada cargada de duda.

— Vámonos, por favor- suplicó- te lo ruego.

— No...

— Si... vámonos...

La estremeció de los brazos.

— Escúchame- ordenó con voz firme la reportera- este no es el infierno...

— Oh, no querida, pero es algo cercano a él.

— No, Emiliana, el infierno está allá, en España, donde miles de demonios quieren tu cabeza, allá del otro lado están quienes quieren acabar contigo.

Volvió su mirada al lugar.

— Aquí- señaló a ninguna parte- podrás ayudar mientras puedes regresar a demostrar tu inocencia. Aquí te esperan...

— Nos esperan, querrás decir.

— Te esperan- sentenció.

Entonces comprendió que de nuevo estaba sola en un sitio desterrado. Le dijo que en verdad su trabajo no estaba allí, sino en Zahlé, capital del distrito en el que se encontraban, en el cual se uniría a reporteros latinos para llevar la información que por tantos años fue vejada por la corrupción y que ellos, en un acto humano y a la vez estúpido, querían comentar de nuevo.

<<No puedes dejarme sola- dijo mil veces- no sé qué hacer>>. Más la mujer guardaba un parsimonioso silencio, esperando a que se calmara.

— Estamos a las afueras de Majdal Anjar, un poblado pequeño de la Gobernación de Beca, en el distrito de Zahlé, por favor no lo olvides, esto te servirá para cualquier comunicación con el doctor Eslava.

La tomó del brazo en un acto desesperado, como un bebé se prende de los brazos de su madre al nacer, y luego dobló sus rodillas en el suelo arenoso y con el rostro desfigurado, pero sin pruebas de lágrimas sobre sus mejillas, pidió de nuevo con la voz temblorosa:

— No me dejes...

La mujer se alejó poco a poco mientras le decía: <<sigue aquella carretera y al llegar pregunta por el señor Rodrigo Castro Santamaría, él va a ayudarte>>. Luego desapareció tras subir a un coche con apariencia

de autobús cuyas llantas arrasaban el polvo incipiente de la carretera, formando un paisaje indescifrable para ella.

Quiso entonces echar a correr presa de la consternación, pero hubo algo en el fondo que la inspiró a detenerse, como si de la nada un espejismo embriagado por la asfixia de lo imposible le hubiese hablado al oído.

— Aún te queda tu alma.

Capítulo 11

Alguien llora

...

Deslizó sus enervados pies por sobre la arena desmigajada, en un acto casi sagrado.

La osada crápula de su alma, no era suficiente entonces para lanzarla al suelo en medio de la bruma estéril que la colmaba y con su violín de un lado y la maleta del otro, haciendo las veces de una caminante expatriada, enfiló hacia un lugar confinado llamado Amal que se divisaba a unos cuantos metros de la carretera principal.

Al compás de su acercamiento, también se presentía una algarabía quizás de niños, quizás de adultos. Su garganta estaba tan seca como su corazón y el mismo aire errante de Beirut que quedaba más de 50 kilómetros atrás, se volvía visible trazando una comunidad de viviendas emergidas sobre materiales enigmáticos y pequeñas cabañas o tiendas de campaña que se agazapaban bajo un hálito de alegría.

La entrada era un camino adoquinado, sin duda dibujado por las manos de los pobladores quienes con sus propias manos le daban apariencia de modernidad a un lugar inhóspito en el cual solo un par de árboles otoñales sobrevivían como forma de vida natural. El resto era solo un descampado con las pequeñas madrigueras mencionadas que se extendían por casi un kilómetro de forma alterada, como si un tornado de locura se hubiese apoderado de los organizadores en el momento de distribuir el hábitat y ahora lo lamentasen.

Traspasó un portón con letras árabes y casi sollozó al ver a un niño con el rostro aprensivo y los labios encharcados. Dobló sus rodillas en el suelo apartando el violín y lo consoló un poco mientras se daba cuenta de que su pulgar estaba herido por una espina incrustada en la piel. La retiró lentamente y sin dejar de sonreír, levantó sus manos en señal de que su congoja había terminado. El chiquillo se fue dando graciosos saltitos en medio del camino y de repente se detuvo volviendo su vista a la psicóloga.

Regresó a ella y tomó su mano, conduciéndola como a una turista, señalando con su dedo sucio lugares que eran indescifrables para ella, justo hasta llegar a un sitio donde hombres y mujeres bajaban algo de un camión.

— ¡Hey!- gritó una voz- ¡usted!

Sabía que se dirigía a ella, pero le era tan singular que tardó en darse cuenta.

— Venga a ayudarnos.

Emiliana caminó lentamente hasta el lugar del cual la llamaban y contempló la singular belleza de un hombre rudo, con el rostro zafio y cuadrado que le dirigía una sonrisa sádica bajo un bigote de oropel. Sudaba por su cuello y el pecho descubierto en el que se percibía una musculatura bien formada y bronceada.

Se vio sorprendida por la ceja enarcada del sujeto quien la analizaba afásico, y cuya actitud indolente la hizo sonrojar.

— ¿Se va a quedar ahí o va a ayudarnos?

Al ver la mudez de la mujer, este tomó su maleta y el violín y los lanzó con brusquedad a un lugar apartado al lado de la zona de descargue.

Quiso decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo se centró en la particularidad de los vocablos pronunciados por el hombre: no había duda, era español. Regresó su mirada atrás, sin darse siquiera cuenta de que el mismo la llevaba del codo hasta el lugar donde comenzaba una cadena humana que transportaba cajas con verduras que ella bien sabía no habían dado su fruto por allí.

La dejó al lado de un jovencito al que no examinó bien por lo extraño de la situación, quien sin embargo le dirigió una sonrisa que ella impugnó con ensimismamiento. El hombre gritó un <<sigamos>>, lo que hizo las veces de activación para los presentes, quienes de inmediato, pero sin dejar de mirarla, reanudaron lo que hacían antes de su llegada.

Las cajillas en las cuales transportaban las legumbres, sucedieron una mano y otra y después la suya que dejó caer todo al suelo en un acto de abulia de sus miembros superiores, que por poco y la lanzan al suelo.

— ¿¡Qué hiciste!?- gritó el hombre mientras llegaba a grandes pasos.

— Lo... lo... siento...

El hombre acopió lo derramado y consignó en los ojos de la mujer, una mirada de furia aniquiladora que la hizo temblar.

— ¿¡Puedes hacer algo bien, mujercita!?

Las palabras bravías del hombre español, casi la hacen estallar en cólera de no ser por el joven que irrumpía con la voz mediadora: <<déjala en paz, por favor>>. Emiliana solo recitó de nuevo ante el hombre la misma oración desesperada: <<lo siento>>, quien visiblemente molesto partió del lugar directo al sitio en el cual acogía la mercancía para arrumarla en torres morrocotudas.

Tanteado el peso, tuvo cuidado al recibir la siguiente cajilla, y la siguiente, y la siguiente.

Casi media hora estuvo en el mismo trabajo y su resistencia solo podía explicarse por medio de una actitud lisonjeada que solo buscaba la aceptación del truculento hombre. Revisó sus manos y las sintió arder, como si alguien desalmado la hubiera sometido al fuego de una plancha férvida donde con crueldad fueron retiradas sus huellas, más sin embargo luego las ocultó, ya que aquello solo era un síntoma de desfallecimiento frente a la indolencia.

Volvió a ver lo hecho y pudo contabilizar alrededor de 32 torres en las que ella solo había participado en la mitad y un poco exhausta se retiró para respirar con tranquilidad en un lugar alejado.

El sol parecía morir y ella suplicar una amnistía para tan amartelado dolor, al tiempo que un crudo aire gélido barría en sus hombros de forma tan briosa, que la hizo expelerse al suelo como una plata frágil y marchita quien presa del paso del tiempo fiero se dejaba caer, como una devolución del cuerpo a la naturaleza y una conservación de un alma que le pertenece por la experiencia y las historias que guardaba.

Cerró sus ojos sabiendo que estaba en suelo ajeno, en una tierra libanesa que hablaba de los kilómetros que la separaban de casa, de Sergio.

No sabía bien qué tipo de inercia la mantenía aún con vida, pero fuese lo que fuese también la martirizaba con un lacónico recuerdo de las razones por las cuales había huido y era allí precisamente cuando su mente plausible le dedicaba locuciones mansas: <<soy inocente>>, pero ella no sabía bien a quien debía rendirle declaración alguna, cuando solo estaba en lo escarpado de un terreno ajeno en el que aún no comprendía bien quién la había llevado y por qué no se había resistido. Mientras tanto la lluvia fresca caminaba en trotes espaciosos por sobre su cuerpo, y aunque solía correr al sentir el estruendo de estas sobre en su ser, esa vez quiso rendir tributo a su cansancio y como en un baño de sales y cristales marinas, dio aquiescencia al brebaje celestial que la humedecía.

Elevó su rostro y sonrió a algún lugar despoblado allí arriba y retornó a la tierra cuando escuchó gritos horripilados en una lengua extranjera. Enclavó su vista en la libidinosa multitud que se congregaba en una

porción de tierra alrededor de algo.

En su moldeada curiosidad, caminó despacio, prevenida hasta llegar al sitio y de pronto vio como el hombre que la había ofendido con sus gestos, se daba golpes con uno más rollizo y alto que él, quien desde el suelo conjuraba una interpelación para que lo dejase partir, o al menos eso ella presumía de los ademanes del mártir.

Rebuscó entre los presentes a la única persona que sabía que hablaba su idioma y una vez frente a él, habló:

— ¿iQué está pasando!?- el griterío incesante no la había dejado hablar con claridad, entonces repitió:- ¿iQué está pasando!?

El galante joven le confesó una sonrisa de sorpresa y le respondió:

— Son traficantes- Emiliana se alteró- hace mucho que están dando vueltas por aquí.

— ¿Tra... ficantes?

— Vienen casi todos los días- negó, como decepcionado- quieren llevarse a los más pequeños.

La mujer aterrada presumió de forma razonable que algo no muy aceptable pretendían los facinerosos.

— ¿Para qué?

El apuesto joven sesgó su cabeza a la derecha, haciéndole saber de la sandez ocasionada por su pregunta.

— Unos los llevan para sus granjas a trabajar por ínfimas cantidades de dinero; otros más afortunados reciben cobijo a cambio de... - calló doliente- y los desgraciados sirven como escudo humano en los enfrentamientos armados.

Emiliana volvió a la disputa que ya dejaba un embalse de sangre en surcos formados por la arena.

Sabía que no estaba bien inmiscuirse en asuntos de ese tipo, pero no podía tolerar la crueldad del acto y entonces a pisotones ingresó al centro del espectáculo y gritó un <<¡no más!>> que todos atendieron mediante el silencio. Tomó al bronco hombre poniéndolo de pie, y retirándolo de la escena para que su agitado ser se aplacara al menos por unos instantes.

— Basta- dijo ella cuando él lanzaba más vocablos en dialecto árabe.

El hombre revisó sus puños desgarrados y luego, casi sollozando, contempló a la mujer que lo retenía del abdomen y se marchó jadeando caminando de forma rauda hasta una cabaña en la cual tomó agua para ponerse en la cara y la cabeza.

Emiliana hizo la pesquisa del hombre desparramado en el suelo, quien por lo comentado por el joven, le provocaba más repulsión que misericordia, y gestionándolo a caminar, lo condujo hasta su coche con el matiz de quien condena y desaprueba de forma innegable un hecho.

No le dijo nada, porque comprendía que también de nada serviría hacerlo. Solo esperó a que partiera en el trasto motorizado y tras verlo doblar en un lugar solitario, volvió su rostro a los sorprendidos habitantes del campo de refugiados, quienes musitaban de forma tonta susurros lejanos. Ella enfiló hacia el lugar donde yacía el hombre en silencio, más después sintió como alguien la retenía del brazo.

— Es mejor que lo dejes solo- pidió el jovencillo.

Se marcharon visiblemente consternados por lo sucedido minutos antes y entonces fue cuando Emiliana pudo hacer la pesquisa del hombre que la acompañaba: se trataba de un chico no mayor a 18 años, con el cabello abundante y en rizos, el rostro bien delineado, la nariz corta y los ojos azules... sí, azules. Era solo un par de centímetros más alta que ella y por lo que lograba avistar dentro de su camisa, este poseía una musculatura digna de cualquier modelo, en realidad era uno de los jóvenes más agraciados que había conocido.

— Mucho gusto- dijo él al ver que la mujer no dejaba de mirarle- soy Martín Jabir Castillo Alarcón, pero me dicen Martín.

Asintió.

— An... Emiliana, Emiliana Gallardo.

— ¿Puedo decirte Emily?

Se sorprendió por el espíritu abnegado del hombrecillo y con una sonrisa se encogió de hombros, lo que significó la respuesta afirmativa para él.

La noche había arribado silenciosa.

Las personas, según le dijo Martín, acostumbraban a descansar antes de que el sol se ocultara, con el fin de resguardar a los más pequeños del asedio bestial de los facinerosos que deambulaban en la penumbra, solo

intentando llevar consigo un banquete cándido para sus planes de destrucción.

Y así fue. Pocos minutos tras el sol perecer en el horizonte, solo las almas de los dos quedaban allí contemplando lo que a la luz del día parecía ser tan activo, y tras un cuarto de hora, todo fue triste, como si en cada aspiración el oxígeno se convirtiera en una especie de melancolía insoportable y martirizante.

La psicóloga no estaba segura de permanecer con vida, quizás no había sido su marido quien había muerto, sino ella, y ahora patrullaba por entre la maraña de un limbo fastidioso, como si el infierno se hubiera compadecido de su ser, y con la aquiescencia de un poder maligno, contara con las herramientas para permanecer descalza sobre la lava helada.

— ¿Tienes dónde dormir esta noche?

Le enseñó una tienda de campaña un poco desnivelada, un poco sucia, un poco maloliente, y a la vez un poco acogedora. Contaba con una colchoneta de gimnasio en el suelo y un par de frazadas delgadas esparcidas sobre esta. Dejó su maleta y su violín de un lado y probó la resistencia de su nuevo dormitorio que la recibía con las corrientes de aire gélido que lograban tamizarse por las comisuras que yacían entre la tierra y el poliestireno, y sin más que decir, esbozó una sonrisa que envió al joven y que este contestó con palabras casi susurradas:

— No es el mejor lugar, pero es todo lo que tenemos.

Eso bien lo sabía. En aquel campo, las viviendas no eran otra cosa que tiendas de campaña con el logotipo de la Agencia de Refugiados de la ONU y algunas más desafortunadas solo componían un cosido desgarrado de madera y paja que al menor soplo del viento se vendrían abajo.

Exportó una plegaría al cielo en vez de llanto. Sofocó la luz de la vela al mismo tiempo que extinguía la desolación de su alma, y más tarde cuando creía languidecer, abrazó su violín aún en la cubierta y cerró sus ojos en un acto contemporizado con las luces generales del campamento que se asfixiaban en un grito mudo.

Más sin embargo cuando especuló el advenimiento de un sueño ineludible, sus oídos hicieron eco de un sollozo violento que chocaba contra las estructuras ajadas y la hacía temblar. Se levantó de un salto y sacando media cabeza por la pequeña cortinilla de la tienda que la separaba de la somnolencia, se percató de que el llanto se extendía a sus vecinos y al centro de acopio. Ese gemido trémulo no era más que una dilatación del infierno que allí se vivía. No era solo alguien quien lo

actuaba, allí todos lloraban.

Presa de la angustia que le producía el desconocer el motivo, se tumbó en su dormitorio con los parpados remangados sobre los ojos, y allí, silenciosa y afligida, estos traspasaron el techo impertérito y buscaron un cielo consolador y desolado y entonces temblando elevó una última plegaria:

— Buenas noches, Sergio.

Capítulo 12

Caja de Pandora

...

Las labores en el campo de refugiados de nombre Amal, comenzaban antes de que el sol emprendiera sus labores habituales.

Todos se ponían en pie con holgorio, como si los quehaceres que los convocaban fuesen tan enriquecedores y recalcitrantes, que anhelaran quedarse allí para siempre. Los niños jugaban descalzos por sobre la arena viscosa a causa del frígido rocío de la noche anterior, mientras que los mayores se reunían en un sitio con letras en árabe que para Emiliana eran enigmáticas.

Había despertado muy seguramente antes que todos allí, a causa del espeluznante aire que no dejaba de depurarse por todas partes, además de los quejidos incesantes de sus compañeros de poblado. Más sin embargo fue el halagüeño espíritu del apuesto Martín, quien la incitó a movilizarse luego de invitarla a un café, y le sorprendió que tan tradicional bebida para los americanos y parte de Europa, sobreviviera aun entre la cruda guerra de Medio Oriente, hecho que fue explicado después por el joven:

— Lo trajeron unos voluntarios de Brasil y a muchos aquí les gustó.

Y luego dijo que todos se iban, que siempre lo hacían.

Cuando un equipo de voluntarios arribaba al sitio, según le relató con decepción, era muy probable que la mitad de ellos partiera al día siguiente, y los que sobrevivían lo hacían solo para probar una resistencia inútil que terminaba por flaquear solo al cabo de una semana.

Y es que si por un lado eso sucedía con los bienintencionados, en el extremo legal, el gobierno de Líbano no permitía los campamentos oficiales de refugiados, pues argumentaba que si alguien exiliado de su pueblo quería llegar al país por la razón que fuese, debía acostumbrarse a las condiciones de vida, trabajar y producir para el sistema como lo hacían todos los libaneses. En principio muchos consideraban la idea como revolucionaria, pero luego la ONU advirtió de las cruentas condiciones en las que los refugiados debían permanecer a causa de que estaban distribuidos en cualquier lugar a merced de redes de trata de personas, prostitución y hasta formas increíbles de esclavismo.

A pesar de ello ACNUR y un puñado más de organizaciones, hacían presencia de vez en cuando en las mayores concentraciones de

desterrados sirios en una nación pobre y que acogía al mayor número de estos a razón de habitante natural.

El joven le comentó también cuan guía turístico, que allí permanecía una colonia de más o menos 300 personas, más cuando ella quiso indagar sobre las razones que los convocaban, él guardó silencio y cambió de tema con pesadumbre en su voz.

— Te llevaré con Rodrigo, él te dirá qué debes hacer.

— Sí, quiero conocerlo, alguien me dijo que a mi llegada preguntara por él.

— ¿Conocerlo?

Le explicó que el rudo hombre del día anterior, era también el dueño de los nombres y apellidos encargados por Paulina. Al principio le sorprendió y más tarde cuando recordó su furia, le pesó.

— Está con nosotros desde el primer día- miró hacia el centro de acopio-. Supongo que mentí: no todos se han ido.

Emiliana encomió a sus palabras que se acantonaban en la zona más gutural de su ser para no pronunciar una impertinencia sardónica que pudiese desestabilizar la relación fraterna que había erigido con el joven, y habló:

— Tu familia...

— ¡Oh!- exclamó con una sonrisa- mi madre está acá, y mis 3 hermanas...

No quiso indagar más sobre el tema, pues sabía que comenzaría a caminar por fibras sensibles que la abulia en la voz de Martín le advertían.

— ¿Él es algo contigo?- el joven preguntó con la mirada- Rodrigo- explicó ella.

— No- negó también con la cabeza- es el líder del campamento. Nos encontramos en una ciudad fronteriza de Siria con este país, traíamos a muchos heridos y él nos ayudó. Luego peleó en nuestro nombre por el derecho a permanecer en este terreno y sabíamos bien que no íbamos a sobrevivir sin su ayuda, así que luego de pedirle que se quedara, lo hizo y desde entonces es como un adalid: dirige, recibe, gestiona y sobre todo defiende.

— Pero no es sirio.

Continuaron caminando por un terreno que comenzaba a disecarse con la sutil mirada de un sol pudoroso que intentaba elevarse sobre sus cabezas.

— Es español, como tú.

— ¿Cómo sabes que soy española?

— Entre otras cosas, por tu acento- argumentó- el tema es que Rodrigo es una buena persona, así que no te dejes llevar por su actitud o sus provocaciones, creo que solo lo hace para divertirse.

Sus últimas palabras retumbaron en su cabeza como un retintín maldecido al verle de pie con un tabaco entre sus labios y un patético sombrero de paja. Se presentó ante él con cordialidad fingida y le envió una sonrisilla de oropel burlona y desafiante. Rodrigo por su parte, evaluó el aspecto de la psicóloga y contempló con dulzura los ojos de esta, lo que ocasionó el rubor instantáneo en las mejillas de la mujer y una risilla de fruición por parte de él.

— Bienvenida- le dijo caminando hacia la puerta.

Martín le dijo que lo siguiera y así lo hizo.

Sin siquiera percatarse si yacía tras él, comenzó a hablar explicándole que el campamento estaba dividido en 3 secciones: las tiendas de campaña en las cuales residían los refugiados; el centro de acopio desde el que se distribuían dos comidas al día; y el salón de reuniones utilizado por todos en caso de novedades, informaciones o simplemente para compartir palabras de apoyo.

Se desplegaron por entre la herbosa esmeralda de un cultivo, y allí, con palabras magistrales, le explicó la forma correcta de sembrar patatas, velar porque los animalillos no se las llevarsen y la manera en la cual aislarla del ambiente frío del invierno por el cual atravesaba la región. Y sin más la dejó desterrada con una herramienta que dijo se llamaba azadón y la tosca tarea de arar la tierra al parecer infértil y posteriormente dejar semillas de los tubérculos en los hoyuelos indicados.

Comenzó a laborar elevando tan extraño artefacto hasta la altura propuesta y luego permitiendo que cayera sin prisa sobre esa porción de terreno que parecía ser menos infecunda que la demás, pero no lo suficiente para germinar los simientes que se agolpaban sobre la carreta de una sola rueda que se posaba frente a ella como el más preciado de los

carruajes de aquella población.

Cinco minutos después, y como quizás lo suponía el hombre que la observaba desde una ventanilla pequeña en el centro de acopio, estaba exhausta, más la templanza producto de los ánimos de hacerle frente a la afasia anfibológica del caballero, la espolearon a no permitir que el desfallecimiento arcano que la embargaba a tan tempranas horas de la mañana la consumiera por completo.

Silenció sus jadeos en un acto badulaque e inútil, pues sus poros ya emanaban la viscosidad propia de quien está a punto de lanzarse al suelo y lamentarse de los dolores musculares tan propios de un ciudadano en el campo.

La psicóloga no sabía bien si aquello era en verdad un campo, de hecho no pensó que pudiesen existir más cultivos en el país que los vistos cerca de la localidad de Barelias cuando viajaba en el fastidioso taxi. Revisó la explanada distendida sobre el abandono estatal y transfiguró sus ánimos en un cielo que parecía mejor que todo lo que ella podía tocar.

Resolvió golpear nuevamente la tierra con el azadón, observando la besana madre de las demás que comenzaba a aborregarse entre los trozos de tierra en desorden. También contempló la vitualla del centro de acopio una vez las puertas traseras se abrieron para que algunos de los refugiados hicieran un aseo general. Rodrigo continuaba cogitabundo, recostado en la pared de madera, con una espiga de algún tipo de planta entre los dientes, admirando un cielo que parecía inalcanzable, suspirando, sonriendo y lanzando gritos sofocados en la irresolución de un aire que a veces era tibio, pero en más ocasiones casi que quemaba en frío la piel.

Al percatarse de que la psicóloga lo miraba cada vez que lanzaba un golpe al suelo, enfiló hasta ella lanzando de un escupitajo la espiga al suelo y le habló con aspereza.

— ¿Solo esto ha hecho?- en su rostro no había señal de burla, solo una completa desilusión.

Emiliana permaneció afónica con la frente en alto, como jactanciosa por lo hecho.

— ¿Presume de su trabajo, señorita?- anotó el hombre- déjeme decirle que es una de las peores labradoras que he visto.

— Ha de ser por algo- respondió efusiva- tal vez porque no soy labradora.

El hombre sonrió con sadismo y negó con la cabeza sesgada.

— Es como las demás- suspiró- ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

— ¿Qué importancia tiene?

— Para saber si es necesario o no delegarle esta función a un hombre y enviarla a usted a la cocina.

Asombrada por los léxicos machistas de tan apuesto caballero, rebatió en su mente un argumento fiable que le dijese lo debido.

— ¿Cómo puede decir eso?- antes que ira, también presintió dentro de sí una profunda desilusión- tiene usted razón en que no hago mi trabajo bien, ¿pero acaso alguien ha nacido siendo sabio?

— ¿Cuánto tardará en aprender?

A los lejos, observó cómo Martín vigilaba de forma sigilosa lo que acontecía.

— No lo sé...

— Aquí necesitamos inmediatez...

— Emiliana.

— Necesitamos inmediatez señorita Emiliana- dijo con firmeza- no podemos perder tiempo, el clima está en nuestra contra y hay bocas para alimentar.

— Soy consciente de ello, pero ayudaría mucho que usted se olvidara de esa actitud tan tirana que no le queda nada bien a su rostro compasivo y más bien me indicara, si es del caso, que más hacer para poner mis conocimientos a su servicio.

El hombre le dedicó una sonrisa de media boca y tomó aire.

— Veo que tiene ínfulas de mando...

— ¡Oh, por favor!, ¿i quién lo dice!?- contestó fastidiada por la arrogancia- se ve que usted maneja a todo el mundo a su antojo.

— ¿Le parece?- dijo con una risita burlona como escolia de las palabras.

— Me parece que esto lo divierte, así como le hace gracia golpear

malandros.

El hombre tomó el azadón y comenzó a golpear con fuerza la tierra y luego lanzó la herramienta de un lado para acercarse a ella y tomarla de la mandíbula.

— Hago lo que debo para proteger a estas personas- podía sentir su aliento a tabaco.

La psicóloga comenzó a temblar.

— ¿Va a golpearme también?

Se apartó de ella.

— No quiera parecer una mujer educada porque eso de nada sirve aquí. Tiene la oportunidad de irse, antes de hacer el ridículo.

— ¿Cree que me importa lo que pueda pensar un hombre como usted?

— No solo yo, todos van a notar su inutilidad y el rechazo hará presencia en su vida.

— ¿Por qué no lo mejora?- preguntó la mujer a lo que el hombre contestó enarcando ambas cejas, mientras el sol se deslizaba sobre ellos- yo soy psicóloga.

Sabía bien que no debía decir aquello por su seguridad y permanencia allí, más sin embargo atisbó dentro y ya no quedaba un solo pretexto más.

— Psicóloga- repitió el hombre con la voz festiva.

— A eso vine- mintió- a dar mis servicios como profesional y no solo golpeando esta maldita tierra en la que no nacerá ni la maleza, para personas que ni siquiera conozco...

Rodrigo se sorprendió por la actitud indiferente de su compatriota cerró sus ojos deseando no haber escuchado lo dicho.

— Yo soy historiador, escritor, y hasta hice un puto grado en idiomas- la cólera era el imperante en el ambiente- aquí he tenido que aprender lo que nadie enseña en una universidad: amar la tierra, tener la esperanza de que cada tubérculo que crece aquí va a servir para calmar el hambre de personas que una maldita guerra ha desplazado dejando miles de familias destruidas, de amputados, de heridos, de muertos.

Emiliana sintió el peso de lo dicho y examinó una lágrima oscura que se resbalaba por la mejilla de su contrincante.

— ¿Y me dice usted que es psicóloga?- se burló apartando el líquido peregrino- a ellos- señaló a las tiendas de campaña- no les importa lo que usted es, o lo que soy yo, ni que títulos tengamos. Importa lo que se pueda hacer, trabajar, vivir aquí y cada día, ayudar para menguar el infierno en el que todos vivimos... - rio de nuevo- psicóloga.

Reflexionó las palabras del consternado hombre y resopló su amargura hacia el exterior.

— Está bien, lo siento... lamento lo que dije.

— No señorita...

— Dígame Emiliana, por favor.

— Como sea- no le dio importancia a lo dicho- ellos están cansados de las disculpas, y si continúa con su intransigencia, le pido que abandone pronto el campamento para que no le haga daño a nadie con sus palabras inadmisibles, no lo voy a permitir...

— Ya dije que lo lamento.

— Y yo le dije que eso de nada sirve aquí.

Partió de allí llevándose consigo el azadón sobre el hombro, caminado lánguidamente un camino corto que él explayó con aflicción y congoja. Dio algunas indicaciones en árabe a pequeños que lo esperaban, achicando el cabello de uno de ellos y más tarde ingresó a una especie de choza de madera y paja que clausuró con el leve sonido de una puerta bien acabada.

Fue entonces, cuando estaba retraída y desengañada de sí misma, que sintió que nunca le había hablado a nadie como lo había hecho con él, y que Rodrigo tenía toda la razón en lo dicho por más que su ser quisiera resistirse al enfado de las despiadadas palabras que él con entereza le envió.

Se apartó del cultivo observando el poco avance que había tenido y humilló su cabeza al suelo tras sentarse en la tierra fría.

— ¿Estás bien?- preguntó Martín acomodándose a su lado.

Asintió sin levantar su cabeza y luego habló:

— No quería decir lo que dije, lo juro...

Martín suspiró.

— Intuyo lo que le has dicho, y te comprendo- la mujer lo miró- supongo que es normal que a todos nos suceda, has de estar cansada, y creías que esto iba a ser diferente pero entonces te das cuenta de que el mundo real está aquí frente a tus ojos y como de costumbre, no nos gusta la realidad.

— Lo siento- dijo nuevamente.

— Está bien- miró al cielo- a mí tampoco me gusta...

Tras permanecer en un silencio sobrecogedor, ambos se retiraron del lugar y partieron hasta la única zona que tenía título en español: Enfermería.

Le presentó a una joven de nombre Sofía Pérez quien era la encargada de la misión médica independiente de una fundación colombiana que había llegado un par de meses después de que el pequeño campamento se erigiera en la zona.

Si, era joven, más su rostro mustio, sus ojos bordeados por un círculo grisáceo y sus labios hendidos en la experiencia de un cuerpo, la hacían parecer considerablemente mayor de lo que era. Hizo una pesquisa rauda del aspecto de Emiliana y tras unos segundos de espera, dijo: << puede servirme >>, como si se tratara de algún artefacto tecnológico.

Luego no le prestó mayor atención y continuó con la tarea que realizaba: limpiar la herida de un hombre mayor al que trataba con empeño y cariño sonriéndole y pronunciando las mismas palabras que también seguían siendo igual de ineludibles para ella quien solo manejaba el inglés como lengua extranjera y un poco de francés que tomó en la universidad durante el verano.

Martín se alejó del sitio deseándole buena suerte y la mujer al verla paralizada la alertó de su inmovilidad.

— Toma esas vendas, por favor y con mucho cuidado retira los trozos de tierra que tiene en la pierna.

Se refería a un hombre no mayor de 50 años quien con los ojos cerrados y los labios apretados gemía por el dolor que una herida oscura en el miembro inferior derecho le producía.

— Soy psicóloga- dijo tontamente mientras tomaba las vendas.

— Y yo pediatra, un placer. Ahora podrías hacerlo, por favor.

Las palabras de Rodrigo llegaban a ella de nuevo como la reprimenda de un mal hecho, mientras de rodillas orientaba una sonrisa convulsiva al hombre quien escabroso presenciaba como la venda se introducía tímidamente al interior de una lesión profunda.

Emitió un gemido delator de su falta de medida, por lo cual retiró torpemente la venda, ocasionándole aún más dolor.

— ¡Con cuidado!- gritó Sofía- ¿icrees que es un animal!?

Se aproximó a ella y disculpándose en la lengua del hombre, le indicó la forma en la que debería hacerlo.

— Tendré más cuidado la próxima vez- dijo, en vez de excusarse con un pedido de indulgencia.

La pediatra asintió.

Y la próxima vez estaba completamente próxima.

Tras una hora de labores de aseo de las únicas dos camillas que había en el decrepito cuartito con suelo de tierra, un botiquín en el que solo sobrevivían un par de jeringas, morfina y analgésicos, un llamado de auxilio alertó a ambas quienes se disponían a recibir a un par de pequeñas inconscientes que resultaban en el suelo luego de que un coche las dejara allí y se esfumara por entre el polvo que se levantaba.

Con la ayuda de varios habitantes del campo, acondicionaron un par de colchonetas en el suelo y allí Sofía con un estetoscopio revisaba los signos vitales acariciando el cabello y diciéndoles a ambas: <<van a estar bien, pequeñas>>.

Tenían unas cuantas laceraciones en el rostro y una de ellas contaba con una herida en el abdomen al parecer de un proyectil. Sofía le pidió un poco de cloroformo como única medida de analgésico para la chiquilla que comenzaba a abrir sus ojos y así mismo a ser consciente de que algo no estaba del todo bien allí.

— Toma su mano- Emiliana lo hizo- aún tiene la bala. No ha llegado a ningún órgano vital, pero sino la retiro causara una hemorragia mayor.

Se puso de pie y al regresar traía consigo una pinza quirúrgica. Se posó

sobre ella para sujetar sus piernas.

— Voy a tener que retirar sin que el cloroformo ejecute su acción, así que sostenla fuerte para que no se mueva.

Los gritos desgarradores de la pequeña, le aturdieron hasta el sentido más impenetrable de su ser, al tiempo que la doctora mostraba un segmento de metal rojizo y lo ponía en un recipiente de vidrio. <<Ya está, tranquila>>, le decía acariciándole el rostro.

— Tráeme vendas y un poco de cinta- ordenó.

Emiliana se movía con impericia, abatida por las lágrimas punzantes de la pequeña quien ahora resistía con paciencia la flagelación de su humanidad, hasta que de pronto la batalla fue ganada por el cansancio y terminó por dormirse.

— ¿Quién pudo dispararle?

— Quién no.

La otra pequeña, según le explicaba a Emiliana, había sufrido una conmoción cerebral producto de un trauma recibido, así que lo único que quedaba era esperar con imperturbabilidad, que despertase de su inconsciencia para evaluar los sentidos y rogar porque no hubiese sufrido un daño mayor.

— Es de todos los días- dijo organizándose el cabello- tal vez se presentan combates entre Hezbolá e insurgentes rebeldes en la frontera y siempre son los pequeños quienes más sufren.

— ¿Frontera?

La mujer abrió los ojos indignada por el desconocimiento.

— Estamos a un par de kilómetros de la línea fronteriza con Siria, ¿no lo sabías?- Emiliana negó con la cabeza-. Pues es bueno que lo sepas, todos los días llegan personas del otro lado y de este con heridas muy graves. Mujeres, hombres, ancianos, embarazadas, niños, bebés... tienes que acostumbrarte. Es más, temo que el ataque sufrido por las hermanas haga parte de una agresión en masa.

— ¿Hermanas?

— Sospecho que así es- las miró- si te fijas bien, ambas tienen un aspecto parecido, además cerca de la nariz, también ambas cuentan con

un lunar redondo y pequeño.

Se acercó para examinarlas y consintió la presunción de su jefe.

Su estadía allí no le parecía más plausible que en el campo, más sin embargo se conformaba con estar alejada del caustico sol de invierno que la hacía extenuarse con más prontitud, que bajo la estructura de la enfermería de madera y metal en la puerta.

Ayudó a Sofía a hacer curaciones en las tiendas de campaña del campamento y supo que más de la mitad de las personas allí presentes contaban con algún tipo de contusión por más leve que fuese. Y podían ser más, pero los capacitados físicamente, trabajaban en granjas aledañas en cultivos de algodón, hortalizas y unos cuantos se marchaban a ciudades cercanas con Zahlé o Barelías en puestos cuya jornada laboral violaba todas las concesiones de la Organización Internacional del Trabajo.

Los más arriesgados viajaban cada día de ida y regreso hasta Beirut, con el fin de emplearse en más de un oficio y tratar de sobrevivir con las exigencias de un país que, confinado a su pobreza, también debía cargar con los efectos colaterales de una guerra que no le correspondía.

Cuando la tarde llegaba, debieron partir nuevamente a la enfermería, pues el temor de Sofía se mudó al cuerpo de una decena de personas con distintas heridas y varios estados de gravedad, lo que pronto hizo que las reservas médicas que ya escaseaban, terminaran por extinguirse luego de tratar solo a 4 de los 10 necesitados de atención.

Y aunque el método parido en la desesperación no era el más higiénico, la pediatra mandó a varias personas a lavar las vendas y cintas de quienes ya no lo requerían para reutilizarlas en las expeditas heridas que como un as de crueldad se esparcían por sobre la tierra estéril de la habitación que se volvía superflua, casi insignificante, al observar la magnitud de lo que había sucedido.

A pesar de que Hezbolá no había tenido que ver en lo sucedido, al menos no de forma directa, los medios estatales calificaban el hecho como un ataque a la nación perpetrado por una filial de Al Qaeda en Siria, que había desquebrajado la soberanía para hacer estallar en mil pedazos un coche bomba en un mercado cercano, pues tenían información de que allí habían integrantes de bandos enemigos.

Lo cierto fue que solo se trataba de campesinos que hacían sus compras semanales y que de alguna manera jugaban inocentes en patio propio de control terrorista.

Terminaron a eso de las diez de la noche, cuando el emisario de Sofía regresó con morfina adquirida en un centro médico de Majdal Anjar, vendas, compresas, yodo y opio que aunque peligroso, era más económico que la misma morfina.

Más sin embargo era el turno de la psicóloga.

Se desmoronó en el suelo cuando la consunción exaltada de su cuerpo ya no toleró un paso más, e inconsciente fue trasladada a su tienda de campaña.

Mientras eso sucedía Emiliana alucinaba decenas de sandeces producto quizás, del golpe producido cuando cayó al suelo, de la depauperación, del frío o del hambre violenta que guardaba desde el día anterior.

Poco a poco fue levantando sus parpados, atisbando espectros fantasmagóricos alejados de cualquier prueba de realidad y paulatinamente su mente esquematizó la figura de una mujer sentada justo en la salida, de cuya boca brotaba un vaho umbroso que se diluía en las corrientes de aire frío que lograban interiorizarse en la tienda de campaña.

Pudo saber unos segundos más tarde que se trataba de Sofía y que su dormitorio, antes desolado, había sido invadido por las dos pequeñas hermanas que antes reposaban en la enfermería.

Al notar que Emiliana se despertaba, Sofía le explicó que ya no quedaba espacio para ellas allí y que el único sitio acondicionado y un poco despejado, era precisamente aquel y que permanecerían allí al menos hasta que pudiesen evacuar a los heridos más graves. Luego se aproximó a ella con un pedazo de pan con crema de mantequilla y un vaso de té.

— Martín me dijo que no habías comido nada desde ayer, ¿es verdad?

Estaba aún somnolienta, más hizo lo posible por contestar.

— Creo que sí...

— Debes cuidarte, Emily- dijo, dejándola sorprendida de que también la llamara así- estamos en condiciones muy demandantes, y si no estás saludable y fuerte, poco o nada vas a poder hacer por estas personas, ¿bien?

Asintió e indagó por la cómica abreviatura de su seudónimo:

— Fue Martín- sentenció.

— Lo suponía- terminó de comer-. Es un buen chico...

— No sabes cuánto.

La mujer tomó los restos de la comida y los llevó hasta el exterior.

— También me platicó sobre la discusión con Rodrigo.

Se avergonzó por enésima vez.

— Descuida- dijo- él solo quiere proteger a todos los que están aquí. Cuando llegué me trataba igual, pero cuando logres conocerlo te vas a dar cuenta del gran ser humano que se esconde tras esa máscara.

— Todos dicen lo mismo- suspiró.

Se puso de pie y ahora le hablaba desde la entrada.

— No soy muy buena para estas cosas- se mostraba dificultosa y repelente a expresar lo necesario- pero me fuiste de gran ayuda hoy, de verdad.

Emiliana le dedicó una sonrisa en prueba de agradecimiento a uno de los pocos buenos actos que le sucedían aquel día y más cuando la luna libanesa marcaba un punto final.

— ¿Puedo hacer algo por ti?, es decir, mañana voy a Beirut a enviar dinero a casa y a recoger un paquete de mi fundación con medicinas, ¿necesitas algo?

Caviló el ofrecimiento un lapso pequeño de tiempo y tras evaluar su laboriosa situación en tierra ajena, no concibió un remitente más adecuado para la carta que escribía, que el perjuro de Iván. Solo le quedaba él al menos en España y este podría darle información acerca del avance de un proceso judicial que parecía seguir en su contra al no albergar noticias por parte del doctor Eslava.

<<Ayúdame a salir de aquí>>, escribió como en un grito frenético y lastimero convertido en letras, y luego anexó un <<por favor>> para que la súplica removiera su consciencia y lo gestionara a rescatarla de lo que ella solo podía ver como un pequeño infierno.

Se la adjudicó a Sofía quien alborozada a causa del sutil reembolso que efectuaba, vagabundó mansamente por las cabañas hasta llegar a la suya y allí afianzó la cerradura con un par de barrotes de madera tornándose invisible para la vista de Emiliana.

Atestó entonces sus ojos a los cuerpos adormecidos de las pequeñas, sintiendo ternura y luego un baturrillo de conmiseración y pena.

Una de ellas, la que había sufrido la conmoción cerebral, tomó la mano fría de la psicóloga, a lo que esta respondió con una sonrisa, ya que aquello solo significaba que entraba en fase de recuperación que terminaría por restituirle las fuerzas.

— ¿Te encuentras bien?

Tras pronunciada la pregunta, se dio cuenta de la inutilidad de esta y por ello solo se concentró en depurar el cabello de la pequeña por entre sus dedos y con el silente sollozante de la noche, quiso conciliar el sueño.

La pequeña volvió a tomar su mano y esta vez la sujetó con una fuerza sobrehumana para señalar el violín que yacía como un habitante más de la habitación, inerte sobre la colchoneta en la que ella reposaba.

— ¿Quieres que lo toque?

Iluminó su rostro como si de pronto no hubiese murallas para la comunicación y lo enigmático fuera al fin inteligible.

La psicóloga tomó el instrumento entre sus manos y lo contempló como si fuese la esperanza que habitaba aún en la Caja de Pandora; lo subió a su cuello como agua fresca y el arco se escurrió en una cascada de delicias inconmensurables que aniquilaron repentinamente los sollozos estrangulados de los habitantes del campo de refugiados.

Capítulo 13

Anestesia

...

Las aspiraciones rusas en la batalla siria, estaban más allá de una filántropa protección de los civiles en el conflicto o una difusión del mismo a otros países árabes.

Los reportes de guerra de cientos de periodistas, confirmaban las premisas internacionales de intereses políticos, económicos y hasta militares del Kremlin para gestionar la intervención bélica en innumerables zonas de Siria. Y dicha tarea no solo era de él, sino que además el régimen sanguinario de Bashar al-Asad, contaba con el respaldo de China para frenar con su veto cualquier resolución en contra del gobierno en el Consejo de Seguridad de la ONU.

Y es que si bien la Primavera Árabe en cierto modo había significado un despertar del pueblo contra los actos de represión, corrupción y sometimiento, también era cierto que el éxito de unos y otros países, era en sí una tarea ardua cuando se trataba de comparaciones, pues si por un lado el derrocamiento de los líderes de Túnez y Egipto representaba una ganancia en el endeble terreno político de Medio Oriente y el norte de África, también era cierto que las cosas habían tomado un color oscuro y fastidioso cuando al-Asad se resistió a abandonar sus funciones presidenciales.

Al principio muchos pensaron que emigrando a las calles con arengas y apoyados por una coalición internacional muda, podían lograr que el gobierno hereditario de tan nefasta familia, al fin diera paso a la democracia, el fortalecimiento de los derechos humanos tan ultrajados en la nación y las libertades debidas a los civiles, y en cierto modo pudo haber ocurrido de no haber sido por la intromisión de Rusia en el conflicto y la búsqueda de despiadados intereses que podían resumirse en tres.

El primero de ellos era muy seguramente que Putin se encontraba espantado por la hospitalidad y el hacedero progreso de las revueltas y le preocupaba de sobremanera la aparición de estas en las repúblicas rusas del Cáucaso, así que la rebelión de al-Asad jugaba a su favor para estancarlo todo.

Por otro lado, Siria se convirtió en uno de los grandes parroquianos del armamento del país más extenso del mundo. Se firmaron contratos por cientos de millones de dólares y se vendieron aviones de gran capacidad con los cuales se perpetraron bombardeos sobre grupos de resistencia,

insurgencias armadas y sobre todo, civiles.

Y esa hermandad tan hipócrita, se veía reforzada por la única base militar de Rusia en el Mediterráneo, la de Tartus, que en caso de una tercera guerra mundial, le serviría para atacar a occidente y defenderse de las posibles oficiosidades de Estados Unidos y sus aliados.

Mientras tanto, ninguno de ellos vacilaba un solo segundo antes de impugnar las acusaciones en contra de sus respectivas fuerzas armadas, por los más de 300.000 muertos y aprovechaban las distracciones para atribuir las en los prontuarios criminales de los más de 1000 grupos de oposición que combatían a lo largo y ancho del país, entre los cuales se incluía el Estado Islámico.

No había necesidad de viajar muy lejos para saber lo que sucedía al interior de un pueblo humillado y acribillado por su propio gobernante, bastaba con ver el rostro de los pequeños que jugaban a la guerra en el campo de refugiados no oficial en el que Emiliana atendía a los heridos. Cruzaban los dedos de sus manos flexionando solo sus índices y hacían sonidos que calcaban el de los disparos que muy seguramente vieron volar y chocar frente a sus familiares, mientras el mundo lo olvidaba todo y miraba a un horizonte que nunca daría una indulgencia a la indiferencia.

A veces le parecía absurdo que los más débiles pensarán en la guerra de una forma tan cándida, cuando ella los había despojado de anhelos y certidumbre, más luego contaba con sus dedos que las disputas completaban ya seis años y que algunos de ellos no conocían cosa diferente al exilio, el sonido de las bombas y las palabras ofensivas.

Fue por ello que mientras todos fingían no estar sufriendo en una celebración llevada a cabo en el salón de reuniones, le platicó sus intenciones a Sofía quien de inmediato sentenció el cometido con una afirmación emocional más allá de lo que la psicóloga esperaba.

Brindaría atención, o al menos escucharía a cualquiera que quisiese ir a un cubículo acondicionado dentro de la enfermería que simulaba ser un consultorio terapéutico, centraría su acción en los niños y trataría de suprimir comportamientos bélicos con el fin de restaurar los pensamientos y fortalecer los lazos entre los habitantes del campamento.

No estaba a gusto, por supuesto que no. Más sin embargo comprendía sin quererlo que su estadía en Amal podía dilatarse. Y también entendía que contaba con las armas para ayudar y que no dudaría en ponerlas en práctica un solo segundo, más sin embargo, y como todo lo que acontecía, había un impedimento: el idioma.

Por ahora el magnánimo brío del empedernido hombre, había ocasionado una ceremonia muy singular. Las mujeres comparecían al lugar, acompañadas de sus maridos o hermanos, vestidas con atuendos prominentes y el Hiyab en sus cabezas. Los hombres por su parte habían hecho eco de sus mejores trajes y disfrutaban de la música árabe bebiendo vino y algunos otros líquidos incognoscibles por los foráneos.

Veía como ingresaba Rodrigo, el autor del hecho y las personas le invitaban a consumir todo tipo de alimentos, que él impugnaba con benevolencia mientras se dirigía al lugar donde reposaba la mujer. Guardó silencio y la mujer atisbó que pronto comenzaría a hablar, pues sus labios temblaban cual gelatina y lentamente se separaron con el rostro apuntando hacia ella:

— ¿Disfruta de la fiesta, señorita Emiliana?- le preguntó una vez estuvo frente a ella- o, ¿es muy poco para usted?

— Por favor no piense mal de mí- rogó- estaba en un mal momento, cansada y hambrienta...

— Me lo hubiera dicho- contestó-. No se encuentra muy elegante.

Emiliana se miró de arriba abajo y efectivamente se encontró desgreñada y andrajosa.

— Usted mismo me dijo que esas cosas no importan aquí.

— No crea todo lo que le digo, suelo ser franco en exceso.

Tomó un vaso con vino y lo puso frente a ella.

— ¿No toma?, este vino proviene de los cultivos de uva de mi hermano en España, que donó para esta ocasión.

— No, gracias, estoy bien.

Lo regresó a su lugar y se concentró en sus ojos.

— Es usted bella.

— ¡Vaya!, es el primer cumplido que escucho de su parte.

— No se lo tome tan a pecho, se lo digo a las mujeres como usted para elevar su ego...

Emiliana rio disgustada y a la vez complacida por la sinceridad.

— ¿Acaso no puede usted decir algo en verdad sincero, sin necesidad de estropearlo todo con una verdad molesta?

— Al menos admite que es verdad lo que le digo.

Se retiró espetando un sonido que ilustraba su hastío por la conversación. Al girar por completo su cuerpo, se encontró con Martín quien siempre deseaba rescatarla de los léxicos impulsivos de Rodrigo.

— Quiero presentarte a mi familia.

No sabía bien que tanto efecto podría hacer en una persona menos de 3 días de relación, pero en el caso del apuesto joven, aquel tiempo era más que suficiente para intimar y hasta enseñar como objetos de lujo a sus familiares.

Su madre era una mujer de nombre Jade quien padecía una dolorosa artritis ocasionándole estar la mayor parte del tiempo en cama, por lo cual desatendía de forma inocente las labores de su tienda de campaña, tarea que aligeraba en los hombros de Latifa, la mayor de sus hermanas, una chiquilla de 13 años asustadiza y esquelética. En el otro extremo de la historia, se hallaba Ahmed de 5 y Susan de 6, quienes aún no lograban intuir lo que pasaba.

La algarada de sus rostros componía la obstinación de quien se resiste a zozobrar en los mares adocenados que tantas veces los había golpeado contra rocas diáfanas de un destierro fiero y bestial.

También parecían estar bien, aunque sus ojos desvelaban un secreto siniestro que podía incluso aspirarse en el ambiente. No es que sucediese algo fantasmagórico o irreal, se trataba más bien de un tormento cáustico que con ahínco los habitantes del campo de refugiados se negaban a dejar visible. Emiliana supo que se trataba de un dolor más allá de lo que ella podía comprender, pues mientras departían alegremente, una sensación demoniaca amenazaba con apoderarse de cada uno de ellos y transfigurarse en el mismo llanto que solo en las noches arribaba como prueba de que algo se consumía dentro, muy dentro.

Presa de la sensibilidad oxigenada, se asentó en una silla en la mesa perpendicular a la tarima donde una grabadora hacía las veces de banda musical.

Bebió un sorbo de zumo de melón que la hermana de Martín servía con diligencia y apreció la felicidad en el rostro de todos, como si por un segundo de armisticio disfrutasen de la serenidad de una vida normal.

Advirtió la charla y se inmiscuyó en ella, haciendo caso de las palabras del nuevo hombre que se sentaba. Era el tío de Martín, un tipo de la

misma edad de Rodrigo y de ella y cuya presencia no había descubierto en los días de su estadía en el campamento.

Con holgorio el hombre relató los asuntos más idílicos de su estancia allí y todos reían a carcajadas, pues aunque no comprendían del todo el español, las gracias y ademanes que ejecutaba con profesionalismo, eran suficientes.

Se llamaba Sebastián Castillo Bermúdez, madrileño de nacimiento, sirio de corazón. Tomó la celebración como si fuese en su honor, y con locuacidad no dejó de expresarse hasta entrada la tarde, cuando el crepúsculo libanés arribaba como un invitado oscuro que ya se esperaba desde germinada la luz.

El tipillo comenzó a hablar nuevamente:

— Todos aquí tenemos una historia- el lugar quedó en silencio-. Seamos o no de esta parte del mundo, pero todos hemos perdido algo, o a alguien.

Y entonces comenzó a señalar con la mirada a cada uno de los presentes relatando parte de lo que habían vivido. El primer turno correspondió a una pareja de ancianos palestinos que se habían refugiado en Siria luego de perder a sus hijos en el proceso de liberación de una nación aún no reconocida.

— Y aquí están de nuevo. Refugiados en un país ajeno por segunda vez.

Los ancianos se tomaron de las manos y frente a los demás asintieron con congoja.

Prosiguió con una mujer que siempre tenía la vista enclavada en las lejanías de la carretera.

— Su esposo y sus dos hijas quedaron atrapados en Alepo y hace 3 semanas vienen en camino. Ninguno de nosotros sabe si podrán llegar.

La mujer no estaba presente. Había acondicionado una silla cerca de su cabaña y había dibujado la luz de sus ojos en lo distante la vía por la que pensaba llegaría su familia. Casi no parpadeaba, solo estaba allí, silenciosa, taciturna.

Sebastián continuó por media hora más, señalando, observando, humillando su cabeza al suelo y consumando bromas irónicas sobre la penosa situación que todos padecían. Cuando iba a llegar el momento para que él hablase, un jovencillo llegó a avisarle a Sofía de la presencia de dos nuevos heridos en la enfermería. Emiliana y ella partieron de

inmediato perdiéndose de la anécdota y huyendo cuan borregos entre jauría de lobos.

Se trataba de heridas menores, pero que debían detener antes de causar estados anémicos u otro tipo de circunstancias. Los dejaron reposando con los 8 heridos que quedaban del día anterior y partieron cada una a su cabaña, pues la celebración también había terminado.

Fue a la cocina y allí consumió con prisa lo poco que había quedado, observando por la ventana como las estrellas se distribuían en caterva por el firmamento embriagado, movilizadas con levedad sobre las nubes de oleo que trataban de encapotar el mundo. Salió afuera y suspiró dejando volar el vaho que se elevaba planeando sobre la oscuridad, y perdiéndose entre la maraña de luces que comenzaban a extinguirse en cada una de las cabañas.

Comenzó a caminar con dirección a la suya por sobre el impostor camino que a veces le obsequiaba planicie y a veces piedras sueltas que jugaban a hacerla caer de un golpetazo al suelo. Recobró la compostura y el equilibrio dentro de sí y apreció la belleza de la decadencia que se esparcía del mismo modo que los astros noctámbulos. El frío era tétrico e incurioso con los sentidos y la voz que se congelaban de forma parsimoniosa en su ser, al tiempo que descubría en el interior de la tienda a las dos pequeñas dormidas, una con la mano derecha sobre el regazo de la otra.

Suavizó el rostro de las criaturas, y recordó a su hermana, o más bien, recordó la vida de ambas en las playas de Barcelona, corriendo en la arena húmeda y fresca, sintiendo como las partículas sepultaban sus pies, mientras las olas del mar componían una canción de cuna primorosa y exquisita.

Se recostó en la colchoneta cerrando sus ojos sin querer morir aquella noche y más tarde se cubrió con las frazadas sin alejar su vista del cuerpo inerte de su violín.

De pronto de la nada los sonidos particulares del llanto surgieron y la angustiaron nuevamente. Quiso ponerse de pie e ir a gritarles que le disgustaba que sollozaran aun cuando comprendía que eso significaría más indolencia de su parte. Sin embargo contrariada tras dos horas sin poder conciliar el sueño, tomó todas las sábanas y partió al exterior desolado.

No era el paisaje que había dejado cuando quiso dormir. Ahora la neblina había poseído el espacio de una forma espectacular, y debía poner especial atención a cada paso, para no tropezar con los obstáculos de la

carretera improvisada.

Encontró un lugar alejado de los lamentos y allí se dispuso a cerrar los ojos lentamente, más detuvo la acción cuando contempló la figura de alguien inmóvil cerca de la zona de acopio.

Emprendió de nuevo el camino esta vez más sigilosa. Calculó el sonido de sus pasos y respiró lento, encontrándose de frente con la humanidad de Martín, cuya alma se había desprendido de su cuerpo.

— ¿Qué haces aquí?

El joven dio un saltito de sorpresa y de inmediato le dirigió la mirada a la mujer.

Tenía puesta la vestimenta que ella había visto en la fiesta solo horas antes, pero su camisa yacía en el suelo dejando al descubierto el cuerpo musculoso, demarcado y bello del chico, que a veces consentía más hermosura por la luz que reflejaba la luna. Más sin embargo su espalda estaba ensangrentada, como si alguien le hubiese golpeado con una fusta y luego, para su dolor, le hubiese puesto algún tipo de sal ardiente.

Emiliana se arrodilló para apreciar las heridas y permitió que sus manos se deslizaran por sobre la piel maltratada con el fin inconsciente de saber su profundidad. Martín espetó un grillo gutural y volteó a verla para hablarle.

— No deberías vagar en la noche, es peligroso.

Hizo caso omiso de su llamado de atención y vislumbró las facciones desgarradas de la mirada que él no podía ocultar.

— No me preguntes nada de eso- trató de ver su espalda- por favor.

La mujer decepcionada por no lograr una explicación de su parte, se derrumbó a su lado dándose cuenta de que su compañero había llorado.

— Al menos vas a decirme qué te sucede.

Su rostro enseñó una tonalidad arcana y asténica que quiso ocultar tras una sonrisa de oropel. La calina del ambiente por su parte, los arropaba tristemente, mientras una lágrima de lava corroía la amabilidad y la entereza del momento.

Luego de un suspiro boato, emprendió el habla.

— Es solo que mi tío tiene toda la razón- asintió para sí- todos hemos

perdido a alguien o a algo, en mi caso a ambos.

En principio creyó que se trataba de uno más de sus pacientes, más luego evaluó el sitio desértico, su particular paciente y supo que nada era como antes. El hombre siguió su relato sin dedicarle un solo segundo una porción de la luz de sus ojos.

— Samuel Castillo- sonrió- así se llamaba mi padre.

Y solo hasta entonces comprendía el debate sempiterno que se llevaba a cabo en los confines del alma de ese, su guía incansable. Comprendió solo con argumentos que una bomba de barril había liquidado el progenitor de su contraparte y que ello había sucedido frente a la impotencia de la vista de toda su familia. Supo que había sobrevivido milagrosamente, pero solo segundos después se enfrentó con la frialdad de un yihadista que excusaba el placer de asesinar en la tergiversación de una carta sagrada. Entendió su fuga acoquinada por los recuerdos de un pasado devastador y perverso que los marginaba a todos, y sobre todo, entendió que la fuerza demoniaca que había conjeturado en la fiesta, era la misma que se presentaba en forma de un dolor más que humano.

Tras los impasibles vagidos, retomó una conversación que Emiliana ya no veía necesaria, pero que él empecinado y amargado quería finiquitar.

— Mi madre se casó con él a escondidas- rio-. Cuando su padre lo supo la desterraron de Damasco y la negó como primogénita y entonces se fueron a vivir a España. Allí nací, y también mis hermanas y tuvimos una buena vida.

Clamó por el dolor en su espalda y continuó.

— Ambos llegaron a un acuerdo para dejarnos elegir la religión que deseáramos y bueno, yo elegí el catolicismo por parte de mi padre y mis hermanas optaron por el islam. Nunca tuvimos conflicto con ello.

— Es algo valioso.

— Lo fue- aseguró-. En el 2.011 regresamos a Siria y bueno, empezaron las protestas, pero todo parecía normal. Permanecimos allí porque el padre de mi madre estaba agonizando y quería perdonarla, quería verla y decirle que sus cuentas en este mundo quedaban saldadas, que podía continuar con normalidad, pero no murió de inmediato, incluso lo hizo solo 3 meses después. Para entonces las cosas comenzaban a ser distintas y la guerra empezó a proliferar en Damasco.

El sueño aterrizaba en el sitio, pero fue negado.

— Queríamos regresar, pero nuestros amigos y vecinos confiaban en mi padre y él decidió quedarse a ayudar. Se unió a una milicia armada, pero solo lo hizo para protegernos. Jamás hirió a nadie inocente y cada vez más personas se adherían para estar a salvo.

Emiliana solo asentía por temor a decir una impertinencia.

— Un día me dijo que si él ya no podía defenderlos, sería mi turno y bueno, ya vez lo que sucedió. Más tarde que temprano.

— ¿Cómo salieron de Siria?

— En principio, fuimos evacuados en autobuses del gobierno hasta cierto punto, después lo hicimos como pudimos y nos encontramos con Rodrigo en la frontera, allí unimos las provisiones, le platiqué esto, él me abrazó y me dijo que no iba a tener que cuidar de nadie, que él lo haría.

Confirmó nuevamente lo que todos decían, pero se le hacía arduo idearlo como un ser bondadoso, cuando le parecía tan despreciable y egocéntrico.

— ¿Quién eres, Martín?

La pregunta le pareció turbia y se refugió en el desconocimiento de la misma, pero unos cuantos segundos más tarde, asintió y respondió con ilusión.

— Antes de ir a Siria, estudiaba canto en Nueva York- Emiliana se sorprendió-. En principio fue un curso de verano para potenciar mi inglés, pero luego me quedé y viví allí alrededor de 3 años. Asistía a clases y luego iba a la academia... - suspiró-. Te lo digo, Emily, mi vida era buena.

Esperaron a que la algarabía del silencio cruzara por allí envuelta en un viento invernal y profanado.

Martín ya no lloraba, pero debía confesar algo más: <<tengo un hermano más y está en Damasco aún, con unos vecinos que huyen de los bombardeos bajo un sótano>>.

Ellos habían pensado que había perecido al igual que el patriarca de la familia, más sin embargo el pequeño de solo 4 años, se había escabullido entre los escombros y había logrado arribar al profundo escozor de una madriguera. Nadie pudo rescatarlo, pues los insurgentes estaban custodiando cualquier movimiento de uno y otro lado de la calle. Al terminar las rondas, se dieron cuenta de que la criatura permanecía protegida por alguien de su confianza, quien solicitó cuidarlo y llevarlo a un lugar seguro. Presos del miedo aceptaron. Desde entonces, no

volvieron a saber nada de su paradero.

— Debo regresar por él- se repetía de forma incesante- él me está esperando.

Dejando de lado la melancolía invasora, la psicóloga observó como una fina capa de escarcha se posaba en las heridas abiertas del joven de una manera espeluznante. Intentó disputar con el gélido ambiente aquel territorio ultrajado, dejando sobre este una de las sábanas que tenía encima, más el apuesto caballero la retiró y con suavidad aseveró:

— Deja, por favor- su voz era mansa, dúctil- este invierno- señaló la neblina- ha sido bueno.

Emiliana cerró sus ojos comprendiendo todo lo que hasta ahora había sido impenetrable. Aquel invierno al que se refería, no era más que una primavera de sosiego, como una tregua franca y genuina tras el derrocamiento de la razón y la templanza.

Era entonces un invierno igual al rocío que bordeaba de forma austera las lesiones de su espalda. Era un invierno impío y sanador; doloroso y lenitivo. Era un invierno anestésico.